

Archivo y experiencia en la literatura de lxs hijxs del exilio argentino

Julia Cittá¹

Resumen

La última dictadura militar en la Argentina forzó el desplazamiento masivo de perseguidos políticos y sus familias fuera del país. De esta experiencia proliferaron, en las últimas décadas, diversas narrativas de los hijxs de exiliados/exiliados hijos/ hijos del exilio.

En este trabajo me propongo analizar dos narrativas literarias escritas por lxs exiliadxs hijxs: Carolina Meloni González (2019) “*Ritornello: el exilio como guarida*” en *Transterradas: el exilio infantil y juvenil como lugar de la memoria* y Mónica Zwaig (2021) *Una familia bajo la nieve*. Dentro de este corpus, se intenta indagar el exilio como contexto de producción, la representación del exilio como marca identitaria y de qué manera construyen una propia subjetividad a partir de la propia experiencia.

Asimismo, propongo examinar desde la noción de “archivo afectivo”, el presente de enunciación de las obras. El archivo afectivo lo conforma cierta materialidad: cartas, fotos, folletos, periódicos, canciones, libros, postales. Un archivo construido por los lxs exiliadxs hijxs, que fueron juntando, clasificando, amontonando. Estos archivos afectivos que aparecen en estas obras, no fueron conservados en instituciones públicas o gubernamentales sino en cajas personales. Esas cajas que se abren como búsquedas en estas historias y que pasan de un archivo afectivo - íntimo a formar parte de un archivo público que dialoga con las experiencias individuales pero que al mismo tiempo, atraviesa la memoria colectiva. El archivo como testimonio de una época, que es contada a través de la literatura como autobiografía o como autoficción y que reconstruye e interpela a la memoria colectiva.

¹ Julia Cittá es profesora de Historia egresada del Joaquín V. González. Actualmente realiza la Maestría en Estudios Literarios Latinoamericanos en la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Docente en varios institutos de Formación Docente de la Ciudad de Buenos Aires.

Archivo y experiencia en la literatura de lxs hijxs del exilio argentino

Si el exilio no fuera una terrible experiencia humana, sería un género literario más. O ambas cosas a la vez.

Cristina Peri Rossi, *Estado de exilio*

Las memorias y la experiencia

Tras la violencia desplegada antes y durante del golpe de estado en la Argentina, muchos argentinos se vieron forzados por razones políticas a abandonar el país. El exilio formó parte de las violaciones a los derechos humanos ejercidas por esos años y como una posibilidad de sobrevivir a las persecuciones políticas. Diversos países² fueron los principales receptores de los exiliados argentinos que “[...] en la década de 1990, junto con la incorporación cada vez mayor de la Historia Reciente a la Historia Académica, se incluye la investigación sobre el exilio político al campo del pasado reciente” (Basso, 2016: 19).

Este trabajo tiene el objetivo de incorporar a los estudios de la Memoria y el exilio a las narrativas literarias de los exiliados hijxs que se publicaron en los últimos años y que construyen esas experiencias desde un presente adulto.

Partiendo de la idea que la investigación es una tarea colectiva, que rastrea y bucea en trabajos anteriores para delimitar el estado de la cuestión (o estado del arte), el presente trabajo parte de las investigaciones de Eva Alberione (2016) y Lucas Saporosi (2018)³. Considero importante destacar esto ya que en las lecturas de sus producciones encontré el punto de partida para articular este trabajo sobre “Archivo y experiencia en la literatura de lxs hijxs del exilio argentino”.

En este sentido, me propongo analizar dos narrativas literarias escritas por los exiliados hijxs: primero el relato de Carolina Meloni González (2019) “*Ritornello: el exilio como guarida*” en *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* y luego la novela de Mónica Zwaig (2021) *Una familia bajo la nieve*. Dentro de este corpus, se intenta indagar el exilio como

² México, Francia, España, Brasil, Suecia, Venezuela, Israel fueron algunos de los lugares de acogida para lxs exiliadxs argentinos tras el Golpe de Estado en 1976.

³ De las producciones de Eva Alberione se toman algunas categorías para pensar el análisis de las narrativas literarias de los exiliados hijos y de Lucas Saporosi la noción de archivo afectivo.

contexto de producción, la representación del exilio como marca identitaria y de qué manera construyen una propia subjetividad a partir de la propia experiencia y que a su vez forma parte de la memoria colectiva.

[...] hablar de memorias significa hablar de un presente. En verdad, la memoria no es pasado, sino la manera en que los sujetos construyen un sentido del pasado, un pasado que se actualiza en su enlace con el presente y también con un futuro deseado en el acto de recordar, olvidar y silenciar (Jelin, 2017:15).

Comenzar con la definición de memorias que propone Elizabeth Jelin nos permite articular con las temporalidades en las cuales esta temática cobra vigencia en la literatura, y a su vez adentrarnos en la forma en que la palabra aparece como búsqueda en estas obras, e indagar qué nuevos aspectos y modos de narrar incorporan estas narrativas a la experiencia exiliar.

Mancha temática: Temporalidades y nominación

Mancha temática es un concepto de David Viñas, que retoma Elsa Drucaroff para analizar las obras de la Nueva Narrativa Argentina (NNA); la idea de mancha se plantea como metáfora, mancha temática es un tema que se impregna, que se expande para encontrar la dimensión histórica. Se extiende porque abarca muchas obras, están vinculados “[...] con núcleos traumáticos del imaginario nacional, núcleos a los que [...] una literatura vuelve una y otra vez porque ahí hay algo irresuelto” (Drucaroff, 2011: 292). La mancha temática que nos ocuparemos aquí es el pasado reciente, específicamente el exilio durante la última dictadura militar.

Asimismo, esta mancha temática está relacionada con las temporalidades de las narrativas en torno a la memoria. A mediados de los años noventa, en un contexto político de impunidad, luego de los indultos del presidente, irrumpe en la escena política la agrupación H.I.J.O.S. (Hijos por la identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) y con ello aparecen nuevos relatos y diversas narrativas artísticas en lo que Leonor Arfuch denomina *el tiempo de los hijos* (Arfuch, 2016). Caracterizado por un primer momento, por narrativas que intentan indagar o reconstruir la historia de sus padres desaparecidos, un segundo momento que narra las infancias en dictadura y un tercer momento que emerge en las últimas décadas que es la de los *exiliados hijos*. Generando, en este

último, una proliferación de obras⁴, dando lugar a una nueva voz que emerge narrando las experiencias exiliares.

En este tercer momento, *el tiempo de los hijos*, surgen también las formas de identificación y de nominación. En este sentido, como mencionaba al inicio, este trabajo incorpora a los ya realizados por Eva Alberione, quien propone, tomando a su vez de algunos textos de María Rosa Lojo (2010) la noción de *exiliados hijos*. La idea de recuperar esta categoría⁵ es porque visibiliza a los niños e incluso a los nacidos en el exilio como “[...] víctimas en primera persona de la represión y el destierro” (Alberione, 2016: 5), como una marca fundadora de su identidad y porque “[...] pone foco en la percepción o incluso en la propia conciencia de los hijos acerca del accionar del terrorismo de estado sobre sus propios cuerpos y sus vidas, y no sólo sobre las de sus padres” (Alberione, 2016: 5).

La dimensión afectiva: Archivo afectivo y la exhibición de la intimidad como memoria colectiva

De la proliferación de las narrativas literarias de los exiliados hijos publicadas en los últimos años seleccioné para este análisis el relato de Carolina Meloni González “*Ritornello: el exilio como guarida*” que conforma el libro *Transterradas: el exilio infantil y juvenil como lugar de la memoria* y la novela de Mónica Zwaig *Una familia bajo la nieve*.

En estas narrativas, que presentan características particulares, no busco marcas de diferenciación para su análisis (en este sentido, me refiero a las edades de los exiliados, si nacieron en el exilio, si solo salieron con uno de sus padres o con ambos, si alguno de sus progenitores está desaparecido o encarcelado, participación en agrupaciones políticas de sus padres, ni el lugar de acogida, ni si hubo o no retorno al país), sino que tomo uno de los posibles ejes en común que es lo afectivo. *El tiempo*

⁴Algunas de las obras al respecto son: *El azul de las abejas* (2018) de Alcoba Laura, *La resistencia* (2018) de Fuks, Julián, *La caja Topper* (2019) de Gadano, Nicolás, *Conjunto vacío* (2017) de Gerber Biecci, Verónica, *Notas de escafandra* (2021) de Hermosa, Silvina, *La habitación alemana*. (2017) de Maliandi, Carla, *Hermanatria* (2020) de María Ester Morales y Alejandra Szir *Una vez Argentina* (2014) de Neuman, Andrés, *Exiliadita* (2019) de, *Florencia Ordóñez* y las obras presentadas para el presente ponencia. Si bien me centro en las narrativas literarias, también existen otras narrativas artísticas contemporáneas como documentales, películas, intervenciones artísticas y plásticas, performance, muestras fotográficas y objetuales.

⁵ No se pierde de vista las diversas formas de identificación identitaria (hijos de exiliados/exiliados hijos/ hijos del exilio) individuales o colectivas como la agrupación Hijos e Hijos del exilio que en junio de 2006 hizo su aparición pública con su Carta abierta.

de los hijos también abre una voz generacional distintiva que es “el discurso de los afectos” (Amado, 2009: 164). Esta dimensión afectiva es la que permite vincularla con la noción de archivo afectivo (Saporosi, 2018).

El archivo afectivo lo conforma cierta materialidad: cartas, fotos, folletos, periódicos, canciones, libros, postales, cassette, juguetes, pero también lo conforma lo intangible: recuerdos, olores, ruidos, fantasmas. Un archivo construido por los exiliados hijos, que fueron coleccionando, juntando, clasificando, amontonando para reconstruir su identidad.

Estos archivos no fueron conservados en instituciones públicas o gubernamentales, sino en cajas personales. Esas cajas que contienen huellas del pasado, que se abren como búsquedas en estas historias y que pasan de un archivo afectivo íntimo y personal a formar parte de un archivo público que dialoga con las experiencias individuales pero que al mismo tiempo, atraviesa la memoria colectiva. Como todo archivo que se conserva “está preparado para su eventual utilización” (Farge, 1991:8), rastrear lo que no se sabe, las preguntas sin respuestas, cierta imposibilidad de la palabra. El archivo efectivo como testimonio de una época, que es contada a través de la literatura en un cruce entre la autobiografía y la ficción.

En estas novelas se hace posible hacer “vivir al archivo” (Farge: 1991,60). El archivo se vuelve una búsqueda identitaria: Qué se busca ahí, qué se encuentra, qué huellas del pasado deja, que nuevos interrogantes abre.

Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria

Es un libro publicado en 2019 por la editorial Tren en Movimiento; compuesto por tres relatos autobiográficos de las autoras González de Olega, Marisa; Meloni González, Carolina y Saiegh Dorín, Ana Carola; narrados en primera persona, reconstruyen la experiencia exiliar de la infancia y la adolescencia, edades en las cuales les tocó vivir el exilio. Este proyecto narrativo está marcado por dos palabras claves: infancia y exilio, pero sobre este último, las autoras coinciden en tomar el término *transterrados*, del filósofo español José Gaos, para narrar sus experiencias, es decir, cómo convertir el exilio (algo impuesto por otros) en un destino propio, transformar el exilio en otra forma de desplazamiento más luminosa, resignificar la experiencia del exilio para la construcción de sus propias identidades.

Por otra parte, algo significativo de esta propuesta narrativa es lo que las autoras denominan como historiografía poética:

Historiografía porque es una escritura y reescritura de las experiencias del pasado, y poética porque trabaja más como inspiración que como asimilación. Uno se puede asomar a esos relatos intentando encontrar regularidades sobre cómo funciona el mundo o se puede acercarse a ellos como lo hacen los lectores de poesía (González de Olegada, 2019: 15).

De este libro tomo, para el presente trabajo, el relato de Carolina Meloni González “*Ritornello: el exilio como guarida*” es el relato de Carolina, compuesto por seis capítulos.

Carolina Meloni González es filósofa y profesora universitaria, especializada en filosofía política y pensamiento feminista contemporáneo. Nace en una cárcel de Tucumán durante el encarcelamiento de su madre, vive allí durante un año y medio, cuando es entregada a su familia materna, y a su madre la trasladan a la cárcel de Villa Devoto en Buenos Aires y a su padre a la cárcel de Caseros. De ese período Carolina cuenta que “No tengo recuerdos de este oscuro período, dada mi corta edad. Los relatos me han llegado a través de mi madre, quien me los ha transmitido siempre desde el amor y la protección materna” (Meloni González, 2019: 121). Se exilia en 1981, tiempo después que su madre haya sido liberada luego de cinco años de encarcelamiento. El exilio fue breve, al año vuelven a la Argentina y diez años después vuelve nuevamente a Madrid donde aún reside.

En los seis capítulos que componen su relato, se observa cómo su formación filosófica los atraviesa; esto no es una hipótesis de lectura sino que su historia se va conformando y relacionando con conceptos y reflexiones de diversos filósofos que aparecen mencionados

Su vida transterrada comienza, en su temprana infancia, con esos viajes en tren entre Tucumán y Buenos Aires para visitar a sus padres en la cárcel, y así para ella Retiro simboliza una memoria del destierro. La imagen de un espacio urbanístico archivado en su memoria guarda una temporalidad y sensaciones que la llevan a los encuentros con sus padres. Esa vida transterrada continúa en el exilio, con un pasaporte que ni siquiera contiene su verdadero nombre y que recuperará años después.

El archivo afectivo, en esta obra, está compuesto por sus recuerdos y fotos, esa materialidad afectiva que acompañan su relato impresas en el cuerpo del texto, reconstruyendo de manera amorosa ese tiempo exiliar junto a su madre y lo que marcó como una huella endeble esa experiencia y la realidad política en los tiempos de la última dictadura. “En esta sencilla fotografía [...] el fulgor de la memoria resplandece hasta quemarme, recorriendo mi alma, retrotrayéndome al dulce perfume de su espectralidad” (Meloni González, 2019: 120). Pero también aparece la propia experiencia como colectiva:

Cientos de niños argentinos cargamos con esta brecha imborrable, herencia que nos ha dejado la dictadura: fisurados, desterritorializados, huérfanos y en busca de identidad

[...] Una orfandad endémica se apoderó de cada uno de nosotros, de todos aquellos a los que nos condenaron a habitar en un eterno no-lugar (Meloni González, 2019: 123).

En términos benjaminianos, la noción de experiencia es indisoluble de la noción de comunidad y, como tal, esa experiencia es absoluta y radicalmente comunitaria. La comunidad sobrevive, entonces, a través de la memoria y del relato que la sostiene.

Una familia bajo la nieve

Mónica Zwaig es actriz, dramaturga, abogada y traductora, nace en Francia en el exilio de sus padres. Esta es su primera novela publicada por Blatt & Ríos en 2021 y escrita en castellano, idioma que aprendió hace poco, como ella misma lo dice.

Una familia bajo la nieve está estructurada en tres partes cargada de humor e ironía. Su historia es una ficción, narrada por Harmonica, una de las hijas de una pareja argentina exiliada en Francia, específicamente en los suburbios de Francia.

A partir de diversos episodios familiares, la protagonista comienza una búsqueda de su propia identidad, entre dos países y dos lenguas: “En mi casa todos hablábamos francés y nuestro vínculo con el castellano, además de algunas visitas de mis abuelos, era por las canciones de Julio Iglesias” (Zwaig, 2021: 39-40).

Su padre había querido hacer la revolución, cambiar el mundo, sin embargo el primer contacto de Harmonica con el Che Guevara fue a partir de una remera. Ese silencio instalado, enquistado en el seno de su familia, con un padre paralizado por las pérdidas y una madre ausente, tiene pequeños momentos de fisura que le abren a la narradora un estímulo de búsqueda. Su padre después de treinta años comienza hablar de la cárcel y la tortura, que la narradora desconoce al igual que lo sucedido en la Argentina en los años setenta.

Los mandatos familiares la llevan a estudiar Derecho en París. Y en ese contexto, tras la conmemoración de los treinta años del golpe “Un día me di cuenta que no sabía quiénes eran mis padres y eso me llevaba a dudar de quien era yo. Fue un golpe. Como un descongelamiento mío” (Zwaig, 2021: 96). Así se acerca a películas y documentales argentinos, esos archivos visuales que le abren lugar a la historia, a su propia historia. Decide comenzar a trabajar en los juicios de lesa humanidad y viaja a la Argentina.

Lo que se abre en el relato, a partir de la llegada de Harmonica al país de sus padres, es una búsqueda en clave detectivesca que le permite cierto acercamiento con su pasado, un reencuentro con ella misma y parte de su historia silenciada por sus padres. El relato se vuelve una suerte de

diario íntimo pero también de género epistolar que se transcribe minuciosamente, conformando un archivo personal que, sin perder su tono irónico, contiene parte de sus acciones, sentimientos y las cartas con su madre.

“Mamá, ayer fui a la ESMA, a la noche de los Museos [...] había una fila enorme de gente para visitar el ex centro clandestino. Y también había una feria de artesanías, que entre otras cosas vendían bombachas con Las Malvinas o la cara de Kicillof. Un sobreviviente se enojó mucho de estuvieran vendiendo bombachas en el predio de la ESMA” (Zwaig, 2021: 118).

En *Una familia bajo la nieve* el exilio de sus padres es el punto inicial para hablar sobre el desarraigo, un relato que problematiza sobre los vínculos familiares, sobre la lengua materna, pero también sobre la reparación que da la posibilidad de las palabras y la materialidad afectiva. Dice Harminica:

Para eso sirven las fotos, son testigos de que en algún momento algo existió, que alguien hizo algo. Lo mismo con los textos escritos. Queda eso y el resto se puede olvidar y volver a llenar la memoria de otras cosas. Por eso hago el esfuerzo de escribir ahora, para permitirme olvidar después (Zwaig, 2021: 42).

Posibles conclusiones

Las reciente publicación de estas obras, señalan la necesidad de seguir dando voz a las experiencias exiliarias producidas por la última dictadura en nuestro país, experiencias individuales y a su vez colectivas, que permiten visibilizar las disputas por los sentidos de las experiencias del exilio en relación al pasado reciente.

En estas narrativas se observan diferentes formas de construcción literaria, el relato de Carolina Meloni González relata la experiencia en forma testimonial y entramado por reflexiones filosóficas y en la novela de Mónica Zwaig el relato ficcional está atravesado por el humor y la ironía en la construcción de la experiencia de la narradora.

En ambas obras no hay voces infantiles, sino que se evoca a la infancia en el exilio desde un presente adulto, y de ahí se tejen búsquedas identitarias incorporando diversas materialidades que conforman un archivo afectivo, ese archivo que une el pasado con el presente. Un archivo que habla sobre la vida de otro u otros, pero que a su vez está completamente vinculada a la vida de la autora/narradora.

El archivo como testimonio de una época de las que estas narrativas forman parte, ya que conforman el entramado discursivo amoroso en torno a la construcción de las memorias ya sea en forma de testimonio o de ficción.

A partir de las obras analizadas, las palabras participan entonces del proceso de construcción de la subjetividad, organizan la experiencia, ponen nombre al acontecimiento traumático. Las palabras permiten nombrar los recuerdos utilizando diversos mecanismos de reproducción/producción en el relato de las experiencias vividas por las autoras, convirtiendo lo individual en colectivo.

Bibliografía

Alberione, Eva 2016 “Narrativas contemporáneas de los exiliados hijos: Esa particular manera de contar-se”, IX Seminario Políticas de la memoria, Buenos Aires, Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, 3 al 5 de noviembre.

Amado, Ana 2009 *La imagen justa. Cine argentino y política (1980-2007)*. (Buenos Aires: Colihue).

Arfuch, Leonor 2016 "Los 40 años: la tenacidad del recuerdo y el sinfín de los relatos". En *Afuera. Estudios de Crítica Cultural* (Buenos Aires) N° 16.

Arfuch, Leonor 2015 “Memoria, testimonio, autoficción. Narrativas de infancia en dictadura”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural* (Valencia) N° 6.

Bartalini, Carolina 2017 “Entre la risa y el grito. Acerca de los gestos afectivos de la voz en películas performáticas de la generación de los hijos e hijas de desaparecidos”. X Seminario Políticas de la memoria, Buenos Aires, Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, 28 al 30 de septiembre.

Basile, Teresa 2019 *Infancias: la narrativa argentina de HIJOS*. (Villa María: Eduvim).

Benjamín, Walter 1999 “El Narrador”, en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Iluminaciones IV. (Madrid: Ed. Tarcus).

Basso, María Florencia 2016 “Volver a entrar saltando: Memorias visuales de la segunda generación de exiliados políticos en México”. Tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En Memoria Académica.

Drucaroff, Elsa 2011 *Los prisioneros de la torre* (Buenos Aires: Emecé).

Farge, Arlette 1991 *La atracción del archivo* (Valencia: Editorial Institucio Alfons El Magnanim).

González de Olega, Marisa; Meloni González, Carolina; Saiegh Dorín, Ana Carola (2016) “Infancia, exilio y memoria. Tres relatos de una infancia transterrada tras la última dictadura argentina”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural* (Valencia) N° 8.

Jelin, Elizabeth 2017 *La lucha por el pasado: Cómo construimos memoria social*. (Buenos Aires: Siglo XXI Editores).

Lojo, María Rosa 2010 "Los hijos del amor y del espanto" en *Página/12*, Suplemento Radar (Buenos Aires) 24 de enero.

Peller, Mariela 2016 “La historia de las niñas. Memoria, ficción y transmisión en la narrativa de la generación de la post-dictadura argentina”, en: *Figuraciones estéticas de la experiencia argentina reciente*, Roberto Pittaluga, Juan Pablo Giordano y Luis A. Escobar (Coords). Ciudad de Santa Fe, María Muratore Ediciones.

Saporosi, Lucas 2018 “La experiencia del amor en las producciones estéticas de hijos e hijas de militantes detenidos/as desaparecidos/as: La construcción de un archivo afectivo”. Tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Yankelevich, Pablo y Jensen, Silvina 2007 *Exilios: destinos y experiencias bajo la dictadura militar* (Buenos Aires: Libros del Zorzal).

Obras analizadas

Meloni González, Carolina 2019 “*Ritornello*: el exilio como guarida” en González de Olegada , Marisa; Carolina Meloni González; Carola Saigh Dorín 2019 *Transterradas: el exilio infantil y juvenil como lugar de memoria*. (Temperley: Tren en movimiento).

Zwaig, Mónica 2021 *Una familia bajo la nieve*. (Buenos Aires: Blatt & Ríos).

La ausencia como elemento de representación en la literatura del exilio y la segunda generación. *Viejo Héctor* y *Esto nunca existió pibe* de Mempo Giardinelli y *Conjunto Vacío* de Verónica Gerber como muestras de análisis.

Andrea Candia Gajá^{6*}

El exilio argentino derivado de la última dictadura cívico-militar (1976-1983) se presenta como elemento identitario constitutivo inmediato de, por lo menos, dos generaciones que se vieron obligadas a hacer de dicho fenómeno, su modo de vida. Dirigentes políticos y sindicales, intelectuales, académicos, estudiantes, obreros, artistas y periodistas abandonaron el suelo argentino para seguir construyendo su historia en nuevas latitudes. Dentro de los países latinoamericanos que más apoyo brindó a los exiliados, se encontró México, cuya tradición como país receptor de asilados políticos se presentó como un punto favorecedor para la llegada de grandes contingentes sudamericanos que huían de regímenes totalitarios.

A pesar de la dificultad que la lejanía y la incertidumbre presentaron para los exiliados, los países de recepción se convirtieron en espacios de reelaboración y reconstrucción identitaria; y en ese proceso de adaptación y asimilación, la cultura cobró un papel determinante como medio de expresión y de denuncia.

A la distancia, muchos integrantes del exilio encontraron en el espacio literario el lugar para expresar anhelos, así como para representar la nostalgia, el dolor y el camino hacia un nuevo sitio de pertenencia en el lugar de acogida. Escribir sobre y en el exilio dio origen a la “literatura del exilio” y con ella aparecieron reflexiones e interrogantes que se convirtieron en una constante dentro de la temática literaria.

Los textos formaron, poco a poco, el hogar de las evocaciones de muchos exiliados que viajaban a la Argentina a través de los relatos que, a kilómetros de distancia, desarrollaban invocando al país del sur. Estos recuerdos y las imágenes que los constituyen, no son otra cosa más que la patria del exiliado, es por eso que a pesar de estar a miles de kilómetros de su país, “dondequiera que esté, el escritor escribe siempre desde ese lugar que lo impregna y que es el lugar de la infancia” (Saer en Kohut y Pagni, 1993: 108). Las reflexiones que cada uno de los escritores expresaba sobre Argentina y acerca de su nuevo lugar de residencia, eran un ir y venir entre su lugar de origen y el presente que lo rodeaba; y a través de la imagen de su patria y de las palabras

^{6*}Licenciada en Comunicación por la Universidad Iberoamericana. Posteriormente ingresó a la UNAM para realizar sus estudios de Posgrado en Estudios Latinoamericanos en donde actualmente es Candidata a Doctora. Ha especializado su campo de estudio en las manifestaciones culturales, específicamente literarias, en torno al exilio generado como consecuencia de la última dictadura argentina, así como en la producción de la segunda generación -la generación de hijos-. Ha trabajado en el medio editorial en proyectos de redacción y coordinación editorial e investigación, y es docente en la licenciatura en Historia de la Universidad Iberoamericana. Coordinó y prologó la antología *Relatos del exilio. Escritores argentinos en México*.

que palpitaban frescas en hojas que daban origen a los inicios de una nueva generación literaria, los escritores se resignificaron en un exilio incierto, “porque las palabras, como la patria, son la infancia, se apoyan en ella para poder sonar y significar en niveles profundos.” (Moyano en Kohut y Pagni, 1993: 147).

Si en Argentina muchos intelectuales vieron coartada su libertad de expresión, en el exilio encontraron la manera de expresar abiertamente lo que pensaban.

Los temas que se trataban en la literatura del exilio tenían que ver, a menudo, con los aspectos mencionados anteriormente sobre la construcción de la identidad del exiliado y su experiencia en el destierro; sus percepciones sobre el nuevo lugar de residencia, los conflictos y simpatías con una nueva sociedad, los sentimientos de constante ‘extranjerismo’ que más adelante también experimentaron en su regreso al país de origen, y la incertidumbre de su vuelta a la Argentina. Algunos escribieron también sobre situaciones cotidianas en las calles durante la dictadura, dibujando un panorama bastante claro sobre la verdadera situación en el país. “Un elemento que se repite en los textos literarios escritos en el exilio es la oposición entre un espacio de pertenencia y otro de ajenidad, en íntima relación con un quiebre en la temporalidad que marca el antes y el después del exilio” (Lorenzano en Yankelevich, 2002: 335).

La marca del exilio no limitó su experiencia a esa primera generación que salió de territorio argentino, sino que se ha extendido, hasta el momento, a una generación más, la de los hijos.

El desenlace de los años de dictadura resultó en el desarrollo de una generación de ‘hijos’ que conformaron su identidad a partir de la vida en la clandestinidad o en el exilio al que debieron acompañar a sus padres o bien, teniendo que asimilar la permanente ausencia de éstos.

Fue así como creció una generación que abrió el espacio a la crítica formulada desde la ruptura y el distanciamiento con quienes los precedieron. Son, como lo afirman Carolina Arenes y Astrid Pikielny (2016) en su libro “Hijos de los 70”, “hijos e hijas de hombres y mujeres que estuvieron relacionados de algún modo con la violencia política de los años 70[...] Hijos que defienden lo actuado por sus padres. Hijos que los cuestionan y toman distancia” (p.9).⁷

Hijos de exiliados, de desaparecidos, de militares se cruzan en un espacio común; en un tiempo que es presente, pero también es pasado, y que ha dado pie a la formulación de nuevas preguntas que retan a la historia y, sobre todo, confrontan a la generación anterior con propuestas discursivas que en su momento fueron muy difíciles de abordar.

⁷ La generación de hijos de la década del setenta no se encuentra únicamente marcada por quienes vivieron con sus padres el exilio o la desaparición de éstos, sino también por los hijos de los perpetradores, algunos de los cuales hoy, de igual manera, se enfrentan a procesos de asimilación y reconciliación con sus progenitores. Aunque no es el tema que se trata en este trabajo, es recomendable revisar algunos testimonios del mencionado trabajo de Carolina Arenes y Astrid Pikielny.

En el caso de la Argentina de la post-dictadura -y detrás de las manifestaciones culturales desprendidas de la experiencia de los protagonistas de los setenta- nacieron nuevas formas de interacción con el pasado que corren a cargo de los herederos de esa historia. Una vez más, la literatura resurgió como ese espacio de reflexión, catarsis, crítica y reconciliación a través del cual los ‘hijos’ emprendieron su viaje en el tiempo.

La generación de hijos reelabora y construye sus propias memorias sobre la historia de sus padres, su militancia, su desaparición, o bien, su exilio y la implicación que esto tuvo y tiene en sus vidas. Como una revancha frente al intento de borramiento de la memoria militante que impulsó la dictadura, los hijos formulan hoy nuevas posibilidades para darle continuidad a una memoria o, habría que decir, a unas memorias, que no se encuentran exentas de ser problematizadas.

Nydia Mendoza (2015), investigadora de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia lo expresa de esta manera:

en la generación de los hijos e hijas se condensan entonces distintos recuerdos y olvidos de un pasado que no fue vivido personalmente, sino transmitido por otros y asumido como propio, en cuyo proceso fue relevante la participación de algunos de ellos en agrupaciones como ‘Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio.’ (p.435)

De esta manera, dentro del universo literario argentino de la primera mitad del siglo XXI surge una corriente a la que se le conoce como la ‘narrativa de hijos’ –hijos de exiliados, desaparecidos y asesinados por el régimen militar- que se nutre de ficciones que ofrecen nuevas miradas en torno a problemáticas trabajadas previamente y que mantienen vigencia. La represión, persecución y desaparición de intelectuales, estudiantes, activistas políticos, delegados obreros y dirigentes sociales, así como la apropiación de alrededor de quinientos niños y niñas que el régimen, instalado el 24 de marzo de 1976, llevó a cabo, son temas que la generación de hijos retoma en su producción literaria, resignificando el papel de la memoria histórica y de su historia personal.

Sus textos, que abordan desde distintas miradas y recursos narrativos la vida de sus padres y las suyas, han abierto ante la crítica un espacio de análisis frente a temas que se pensaban literariamente concluidos.

Para este grupo de escritores, el sentido de novedad temática no está otorgado por el descubrimiento de argumentos que no hayan sido explorados con anterioridad, sino por una ‘nueva forma de reivindicar la memoria’ de hechos que forman parte indiscutible del presente argentino, y

por la manera en que éstos son repensados desde las nuevas condiciones histórico, sociales y culturales en las que se gesta la obra y a las cuales pertenece el autor.

Giardinelli y Gerber; el exilio y la ausencia

Es así que se llega al análisis de tres obras que pertenecen a dos momentos distintos y que, con sus características particulares abordan un tema que las une y que, aún con el paso del tiempo, permanece vigente: la ausencia.

Mempo Giardinelli, escritor que vivió su exilio en México retrata en “Viejo Héctor” y “Esto nunca existió, pibe” manifestaciones específicas sobre la ausencia en los primeros años de destierro.

Por otra parte, Verónica Gerber Bicecci, mexicana hija de exiliados argentinos, muestra en su novela “Conjunto Vacío” la experiencia de la desaparición y el exilio con la distancia que el tiempo coloca entre una generación y la otra.

De esta forma, la ‘ausencia’ física de los familiares y amigos desaparecidos es uno de los puntos centrales y, tal vez, el más importante de estos relatos. No solamente desde la perspectiva personal, sino como un elemento de identificación social que no se limita a la primera experiencia, sino que continúa formando parte imprescindible de la narrativa del exilio y de la literatura de hijos.

Escribe Giardinelli en “Viejo Héctor”:

“Fue una tarde de abril cuando lo vi por última vez. El se había cambiado de esquina, por si acaso, y estaba como refugiado detrás de un buzón. Nos miramos sin saludarnos y yo entré a ese bar de Sarmiento y Riobamba. El me siguió diez minutos después. Intercambiamos documentos, o alguna nueva consigna, no recuerdo bien, y tomamos café hablando de lo bella que es Buenos Aires cuando llueve. Luego nos despedimos como siempre, con esa efusividad contenida de los militantes clandestinos. Nunca más lo vi” (Giardinelli, 2011: 104).

La primera representación que se observa en esta frase se encuentra íntimamente relacionada con el concepto más utilizado de la ausencia, es decir con la desaparición forzada. Ésta será una de tantas formas de experimentarla que se pueden observar en el texto.

El tema de la información o la ausencia de ésta a la que los exiliados tenían acceso en México, formó parte relevante de los temas que se trataron durante los años de la dictadura y,

posteriormente comenzó a ser una cuestión destacable que se abordó en la literatura del exilio y la dinámica del mismo.

“Las versiones son contradictorias. Hace dos años, los primeros informes fueron duros de asimilar: lo declaraban muerto y hubo quien dijo que en un enfrentamiento; otra versión aseguró que lo había entregado un delator; una tercera no especificaba detalles pero lo daban como desaparecido” (Giardinelli, 2011: 101).

Más adelante, narrando cómo los días pasaban en medio de esa confusión sobre la certeza de los hechos, el autor en voz del narrador, describe los nuevos datos que, a través de cartas, le habían llegado sobre el paradero de su amigo. Dice lo siguiente:

“Más tarde, en alguna carta, algún compañero me dijo que lo había visto, que estaba bien. Dadas las circunstancias, no era una pobre noticia. Y eso fue todo. Hasta que llegaron los comentarios sobre su desaparición, que trajeron un dolor intenso, profundo, nunca expresado” (Giardinelli, 2011: 105).

Por su parte, en “Esto nunca existió, pibe”, el escritor deja ver la ausencia generada en los espacios antiguamente conocidos. El autor narra en dicho relato, su vuelta a Argentina después del exilio y el asombro ante la transformación del paisaje urbano.

“En el larguísimo edificio del fondo de la Avenida Vélez Sarsfield, [...] sentí el choque de mis emociones. Yo había trabajado allí en el breve verano del 76. Y ahora allí mismo, arriba, en la pecera superior de la dirección del diario, en vez de Jacobo se veía la figura imponente de este hombre” (Giardinelli, 2011: 136).

Otros autores, como la escritora Tununa Mercado también han dialogado con este sentido de la ausencia de lo anteriormente conocido. En su libro “En Estado de Memoria”, la autora retrata la extrañeza con la que observa una ciudad llena de ausencias en la que vivió por muchos años y que se ve transformada una vez que vuelve del exilio. No se encuentran quienes estaban cuando partió, ni tampoco los espacios que habitó.

Tanto en la literatura de Giardinelli como en la de la mencionada Tununa se observa por primera vez el impacto del amplio concepto de la ausencia. No solamente como referente a la práctica de la desaparición forzada, sino a la ausencia de información estando en el exilio, la

ausencia de clausuras ante la imposibilidad de despedirse de sus afectos, la ausencia de la ciudad que alguna vez habitaron y de los espacios a los que pertenecieron. En los ejercicios narrativos de la generación de la militancia de la década del setenta el sentido de la ausencia es abordado desde la impronta de la experiencia inmediata. Los relatos transmiten ese impacto de enfrentarse a la ausencia, en todas sus manifestaciones, por primera vez. Ésta, transforma la cotidianidad y el futuro de la dinámica social, misma que estará, de ese momento en adelante, marcada por ese vacío.

Si los anteriores ejercicios escriturales de las décadas del setenta y ochenta retrataron el horror de las desapariciones forzadas, las nuevas narrativas sitúan la mirada en el factor de la ausencia como una ‘presencia’ ineludible de la cotidianidad. El paso continuo de la memoria construye un espacio presente en el cual conviven vivos y ausentes y en el que se demuestra que el pasado no concluye, sino que mantiene una sutil línea de continuidad.

En este caso, para ilustrar lo dicho previamente, se utilizará como referente la novela “Conjunto Vacío” de Verónica Gerber Bicecci.

De acuerdo con Federico Cantoni, el núcleo temático de la novela,

“es el vacío existencial dejado por el trauma del exilio y heredado por la generación de los hijos de las víctimas. Este vacío se concretiza en la desaparición (ambigua e inexplicable) de la madre de la protagonista, y desde esta herida primigenia irradian todas las narraciones que arman la novela, en un juego de huellas y espejismos paradójicos a través del cual el vacío se convierte en la presencia más engorrosa y agobiante en la vida de la protagonista” (Cantoni, 2021: 139).

En el caso de la novela de Gerber, la ausencia no se presenta como un elemento sorpresa al estilo de las expresiones narrativas de la generación anterior que se ve fracturada por la aparición constante y sistemática de ésta. Por el contrario, en “Conjunto Vacío”, se deja ver como algo que se encuentra instalado en el imaginario colectivo de toda una generación que, desde que nace, se ve obligada a convivir con la idea y la sensación del vacío.

“Todos estamos buscando huellas o haciéndonos preguntas” (Gerber, 2015: 55). dice la protagonista de la novela. A lo que posteriormente acompaña con: “Todos estamos esperando que por fin aparezca eso que no podemos ver” (Gerber, 2015: 56).

El punto de partida para las expresiones literarias de la segunda generación asume la ausencia desde una mirada distinta que la generación anterior. En los relatos de Giardinelli es

posible apreciar el desconcierto frente a las súbitas representaciones del vacío y el camino para lograr establecer a la ausencia como un factor dentro de la convivencia cotidiana. En el caso de la generación de hijos, se crece asumiendo la presencia de la ausencia. Es importante aclarar que con esto no se quiere decir que la actitud frente a la ausencia sea de resignación, sino que el punto de partida de la convivencia con ésta, es distinto. La segunda generación interpela y cuestiona el hecho de haber nacido con la ausencia como factor inamovible de la existencia cotidiana y reconoce las dificultades que el vacío representa en el día a día. En torno a esto, la protagonista de la novela afirma en algún momento lo siguiente: “La casa se quedó suspendida en el tiempo. Seguía tal como el día que dejamos de ver a Mamá(M)” (Gerber, 2015: 11). La ausencia define el quiebre temporal, y en ese sentido de caos temporal la generación de hijos, reconstruye, resignifica y elabora sus propias memorias.

Así como los grandes grupos de militantes exiliados debieron enfrentarse a la ausencia de información sobre lo que sucedía en Argentina como puede verse en los relatos de Giardinelli mencionados previamente, el texto de “Conjunto Vacío” presenta otro tipo de ausencia informativa: la de la propia familia. En la novela, Gerber lo describe de esta manera: “En mi familia todos se desmienten unos a otros y al final solo quedan hoyos. Peor: nadie quiere hablar de los hoyos” (Gerber, 2015: 33).

El extranjerismo del que habló Giardinelli se observa también en la narrativa de Gerber. La protagonista de la novela narra, de la siguiente manera, el momento del retorno de una exiliada a suelo argentino: “Esos espacios a los que ella necesita volver ya no existen y en ello radica su tragedia: nada le pertenece. Al parecer las consecuencias de la dictadura surgen después, mucho después. El exilio es solo una forma de retardarlas” (Gerber, 2015: 123).

La generación de la militancia ha aportado, desde sus expresiones literarias y culturales, sus propias memorias sobre el destierro, las pérdidas, los secuestros y las torturas. La generación que le sucede se enfrenta, ahora, con la labor de suplir los silencios que sus padres prefieren no romper –al referirnos a los hijos de exiliados- o que se encuentran, en sentido estricto, imposibilitados para hacerlo –al hablar de los hijos de desaparecidos-. Otra manifestación de la ausencia circunda el espacio cotidiano de los hijos, quienes poseen mayores fuentes de información documental, pero deben luchar contra silencios inquebrantables derivados del dolor de la experiencia previa. Ante esto, se mueven en espacios en los que han encontrado nuevas posibilidades de nombrar lo inasible.

El investigador Gabriel Gatti en su artículo “Las narrativas del detenido-desaparecido (o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales)” afirma que:

La desaparición forzada de personas es un fenómeno que afecta a la identidad y al sentido: ataca al edificio de las identidades, cuyas bases dinamita; somete al lenguaje a uno de sus límites, obligándolo a situarse en el lugar en el que las cosas se disocian de las palabras que las nombran. Por eso la figura del detenido-desaparecido es, en muchos planos, una figura difícil de pensar y de vivir. Habla de individuos sometidos a un régimen de invisibilidad, de hechos negados, de cuerpos borrados, de cosas improbables, de construcción de espacios de excepción. (Gatti, 2006: 28).

La ausencia ligada a la figura del desaparecido de la que habla Gatti, se suma a otro de los conceptos utilizados por el investigador cuando se refiere a la catástrofe del lenguaje. Frente a esto, han surgido nuevas formas para nombrar. Mariana Eva Pérez en su novela “Diario de una Princesa Montonera: 110% Verdad” elabora una especie de nuevo vocabulario a través de la unión de palabras aisladas que, juntas, dan un nuevo sentido. Por ejemplo: “mi-abuela-la-que-me-crió” (Pérez, 2012: 53).

De igual manera, Verónica Gerber elabora, a través de los diagramas de Venn y la narración, la posibilidad de visualizar el vacío, es decir, darle cuerpo a la ausencia.

Sin embargo, afirma Cantoni,

“para lograr esta tarea el lenguaje tiene que enfrentarse con sus límites. Es decir, ¿cómo se puede contar algo que, al ser tan traumático, quiebra la palabra y le quita cualquier posibilidad de representación? La respuesta de Gerber Bicecci es tanto sencilla como aterradora: no se puede. ‘Hay cosas [...] que no se pueden contar con palabras’ (Gerber, 2015: 25) declara en un momento la protagonista. Sin embargo, en la aclaración ‘con palabras’ se encuentra la peculiaridad de la novela, porque donde la palabra estalla otros códigos logran activar discursos capaces de decir el trauma más allá de la catástrofe lingüística de la que habla Gatti” (Cantoni, 2021: 140).

La ausencia, como factor generacional, se manifiesta de forma constante en uno y otro momento. Sin embargo, el acercamiento a la misma es distinto. En el primer caso del exilio representado por Mempo, se aprecia el momento de asimilación del vacío; la sorpresa, la angustia y el dolor producido por éste. Por otro lado, con el texto de Gerber, es posible apreciar la existencia de la sensación de la ausencia desde el inicio; como si siempre hubiera estado ahí. Mientras la primera generación se enfrenta a la idea de cómo adaptar la vida al permanente vacío, la segunda generación intenta encontrar una manera de darle lugar y de nombrar a la ausencia. Aparecen,

entonces, muestras como la novela de Verónica Gerber en donde la narrativa está acompañada del manejo de un espacio visual que transmite la constante sensación de vacío y que propone nuevas formas para darle forma y nombre a lo que no puede verse ni escucharse.

Como afirma la investigadora Eugenia Argañaraz (2021), en la novela “aparece un dislocamiento encolumnado donde inevitablemente lo público y el exilio como suceso traumático de una primera generación, se insertan en la vida íntima de una hija que siente la ausencia, el vacío, la irrupción” (p.105).

Es así que un elemento intransferible de la vida cotidiana adquiere un nuevo significado, se aborda de manera distinta y logra presentar una propuesta no sólo discursiva o estética sino real para explicar un presente en el que presencias y ausencias transitan los mismos espacios.

Bibliografía

Arenes, Carolina; Pikielny, Astrid (compiladoras). (2016). *Hijos de los 70. Historias de la generación que heredó la tragedia argentina*. Argentina: Sudamericana.

Argañaraz, Eugenia. (2021). Des-andar la forma a través del arte. Modos de leer construir memoria en Conjunto Vacío de Verónica Gerber Bicecci. *Telar 26* (enero-junio/2021) ISSN 1668-3633. pp. 101-124.

Cantoni, Federico. (2021). Testimoniar el vacío más allá de la catástrofe lingüística. Conjunto Vacío de Verónica Gerber Bicecci. *Otras Modernidades. Revista de estudios literarios y culturales* (marzo) ISSN 2035-7680. pp.136-156.

Gatti, Gabriel. (2006). Las narrativas del detenido-desaparecido (o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales) *CONfines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, Vol. 2, núm. 4, pp. 27-38. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=63320403>, consultado el 026-03-2022.

Gerber Bicecci, Verónica. (2015). *Conjunto Vacío*. México: Almadía.

Giardinelli, Mempo. (2011). *Vidas ejemplares y otros cuentos*. Argentina: Editorial La Página S.A.

Kohut, Karl; Pagni, Andrea (compiladores). (1993). *Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*. Alemania: Editorial Vervuert.

Lorenzano, Sandra. (2002). “Testimonios de la memoria. Sobre exilio y literatura argentina.” En Yankelevich, Pablo. *México, tierra de exilios*. México: Ed. Plaza y Valdés.

Mendoza Romero, Nydia Constanza (2015). *Políticas de la Memoria y transmisión generacional de pasados recientes*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Recuerdos de mujeres brasileñas exiliadas en Chile durante la dictadura militar en Brasil.

Keides Batista Vicente^{8*} y Vitor Hugo A de Oliveira^{9**}.

En 1964, comenzó la dictadura militar en Brasil, un período conocido por la práctica de violaciones de derechos humanos por parte del Estado hasta 1985. En el caso de Brasil, entre las características del gobierno dictatorial está el encarcelamiento seguido de tortura física y psicológica, además de asesinatos falsificados como el suicidio, como fue el caso del periodista Vladimir Herzog. Así, el exilio fue la única vía que encontraron los militantes contra el gobierno para no ser detenidos, torturados y asesinados. Durante los 21 años de dictadura en el país, muchas personas han buscado el exilio en otros países de América Latina y Centroamérica, Europa y África.

Aquí se pretende presentar los recuerdos de las mujeres madres y esposas que se vieron obligadas a buscar el exilio en Chile. Muchas de ellas huyeron solas con sus hijos luego de la detención y muerte de sus parejas, otras abandonaron el país embarazadas y acompañadas de sus parejas, así narran en el libro “Memorias de mujeres en el exilio”, publicado en 1980, cómo

^{8*} Profesora Investigadora de la Universidad Estatal de Goiás - Brasil – Unidad Pires do Rio. Licenciado e Bacharel em História – UFG/CAC. Magíster en Historia Social - UFU. Doctora en Educación UFG/Goiânia. Lattes: <http://lattes.cnpq.br/9181380986744349>. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4053-6136>. E-mail: profkeidesueg@gmail.com.

^{9**} Profesor Investigador de la Universidad Federal do Tocantins – Brasil e no Programa de Pós-Graduação em História das Populações Amazônicas - Brasil. Licenciado e Bacharel em História – UFG. Magíster en Historia Social - UFG. Doctor en Historia UFG/Goiânia. Lattes: <http://lattes.cnpq.br/3540558249390894> Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-1460-8992>. E-mail: oliveira.vha@hotmail.com

vivieron los primeros años del exilio en Chile, en el período de acción política que precedió a la golpe de Pinochet.

Este libro es una recopilación de testimonios que fue publicado en 1980, organizado por cuatro mujeres: Albertina de Oliveira Costa, Maria Tereza Porciuncula Moraes, Norma Marzola y Valentina da Rocha Lima. El libro formaba parte de un proyecto titulado “Memorias del exilio” y fue patrocinado por Abdias do Nascimento, Nelson Werneck Sodré y Paulo Freire, intelectuales que durante la dictadura en Brasil fueron perseguidos, detenidos y privados de sus derechos políticos.

La publicación de la obra se produjo un año después de la Ley de Amnistía, publicada el 28 de agosto de 1979, la ley del gobierno militar de João Figueiredo amnistió a todos los que cometieron “delitos políticos o cometidos políticamente motivados” en el período de 02 de septiembre 2 de 1961 al 15 de agosto de 1979. Con la ley fue posible que los brasileños exiliados regresaran seguros y sin riesgo de ser detenidos políticos. Pero la ley también impedía que el Estado rindiera cuentas por los delitos de tortura, secuestro, desaparición y asesinato. Como resultado en 2022 se ha olvidado de la historia de la dictadura militar en Brasil desde la perspectiva de las violaciones de los derechos humanos, y hoy hay un militar en el cargo de presidente que rinde homenaje a los torturadores de la época, conmemora la golpista y afirmó que “el error de la dictadura en Brasil fue haber matado pocos”. A estos temas se suman la censura y desaparición de documentos sobre la época, la persecución de investigadores sobre la época.

A través del análisis de los diversos testimonios que componen el libro, es posible percibir la relación violenta a la que fueron sometidas muchas mujeres por sus opciones y participación política, física, como la tortura y la violencia sexual, la violencia psicológica como las amenazas, moral con los términos sexistas empleados, de sentimientos y sensaciones al agredir a niños y personas cercanas como los niños. El exilio de las personas que se oponían a la dictadura militar en Brasil era la única opción para evitar detenciones, torturas y muertes.

Los testimonios contenidos en el libro fueron escritos durante el período de exilio de estas mujeres, sin la expectativa de regresar a Brasil, muchas de ellas son esposas de hombres perseguidos por la dictadura, huyeron para acompañarlos llevándose niños e incertidumbres. Así narran el tiempo que transcurre, con sus dolores, valoraciones, miedos y sueños.

Al poco tiempo del golpe militar en Brasil y la restricción política con persecución, detenciones, torturas y asesinatos, los militantes antigubernamentales abandonaron el país, una de las posibilidades para continuar con la acción política era el exilio en países como Chile en América Latina. Para Zuleika Alambert “... En ese momento, cualquier patriota que salía de Brasil tenía un lugar muy específico para ir: Chile. Era un país latinoamericano, con problemas algo parecidos a

los nuestros, donde pronto hicimos un gran círculo de amigos, y que vivía un momento muy especial. Era una situación política que absorbía de manera apasionada” (Alambert, 1980: 58)

La experiencia política vivida por Zuleika Alambert en Chile le brindó varias valoraciones, en cuanto al carácter político, social y de género. Sobre política, dice, “Pero Chile también nos enseñó otra cosa: que actualmente, en América Latina, es imposible que un solo partido, aislado, haga transformaciones de fondo en un país. Y quedó demostrado, por los tres años de gobierno de la UP, que era posible realizar transformaciones importantes en la vida nacional por la vía electoral”. (Alambert, 1980: 58)

A través de su experiencia política y social, Zuleika Alambert destaca que fue posible acercarse a otras mujeres y organizar actividades sociales. Al principio, menciona una organización de mujeres brasileñas para realizar trabajo voluntario, que contó con la participación de 200 mujeres. Un número expresivo de participantes, que permite comprender la dimensión del proceso represivo en Brasil y la perspectiva política que Chile permitió a los brasileños.

En un segundo momento, Zuleika Alambert destaca el evento que las mujeres brasileñas organizaron la Navidad de los niños exiliados, que ante la gran cantidad de participantes surgió la propuesta de un Comité de Mujeres Brasileñas en el Exterior con 250 integrantes. Como comité, las mujeres realizaron actividades progresistas en Chile, como marchas y trabajo voluntario.

Con la participación de mujeres, Zuleika Alambert y las demás participantes del comité organizaron el Seminario de Mujeres Latinoamericanas con el objetivo de discutir la problemática de la mujer en el continente. Para ella, el resultado fue “...Y ahí es donde se produce el primer despertar al problema específico de la mujer. Eran solo los primeros rayos de la idea de que las mujeres tienen un problema particular, porque ya entonces tratábamos de analizar, aunque con una visión muy limitada, problemas como la planificación familiar, el aborto, el divorcio, la falta de trabajo...” (Alambert, 1980). : 61)

En estos aspectos señalados por Leta Alves, la cuestión de la diferencia en las relaciones entre hombres y mujeres en Chile fue de suma importancia “Yo asistí al Centro de Madres” y allí conocí varios aspectos de la vida de la mujer chilena, como político, como profesional, como ama de casa. La mujer discutía el problema político en igualdad de condiciones con el hombre, percibía el clima que se vivía” (Alves, 1980: 180)

Leta Alves analiza y compara no sólo la cuestión política entre los dos países, sino principalmente las relaciones y la organización sexual dada por el género y sus derechos. En Brasil, la condición femenina choca con relaciones de poder con características históricas del modelo colonial, o sea, la mujer en condición de sumisión, sin participación política efectiva. En Chile, sin embargo, ciertamente debido al sesgo político socialista que entiende la participación y las

decisiones políticas de manera igualitaria, es posible percibir que las mujeres participan, discuten y tienen una posición política.

El testimonio de Elza Freire, esposa del educador Paulo Freire, data de 1977. Ella, sus hijos y su esposo parten a Chile en 1965, luego de que la educadora fuera detenida en Brasil por haber desarrollado un método didáctico para enseñar a leer y escribir a los jóvenes. y adultos. Para Elza, la experiencia del exilio en Chile conlleva varios significados, que le fueron atribuidos por las estrechas relaciones entre brasileños en la misma condición de exilio. Como él dice, “...Una de las primeras cosas que empezamos a tener en Chile no fue solo ver a nuestra familia, todos los que llegaban eran familiares también...” (Freire, 1980: 204)

A partir de los testimonios de mujeres exiliadas en Chile, es posible comprender cómo la política impuesta por los gobiernos militares en Brasil instauró una situación de violencia física, con la persecución de los militantes, pero también psicológica con el miedo constante a ser detenidas, torturadas y asesinadas. Situación extrema que llevó a los brasileños a buscar condiciones de vida en otros países.

Chile se muestra como una posibilidad de permanencia en la militancia política, pero principalmente de sobrevivencia. Otro aspecto es la distinta relación sexo/género que se dio en suelo chileno, es decir, allí las mujeres se integraron a la acción política de manera igualitaria, cosa que no tuvieron las brasileñas.

De esta forma, este texto considera la comprensión de las mujeres madres y compañeras de hombres militantes políticos en un nuevo país, esto en un momento de llegada a una nueva realidad y que se permitía la integración al debate progresista y a los estudios del socialismo.

Bibliografía

Costa, Albertina 1980 Memórias das mulheres do exílio. Volume II (Brasil RJ: Paz e Terra)

Las cartas e imágenes en mi memoria

Jorgelina Quiroga Branda*

En esta ponencia me interesa recorrer algunas ideas sobre la memoria y el exilio, a partir de determinados materiales como cartas, fotografías, audios, que si bien son parte del acervo familiar, posibilitan recuperar experiencias, trasladables a diversos colectivos. No son exclusivas de la situación de exilio, sino más bien forman parte de una historia compartida por muchos que han tenido que estar lejos de casa, o que un familiar o amigo tuvo que hacerlo por distintas situaciones en su país.

Comencé a contar y comprender mi historia en su dimensión social y política en la adolescencia, cuando participé del campamento fundacional de H.I.J.O.S. y años después una muestra denominada, “Exilios circulares” del Museo de la Memoria de La Plata, que me ayudó a asumirme como una exiliada. Había sentido siempre que los exiliados eran mis padres y que yo tan pequeña no había decidido nada. Pero desde entonces entendí que el exilio, nos atraviesa a cada generación de distinta manera. En pandemia, vi la convocatoria en las redes sociales de “Cartografías de una memoria colectiva”, una publicación sobre la cual están trabajando los integrantes de Hijas e hijos del exilio desde el 2020. Decidí enviar un texto que guarda la forma de una carta, dirigida al comité editorial y a los lectores. Ahí recuento el lugar simbólico que tuvieron las cartas en el exilio para mí y para mi familia. Hoy agrego que en esos sobres además de unas líneas de texto, viajaban también fotos, dibujos, aromas y sentires. Las cartas habilitaron para los emisores (los familiares en Argentina y nosotros en México) un modo de estar presentes en la cotidianeidad a través de la distancia. Nos permitieron un puente de intercambios profundos, sentidos y duraderos.

Y en algún punto lo confirmé, al releer hoy las cartas de mi abuela (que murió hace 30 años) en las que expresa su afecto presente en el presente -jugando con las palabras-. Sus líneas, en cuidada manuscrita, eran de gran admiración para mí, que daba mis primeros pasos en la lecto-escritura en mayúscula e imprenta. El papel barrilete o papel china, le confería enorme delicadeza a la correspondencia. Si bien luego supe, que se debía a que el costo de envío dependía del peso y la hiperinflación hacía todo inalcanzable, más aún para mis abuelos que sobrevivían de la jubilación de mi abuelo. Pero siempre mi abuela “Maggie” aportaba su dulzura e intentaba que el exilio fuera lo más liviano posible... como se ve, en sentido literal y figurado. Atesoro esas cartitas y recuerdo la emoción de recibirlas.

Las fotos que se enviaban, se copiaban de a tandas, para poder mandar a toda la familia. Entonces cuando pudimos venir de vacaciones, era una constante en los portarretratos de los tíos, la misma imagen de nosotras en los juegos del condominio, allá lejos y varios centímetros más bajitas. Siempre nos remitían, que nos tenían ahí, junto a otras imágenes significativas. En ocasiones alguien viajaba y “hacía de correo”. Para ello se preparaba un sobre papel madera (16x25cm) que se llenaba de muchas cosas, inclusive figuritas, caramelos y voces, porque los cassettes se podían incluir para el traslado interpersonal.

*Reside de modo permanente en La Plata, Argentina desde 1992, luego del exilio en México. Estudia Artes audiovisuales en la Facultad de Bellas Artes donde se conocieron sus padres. Trabaja hace más de 20 años en docencia e investigación en artes, en diferentes niveles e instituciones. Recientemente en un proyecto sobre Fotografía y Memoria.

Era un ritual sentarse en familia a escuchar esas voces lejanas tan vividas y cercanas al mismo tiempo. O estar varios días grabando anécdotas, saludos y cartas para darle a “tal” que viajaba a la Argentina.

Las cartas de 11 x 15cm, que se despachaban en el correo “vía aérea” demoraban un mes en llegar a destino y la respuesta al menos otro mes desde que la despachaba al remitente, pero no era raro que alguna carta se extraviara. Eso implicaba varios meses sin noticias. La correspondencia regular era una actividad sistemática para mi madre que la sostuvo los casi 15 años que vivimos en México. Con mis abuelos paternos y maternos, con sus amigas cercanas que hicieron el exilio interno.

Y cada tanto se podía hacer una llamada telefónica, a alguno de los poquísimos familiares que tenían teléfono, o porque nos pasaban el dato de un teléfono público alterado, que por unas monedas permitía la llamada internacional. Entonces había que disimular en la cola del teléfono público, para que durara fallado. Que no lo arreglaran, advertidos de los ruidosos extranjeros que estaban horas esperando para hablar. O si un caso extremo obligaba a llamar desde casa, era sabido que el costo a fin de mes sería sideral y que la charla sería corta para las noticias más importantes.

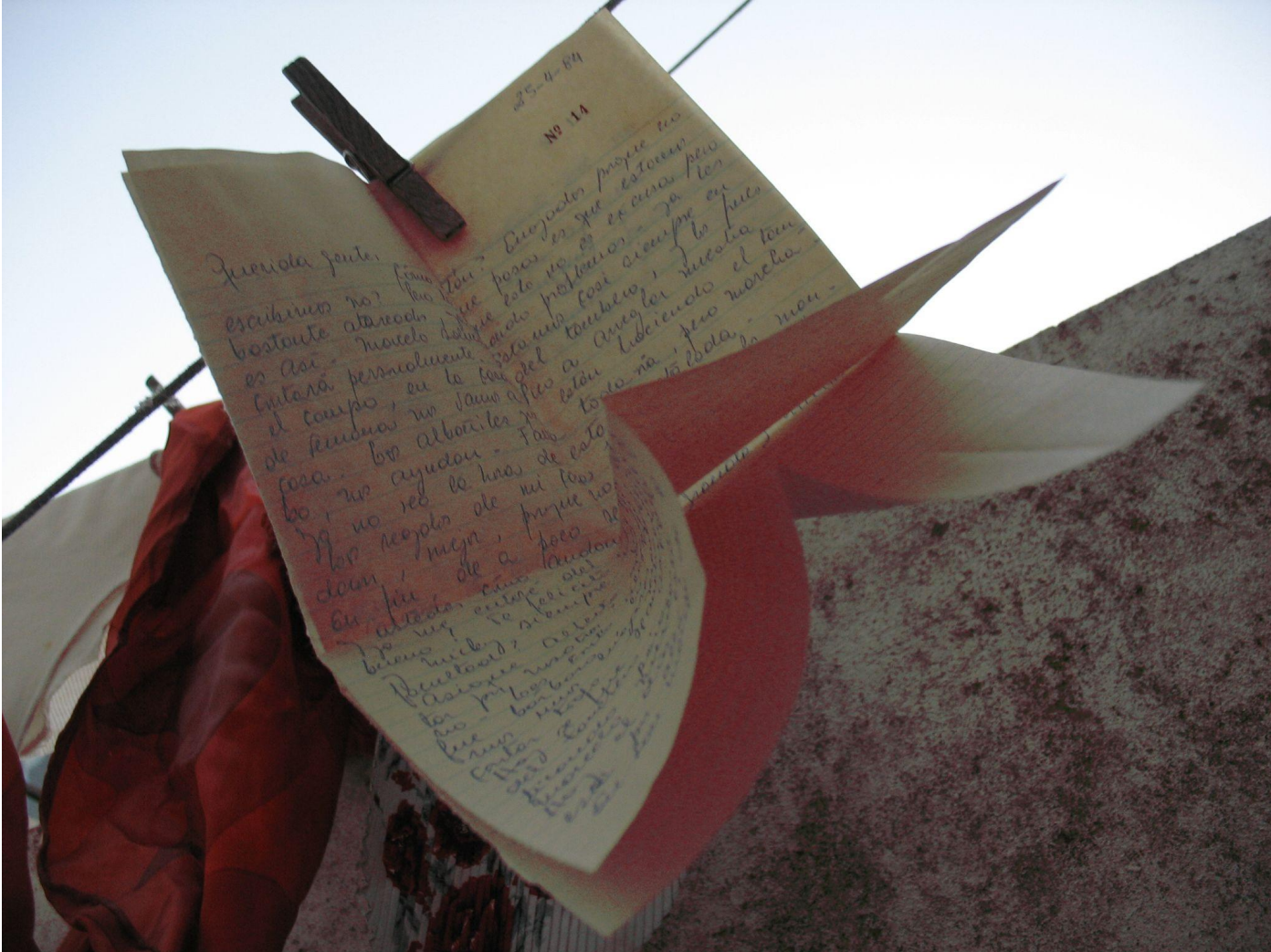
La experiencia del exilio es esa sensación de extrañeza en doble sentido, ligado a extrañar y a sentirse extraño. Ser “argenmex” es la pertenencia dual y unificada, de ser de ambos lugares sin mucha distinción. Sin que uno alcance a diferenciar del todo, en qué aspecto soy de aquí o soy de allá. No hay un día, en que sin querer o porque sí, estando en Argentina, no piense en México y viceversa. Y este es un debate que sostengo con mi madre, que apela a que “nos volvimos porque uno tiene que tener claro de dónde es y nosotros somos argentinos”... pero indudablemente las experiencias nos interpelan subjetivamente y los cambios generacionales nos hacen construir diferentes lecturas. Ella, nieta de inmigrantes, necesita armarse desde la totalidad y es entendible, después de tantas fragmentaciones. Pero yo convivo de otra manera con esa divisibilidad y apelo a esa construcción identitaria, llena de memorias en plural, con imágenes que tanto son palabras como fotos y se expresan en sensaciones, reflexiones y sentimientos. La vida de alguien exiliado es

distinta a la de quien nunca vivió en otro país, esos años no son un paréntesis, sino parte de la propia historia.

Reconozco extraña esta instancia de hablar sobre el tema, porque en mi vida laboral, la escritura académica se produce bajo formas más impersonales. En terapia lo abordo en el plano subjetivo. Entonces en esta oportunidad puedo esbozar un camino intermedio, pensar y entrelazar conceptualizaciones con referencias, modos de historiar y aportar desde las memorias personales e inter personales, al colectivo.









Producción fotográfica Victoria A. Díaz

Bibliografía

Pardo Sainz, Rebeca (2006) “La fotografía y el álbum familiar” Segundo Congreso de Historia de la Fotografía, Universidad de Barcelona, Photomuseum de Zarautz.

Ulanovsky, Inés (2020) Las fotos” (CABA: Editorial paisanita editora).

Zuccherino, Antonio (2018) “Construir lo desconocido” en M Metal memorias escritos y trabajos desde América Latina (La Plata: Editorial papel cosido F.D.A.- U.N.L.P.).

SURGIMIENTO Y CONFORMACIÓN DE UNA COMUNIDAD: ‘HIJAS E HIJOS DEL EXILIO EN CHILE’¹⁰

María Virginia Rojas Quiroga¹¹

INTRODUCCIÓN

El exilio ha tenido un sentido histórico a lo largo del tiempo. Ha sido utilizado como recurso societario por las autoridades, como una condena y/o castigo a la violación de las leyes u orden establecido. A partir de estos diversos sentidos podemos reconocer cuáles son las diferencias con aquellos casos excepcionales a una imposición por ley. En este sentido, el exilio es una elección tomada a conciencia por el exiliado con el fin de no sufrir consecuencias que se llevarían a efecto sólo si se quedase en el país; por lo tanto, aquello solo se producirá en condiciones de riesgo e inseguridad, entendiendo que: “...el exiliado se ve obligado a expatriarse por imposición (declarada o no, elegida o no) del poder político dominante, so pena de ser detenido o permanecer indefinidamente en prisión, o ser torturado (él y/o sus familiares, allegados o amigos)” (Meyer & Salgado, 2002:162).

Desde esta perspectiva, el exiliado se convierte en opositor al régimen político y económico, luego de haber intentado sin éxito una transformación política o social. Cuando el régimen imperante persigue sistemáticamente a sus opositores, el exilio se vuelve una necesidad de sobrevivencia.

¹⁰ Esta investigación etnográfica es realizada a partir del interés por ir registrando la constitución y recorrido de la primera Comunidad de Hijos e Hijas del Exilio Chileno Segunda Generación desde el espacio virtual, la que posteriormente se constituyó como ONG. Esta investigación tiene como temporalidad de registro los años 2017 - 2018. Sin embargo, la presente ponencia sólo incorpora la primera parte de la investigación. Aclarar que algunos nombres de participantes han sido modificados debido al derecho a la privacidad y al no contar con su autorización.

¹¹ Socióloga, Universidad de Concepción. Candidata a Magister en Historia de Chile Contemporánea, Universidad Alberto Hurtado. Investigadora y activista en Movimiento de Derechos Humanos Chileno. Áreas de investigación: Sociología de la Memoria, Derechos Humanos, Políticas de Memoria y Reparación, Políticas del Retorno y Exilio-Retorno Segunda Generación.

Algunas investigaciones (Lira, 1984; Rojas, 1987; Castillo & Piper, 1996; Norambuena, 2000; Rebolledo, 2006) han establecido a lo largo de los años que el exiliado es fundamentalmente un sujeto que ha sido arrancado de su país, donde se había desarrollado por medio de un proceso de interacción con su núcleo familiar y social, con el medio ambiente, con su ciudad, con sus paisajes; o sea, la suma de su propia cotidianeidad. Así el exilio provoca en la persona una pérdida de la individualidad y del sentimiento de libertad, es decir un ‘desarraigo’, producido principalmente por el quiebre biográfico de su propia historia (Rebolledo, 2006). Además de la pérdida de identidad, el destierro del propio país provoca una desestructuración del grupo familiar (Rojas, 2015)

El exilio chileno se entiende desde una dimensión política – social, identificándolo con la persecución política y elección forzada de asilo, de los partidarios de la Unidad Popular; dirigentes sociales, militantes y simpatizantes de los diversos partidos de izquierda; funcionarios de gobierno, los que evitaron con ello la detención, el encarcelamiento y la muerte. Otro sector reconocido de exiliados es aquellos que debieron salir del país después de ser prisioneros políticos, forzados a abandonar Chile, tras ser expulsados formalmente por las autoridades militares por medio de un decreto de expulsión.

A partir de ello, el carácter forzoso del exilio se entiende, desde la prohibición del ingreso al país y la imposibilidad de seleccionar de forma libre en qué lugar se quiere vivir, produciéndose una fragmentación que para Castillo & Piper (1996) explica la dispersión de los chilenos en más de ochenta países. La diferenciación de los procesos de exilio se establece a partir del país de acogida:

“En los países de Europa Occidental y el resto de Europa, los programas de apoyo a exiliados facilitan la instalación material, el aprendizaje del idioma y proporcionan oportunidades de estudio y/o inserción laboral. En América Latina (excepto Cuba), las condiciones políticas y económicas determinan una situación de inseguridad e incertidumbre respecto de las condiciones materiales y de vida que dificultan la adaptación [...] en términos de inserción social, las personas tuvieron mayores dificultades de inserción que aquellas exiliadas en países latinoamericanos y/o de habla hispana” (Castillo & Piper, 1996:47)

Dando cuenta de la dificultad para poder plantear de manera general el proceso del exilio chileno, la existencia de diferencias hace que esto sea parte de una amalgama de experiencias individuales y colectivas. Dichas experiencias, se entremezclan y relacionan lógicamente con los hechos vividos con anterioridad por los sujetos, los grados de participación política, el fracaso del proyecto social y

político, todos factores que finalmente impulsan la decisión de salida del país. El exiliado es un sujeto que forma parte de un proceso histórico, de un movimiento social y político que ha sido ‘quebrado por medio de la violencia’, dejando atrás no solo el país, la familia y su cotidianidad, sino que también su sentido como ser social, espacio con el cual contaba a partir de su proyecto histórico (Castillo & Piper, 1996). Por lo tanto, la experiencia del exilio se reconstruye desde el sentido de pérdida, desde la ruptura, desde el fracaso de los proyectos colectivos, la fragmentación y el desarraigo.

Para los hijos, en cambio, el retorno significó vivir su propio proceso de exilio. Las ansias de volver de los padres significaron la poca preparación de los hijos e hijas para poder enfrentar el Chile en lo familiar, educativo, laboral, material, etc. Las principales dificultades para la segunda generación de exiliados se dieron en el proceso de inserción y de comprensión cultural de la sociedad a la que se llegó, ello a raíz de que en muchos casos la gran mayoría conocieron un Chile por la transmisión de los padres y las relaciones de socialización generadas en los espacios organizativos de participación política, enfrentándose al momento del retorno con una sociedad lejana y diferente a la relatada (Rebolledo, 2006; Rojas, 2015). Dicha situación representó que los hijos buscarán mecanismos de inserción de acuerdo con los acontecimientos que iban viviendo cotidianamente. Así las dificultades vividas en las relaciones culturales y de idiosincrasia familiar, será lo que marcará la diferencia entre las memorias del exilio y las memorias del retorno en la segunda generación.

A este debate del fenómeno exilio – retorno en los hijos e hijas se debe agregar también aquella segunda generación que no volvió a Chile o que regreso al país de acogida, los que construyeron su ‘lugar’ propio en esas otras sociedades. Tal situación no siempre significó romper el vínculo con el país de los padres, algunos buscaron mecanismos de vinculación¹²; ya sea por medio de campañas de apoyo de las luchas de los movimientos sociales¹³ o la constante exigencia por el derecho al voto extranjero¹⁴. En tal sentido, son diversas las formas de poder observar o acercarse a la problemática del exilio – retorno en los hijos e hijas.

¹² Para profundizar en esta perspectiva revisar investigación ‘De la pérdida a la continuidad, entre Chile y Bélgica: una etnografía en familia en Lieja’, Lorena Ulloa, Universidad de Lieja.

¹³ Como ejemplo de ello, podemos destacar las manifestaciones en 1998 contra Augusto Pinochet en Londres, el apoyo en diferentes países por el terremoto de 2010, al movimiento estudiantil 2011 o a la huelga de hambre del Pueblo Mapuche en 2014, 2015, etc.

¹⁴ Hay que recordar que el voto internacional recién se aprobó en diciembre de 2017.

La presente etnografía aborda una mirada analítica del recorrido que han venido realizando desde 2017 un grupo de hijos e hijas del exilio que viven en Chile y en varios países de Europa, América Latina y Canadá. Un recorrido que se inicia aprovechando la instancia de las nuevas tecnologías y el espacio virtual de las redes sociales, generando una cercanía que acorta la distancia del espacio territorial pero que busca en si misma un lugar de encuentro, estableciendo una plataforma de acción para visibilizar la experiencia y problemática que ha significado el exilio – retorno en la segunda generación. A partir de esta experiencia, surgen algunas inquietudes y preguntas que orientan el interés por llevar a cabo esta etnografía y que da la línea argumentativa en la narrativa del texto, dando cuenta en primera instancia de la importancia del surgimiento del grupo de hijos; pero también de la experiencia del observador – participante que desde ciertas inquietudes tiene el interés por pesquisar cuál es el motor que despierta la iniciativa en este grupo humano por crear y participar de un espacio virtual donde expresar sus experiencias biográficas del exilio – retorno, que les moviliza en la construcción de un lugar donde el estar y hablar -publicar- importa. Para posteriormente potenciar encuentros en un espacio real, generando a su vez mecanismos de organización que contribuya en pasar de lo virtual a lo real, construyendo una institucionalidad que los potencie como agentes de acción.

GÉNESIS DEL GRUPO DE HIJOS E HIJAS DEL EXILIO

A mediados de 2017 se crea en Facebook el grupo cerrado ‘Chile: hijas e hijos del exilio, víctimas directas de la dictadura’, espacio que inicia su actividad a partir del interés de un grupo de hijas e hijos que tras su participación como entrevistados en la investigación ‘Efectos del exilio en familias chilenas de Alemania’¹⁵, intenta establecer un vínculo y relación a partir de este lugar de encuentro. Será en este espacio virtual donde los hijos e hijas compartan sus experiencias personales y vivenciales desde sus primeras presentaciones en el grupo - “Mi nombre es Tatiana, gracias por la invitación. Soy hija del exilio” - comenta una hija en la red a penas se crea en el mes de julio de 2017. Llama la atención como Tanía que vivió su exilio en Suecia se identifica desde un principio con la categoría de ‘Hija del exilio’, concepto que de alguna manera deja entrever el sentido de búsqueda de pertenencia de un lugar. Este concepto identitario tiene su origen en la definición que se diera la segunda generación del exilio en las organizaciones de derechos humanos de Argentina y Uruguay.

¹⁵ Investigación realizada por la Socióloga Leonor Quinteros Ochoa entre los años 2014 – 2015. Aborda la experiencia del desarraigo en los hijos e hijas de exiliados y refugiaron en Alemania.

Desde un principio la plataforma virtual surge como un lugar donde poder compartir relatos, opiniones, información, invitaciones, campañas, etc., generando un espacio de relación social y de arraigo. Ello da lugar a que cada uno de los hijos e hijas tome una posición desde donde hablar, desde que lugar comprometerse y enunciar sus publicaciones. El espacio genera una red social que permite interactuar e integrar a todos quienes se unan al grupo o sean invitados por otros usuarios, teniendo siempre presente el sentido del ‘nosotros’ desde la experiencia compartida del exilio, en tanto proceso represivo político – social que simboliza un sentido identitario. Lo que se manifiesta en cada una de las instancias de acción comunicacionales y de las campañas de apoyo en iniciativas vinculadas a los derechos humanos.

El exilio – retorno ha sido una de las temáticas menos abordada en el espacio público del debate respecto a la represión chilena en la dictadura cívico – militar, sin embargo, en los últimos años ello ha ido cambiando a partir de nuevas publicaciones realizadas por nuevos actores¹⁶, diversas han sido las actividades realizadas por el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos¹⁷, los encuentros académicos¹⁸ y la preocupación por parte de la segunda generación de buscar nuevos mecanismos para estar presente. Parece ser que los tiempos han cambiado y se ha generado una apertura en diversos espacios, vinculados a la reconstrucción de nuevas lecturas e interpretaciones de nuestro pasado reciente o como plantea Maurice Halbwach en su clásico libro de los años treinta, han surgido los marcos sociales necesarios para poder evocar e instalar esas memorias subterráneas dispersas (Pollak, 2006). Ello ha posibilitado el surgimiento de nuevos espacios, lugares y momentos de reencuentro para visibilizar las problemáticas del exilio – retorno, dando cuenta de su estado latente sin lugar de evocación, lo que ha sido sin duda una constatación en las narrativas y reflexiones de los hijos e hijas, siendo el espacio de ‘no lugar’ como lo plantea Marc Augé una de las principales consignas. Ello queda reflejado cuando Andrés, uno de los primeros participantes en el grupo de Facebook publica cuál es el sentido que tendría este espacio virtual:

¹⁶ Como los documentalistas Macarena Aguiló, Michel Szempruch, Lautaro Vargas, Bastien Genoux y Alejandro de la Barra. Los investigadores como Claudia Rojas Mira, Margarita Varas, Lorena Ulloa, Leonor Quinteros, Carla Peñaloza, y María Virginia Rojas Quiroga. Escritores como: Silvia Mellado Vega, Alía Trabucco, Alejandro Zambra, Thamar Álvarez Vega, Marco Fajardo, etc.

¹⁷ Muestra Asilo / Exilio, Archivo Oral Asilo / Exilio, Ciclo de Cine, Recitales, Seminarios, etc.

¹⁸ Año 2016: Jornadas del Exilio en el Cono Sur; el Coloquio Estado, Exilio y Política. Año 2017: Encuentro Internacional El exilio chileno en Europa WUS y su apoyo. Año 2019: Conversatorio Violencias políticas y exilios; Conversatorio Niñas en dictadura: segunda generación de exilio, violencia política y resistencia. Entre otros.

“[...] creo que el legado del exilio-retorno debiese ser en concreto esa página que estaba en blanco, pero ahora escrita en la historia por sus propios actores, igual como lo hicieron las diásporas de otros pueblos para reconstruir los pedazos del pasado, de su pasado [...]”. (Publicación realizada en Facebook el 31 de agosto 2017)

Poco a poco son incluidos en el grupo nuevos hijos e hijas, los que en su mayoría son sugeridos e invitados por otros miembros de la red, así el espacio se constituye rápidamente en un lugar donde opinar, donde relatar experiencias, donde hablar, donde pertenecer, etc., evidenciando el sentido de lugar y la importancia de estar presentes allí, configurando la identidad de un nosotros ‘hijos e hijas del exilio’:

“Somos la generación ‘Hijos del Exilio’, y aunque vivimos en distintos países, conociendo distintas culturas, con experiencias buenas y malas, llenos de dolores interiores no sanados, luchadores por la vida, resilientes de nuestros destinos, optamos por pensar y vivir convirtiéndonos en unos ciudadanos del mundo. Cada uno de nosotros debemos sacar lo mejor de nuestras historias, para poder construir un mundo mejor”. (Marina, hija exiliada en México. Publicación realizada en Facebook el 15 agosto de 2017)

Las principales preocupaciones han sido debatir respecto a cuáles deberían ser las posibles acciones por realizar como hijos del exilio y junto a ello dar un carácter de cuerpo, de unidad, identificándose en primer lugar con el tema del exilio y sus problemáticas; pero también siendo solidarios con los diversos temas de violaciones a los derechos humanos, lo que en algún sentido los circunscribe en una narrativa histórica y desde una lógica política. En tal sentido, uno de los creadores y administradores del grupo plantea la perspectiva que debería tener el espacio y la posible línea programática en la cual moverse:

“La idea respecto a la creación de este grupo tiene relación con el derecho que tenemos como víctimas de la dictadura a ser reconocidos como tales por parte del Estado chileno, y con ello, revisar que tipo de respuesta y propuesta tiene el Estado chileno, para compensar todas las distintas situaciones y secuelas por las que pasamos los niños¹⁹ [...] Esto tiene relación con tener que haber dejado a familiares y amigos detrás cuando tuvimos que partir fuera de Chile y lo mismo cuando retornamos, que fue para muchos un segundo exilio (...) Y por otra parte las posteriores situaciones

¹⁹ Con esto se refiere específicamente a menores de edad que tuvieron que partir con sus padres al exilio, es decir, niños o adolescentes menores.

complejas como los estados de depresión, crisis de pánico, trastorno de la personalidad, enfermedades autoinmunes y otros problemas médicos”. (José fundador y administrador del grupo de Facebook, entrevista realizada 2 de julio 2019)

La consigna de invitación a participar en el grupo se plantea desde la importancia de construir un lugar y el esfuerzo que se debe hacer para que el exilio – retorno salga del anonimato y se muestre, por ello se llama abiertamente a convocar a hijos e hijas a ingresar, a utilizar el espacio virtual, a participar y aportar en una amplia gama de posibilidades, sin establecer ningún tipo de límites o reglas, lo que nos plantea la disyuntiva de si esa demanda constante de ampliar la participación, tendría referencia al entusiasmo de lo que estaba ocurriendo en la cotidianidad de lo virtual, es decir, en las constantes publicaciones en la red. Lo que posteriormente evidenciará las diversas posturas respecto a problemáticas que fueron surgiendo en la medida que se participaba en el espacio y las diferencias en las visiones de los diversos temas planteados. De esta manera, Leonor, una de las fundadoras, invita el 19 de julio de 2017 a participar del grupo:

“Estimados amigos, amigas, compañeras y compañeros [...] invitamos a todos los hijos e hijas del exilio a sumarse a nuestro grupo y estar atentos a las actividades que se vienen, tal y como ya lo han hecho los hijos del exilio en Uruguay y Argentina. Inviten a todos los hijos del exilio que conozcan, pues este grupo incluye a todos los hijos e hijas que se criaron, nacieron en el exilio, y que retornaron o no a partir de 1983²⁰ cuando se dan los permisos de regreso. ¡Gracias!”.

Tras el pronunciamiento de esta publicación, se genera un debate en torno a cuáles son esos derechos no reconocidos -hablamos principalmente del derecho a salud garantizado para segunda y tercera generación, el derecho a vivienda para quienes nunca la han tenido, el derecho a educación para quienes no pueden pagarla y el derecho a tener nacionalidad chilena para quienes aún son apátridas-, que de alguna manera evidencia la sensación de no sentirse reparados y de considerar la importancia de la búsqueda de beneficios para aquellos hijos e hijas que no están viviendo bien. El reconocimiento del Estado en el caso de este tema sólo se realizó en un periodo acotado y con diversas dificultades en llevar a efecto los apoyos, lo que además se suma a que solo se pensó en las víctimas directas reconocidas de la represión, es decir los padres. Ante el debate generado en torno

²⁰ Esta fecha tiene directa relación con el aumento de retorno de exiliados debido al cambio que significó la constitución de 1980, el blanqueamiento del régimen, el inicio de las listas de quienes estaban autorizados a regresar al país, y la nueva estrategia política construida y asumida por los exiliados y familiares organizados en las campañas ‘Por el Derecho a Vivir en la Patria’ y el ‘Fin del Exilio’.

a esta reflexión, algunos hijos afirman estar absolutamente de acuerdo con la posibilidad de ser reconocidos como víctimas de la represión, como es el caso de Raquel quien publica:

“[...] debemos exigir esos derechos que no han sido reconocidos [...] fuimos víctimas y aún hay secuelas y heridas no sanadas [...] aún se sufren las secuelas de aquellos niñ@s que nacieron y que continúan en un eterno desencuentro con el país de sus padres”. (hija del exilio mexicana, administradora del grupo de Facebook, publicación realizada 21 de julio 2019)

No obstante, dicha publicación desata variados cuestionamientos y aprobaciones, ya que el concepto de ‘víctima’ forma parte del ADN del grupo y por primera y única vez se cuestiona y reflexiona la posición que deben tener los hijos en ese debate. Si bien hablar de víctima significa hablar de quien sufrió un daño por causa de una acción o suceso, al aplicarlo al campo de los derechos humanos su significado dependerá específicamente de a quién se define como tal, es decir, quién porta el estatus de reconocimiento. Discusión que instala el debate respecto a la posición que han tenido los hijos e hijas en el exilio dentro del proceso de reparación; pero también enfatiza cuál es el límite a la hora de explicar y caracterizar los procesos represivos del país. Dicho diálogo surge de la publicación que realiza Miguel en respuesta de la afirmación de Raquel “fuimos víctimas”, aquí se presenta un breve extracto de la discusión generada en el grupo de Facebook respecto a este tema:

Mauricio: “Una reflexión un poco provocadora (con todo respeto). ¿Será adecuado denominarnos cómo víctimas? ¿Puede que lo seamos, pero en realidad nos gusta presentarnos como víctimas? ¿De qué otra forma nos podríamos autodefinir? ¡Saludos a todos!”.

Teresa: “Hij@s del exilio, es lo que somos (y) En todo caso, el concepto de "víctima" es también jurídico, y en ese sentido no hay otra forma de definir a quienes, como consecuencia del golpe de Estado y la represión de la dictadura, crecimos y/o nacimos fuera de Chile”.

Anastasia: “Víctima. Yo no le pedí al sr pinochet que allanara la oficina a mi padre en Codelco, no le pedí que allanara el depto a mi madre, que los milicos dieran vuelta mi cuna y ropa de guagua. No le pedí tener que nacer en otra parte, apartarme de mis abuelos y toda la mierda que vino con él. No le pedí que se apropiaran de todas las empresas chilenas que estaban agarrando vuelo como corfo. No le pedí la constitución del 80. No le pedí las viles mentiras, muertes, desapariciones, torturas, exilios, relegados, exonerados, la quema de libros por miles y cientos. La palabra ‘víctima’

tiene implícita la palabra victimario. Hasta ahora nadie me ha pedido perdón, hasta ahora los victimarios siguen implícitos y sus caras desconocidas”.

Mauricio: “El tema no creo que sea sencillo, más bien lo veo complejo, es un tema difícil, y abordarlo en blanco y negro, como un asunto de víctimas y victimarios es un reduccionismo que no explica toda la complejidad del tema”.

Teresa: “Yo no he reducido el tema a nada. Ni siquiera he hablado de los victimarios. ¿Solo respondí al hecho puntual de tu pregunta ‘Como no negar la condición de víctima sin victimizarse?’. El tema da para mucho más, obviamente, pero es bueno ir puntualizando conceptos, para no crear confusión”.

Anastasia: “Le pueden cambiar el nombre por el grupo, pero no quita el hecho que nuestros derechos como niños fueron vulnerados”.

Teresa: “Si el asunto se trata de cambiar el nombre del grupo, no estoy de acuerdo. Además, siento que darle vueltas a una palabra no nos aporta en nada, más cuando esa palabra, nos guste o no, refleja la realidad del exilio en su totalidad”.

Mauricio: “La idea no es cambiar el nombre del grupo, la idea era reflexionar y pensaren torno a ello...”

(Publicación realizada el 27 de septiembre de 2017)

De esta manera se manifiestan los primeros pasos que fueron dando el Grupo de Hijos e Hijas del Exilio, evidenciando la existencia de puntos de encuentro y desavenencias que han sido dialogados en función del primer acercamiento y participación que han tenido en la red. Cada uno de esos momentos fueron construyendo nuevas formas de relacionarse, conocerse y generar lazos, construyendo el camino que se quería recorrer en este nuevo ciclo de posibilidades narrativas y espacios de visibilización, ahora de la mano de una segunda generación que busca ser vista y reconocida.

ESPACIO VIRTUAL ‘UN LUGAR DE ENCUENTRO Y HERMANDAD’

Hemos comprendido con los años que nuestra relación con las redes y los espacios virtuales forman parte de nuestra cotidianidad. Comprendiendo la internet según lo plantea Christine Hine (2006) un espacio de valor cultural que se articula como artefacto cultural, en tanto es una tecnología creada para un fin y contexto particular, lo que nos permite observar su uso a partir del conocimiento, lenguaje y prácticas compartidas por quienes interactúan detrás del monitor del computador.

Son múltiples los lugares de encuentro virtual donde las personas sienten mayor cercanía al relatar sus experiencias personales, expresando libremente opiniones y reflexiones respecto a diversos temas. Esta es la situación generada desde un principio en la comunidad virtual Facebook Hijos e Hijas del Exilio, la cual se instituye como un espacio de encuentro, donde todos participan de manera libre y donde se publican opiniones personales, así como información de temáticas vinculadas a los derechos humanos y el exilio chileno, etc.

“Hermanos y hermanas déjenme decirles que estoy contentísima de que me hayan invitado a participar a este grupo de Facebook, donde me he encontrado con amigas y compañeras de las cuales no había sabido desde hace muchos años, agradecer por la amistad y compañerismo entregado. Muchas gracias y saludos para tod@s”. (Publicación de Hija desde Suecia, realizada el 20 octubre del 2017).

En este espacio se generó un ambiente de comprensión, empatía y cercanía entre todos los que participaban, manifestado a partir de sus publicaciones y comentarios, los que en muchos casos fueron masivos y participativos, generándose un ambiente distendido de confianza y amistad. Varios fueron los momentos en que los relatos y las historias personales publicadas generaron reencuentros, contactos con amigas y amigos con quienes no se veían desde hacía mucho tiempo, manifestándose códigos y valores comunes que hacían del espacio un lugar dinámico. De igual manera también se evidenciaron las diferencias exiliares, es decir, las diversas formas en que ocurrieron los exilios y las que no siempre están presentes en la literatura y las investigaciones en esta temática. Fueron los relatos los que plasmaron esas diferencias, sobre todo cuando existieron relatos de hijos que debieron pasar por graves problemas personales.

Así, las interacciones fueron pasando de las primeras presentaciones, hacia relatos cargados de emotividad, como es el caso de Emilia quien publica:

“Hola [...] Gracias por haber creado este grupo y aceptarme. Me llamo Emilia, nací en Iquique en 1966 y soy hija de exiliados. Me cuesta escribir todo esto porque hasta el día de hoy, nunca lo he contado, pero saber que todos ustedes han pasado por lo mismo me ayuda. Tenía 7 años, me recuerdo esa radio, la gente que entraba y salía de la casa, mi papá que se fue y que no volví a ver casi hasta que partiéramos a Francia el 76. Me recuerdo haber vivido donde los abuelos, tíos, solita o con mi hermanita. Mi papá paso por Pisagua, después por la cárcel, mi mamá fue arrestada, desaparecida por cierto tiempo en Santiago, paso por Dos Álamos, con todo lo que significa. El 76, Francia nos ofreció asilo, tenía 9 años y desde esa época aquí estoy. ¡Mis padres regresaron a Chile el 91, pero mi hermana y yo decidimos quedarnos en Francia y otra vez, ese dolor de la separación volvió! No lograron adaptarse, tuvieron nuevamente amenazas y me los traje nuevamente a Francia. Aquí estamos hoy, viviendo y recordando siempre Chile, manteniendo nuestras tradiciones. Hay que seguir y nunca olvidar [...]”. (Publicación realizada el día 12 de septiembre del 2017)

Posteriormente comenzaron a aparecer fotos e imágenes significativas, ya fueran dibujos, cartas digitales, lugares, monos animados, expresaban con ello los momentos significativos del exilio. De igual manera surgieron agradecimiento por el surgimiento del grupo, así se manifiesta en los posts de Mavel y Luis respectivamente: “Este grupo nos ha unificado, nos ha permitido reconocernos unos/as a otros/as como pares, como hermanos/as, y nos vuelve visibles, para nosotros mismos/as y para la sociedad en la que hoy en día muchos/as estamos insertos/as. Un abrazo”. “Al parecer ha sido una catarsis para todos, y una oportunidad para aceptarnos y reconocernos como una generación llena de pérdidas y dolores, pero mostrando siempre nuestra mejor cara y luchando [...] Ánimo, hermanos y hermanas, somos resilientes [...]”.

Otras presentaciones que marcan la tendencia en el grupo son las exposiciones biográficas donde se manifiesta la profunda nostalgia e interés por hablar de las experiencias del exilio, evidenciando desde el primer momento la diversidad de las personas que participan en el grupo, los distintos países por los que han pasado e incluso los países donde viven hoy. Algunos relatos así lo manifiestan:

“Hola mi nombre es María en 1978 salimos mi mamá y mis dos herman@s y yo exiliados a Suecia después del asesinato de mi padre. Aún vivimos en este país donde todos echamos raíces. Nos casamos y tuvimos hijos. Mi hijo nació en Kenia e igual que yo llegó al aeropuerto Arlanda

(Estocolmo) casi cumpliendo 2 añitos y como segundo nombre el de su abuelo materno. Muchos cariños desde Estocolmo, Suecia”.

“Hola! Buenos días, gracias por incluirme al grupo, mi nombre es Irma, nací en Angol en 1970 y a partir de 1973 comenzamos a vivir en diferentes lugares de Chile [...] Aún recuerdo, a pesar de mi corta edad, tres años, una habitación en mi casa de Angol, llena de libros destinados a Alfabetización Popular, eran libros de tapa azul [...] En el 84 mis padres salen al exilio, para Argentina. Fui invitada a integrar la Agrupación Hijas e hijos del Exilio Argentino. Cuando esto ocurrió, yo comenté - Es que no se si puedo integrarla ¡No soy Argentina! -. Uno de ellos respondió: - quédate tranquila, nosotros tampoco. Somos hijas e hijos de exiliados, igual que vos -. Ahí comenzó una nueva etapa en mi vida, empezar a hablar del exilio, sus efectos y todo lo que significa. Vivo en La Plata”.

“Dinamarca 1977-1994. Gracias por este grupo, pero en este momento me ha entrado una pena tan grande al leer los diversos posts. Creo que había bloqueado completamente de mi mente todo lo que costó integrarme a vivir en este país (completamente extraño para mí en ese momento, salvo por historias durante mi infancia). Nunca pensé que había tanta gente con ese mismo sufrimiento. Lo que más me sorprende es que tantos años después aún me afecta. Un abrazo a todos. Dario”.

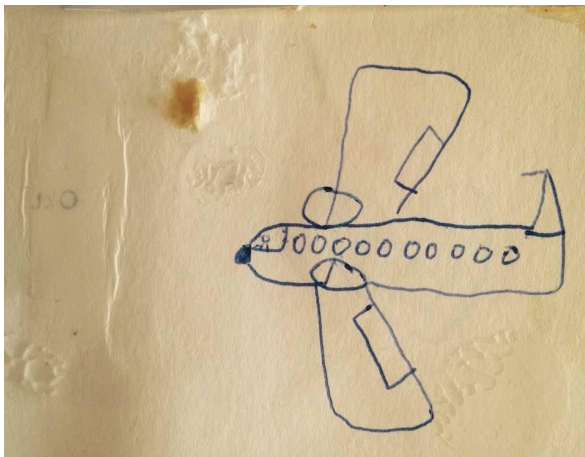
De alguna manera la diversidad experiencial y la multiplicidad de países donde viven los hijos e hijas que participan en el grupo de Facebook, va a manifestar en varias oportunidades puntos de desencuentros y diferencias que se irán mostrando a partir de inquietudes surgidas en las dinámicas cotidianas de participación. Estas desavenencias en un principio tienen un carácter irrelevante, por cuanto son reguladas fácilmente por los mecanismos de control existentes en el grupo, los que están en manos principalmente de los administradores. No obstante, el hecho de que sean solamente los administradores quienes median las desavenencias, ha provocado en más de una oportunidad el rechazo de algunos participantes del grupo, debido a que han existido expulsiones. Un ejemplo de ello fue lo ocurrido en el caso de Victoria de Bélgica quien, en el contexto de la propuesta para la creación de un libro con relatos de hijos e hijas, tuvo algunos desacuerdos respecto a cómo se estaba abordando el tema, lo que llevó posteriormente a uno de los administradores a publicar:

“Victoria, tendré que sacarte ya que tus comentarios en vez de ser un aporte están denigrando a algunas de las personas. Quiero dejar en claro que si hay ofensas o maltrato verbal a una persona o se borran los mensajes porque no le caen en gracia, se tomarán las acciones necesarias. Si no nos

respetamos entre nosotros no hay forma de que el grupo se mantenga unido. Si no respetamos las diversas opiniones que podemos tener, la convivencia y la comunicación se tornan complicadas” (Publicación realizada el 9 de octubre del 2017)

Tras algunos desencuentros por opiniones divergentes, serán los mismos participantes quienes contribuirán a mejorar el ambiente de cordialidad y respeto en el espacio. No obstante, los administradores y administradoras del grupo siempre estarán preocupados de que el espacio sea un lugar de encuentro para los hijos e hijas, por ello, constantemente publican comentarios o reflexiones que generen dialogo e interacción, apelando casi siempre a la experiencia biográfica de los diversos participantes. Dicha preocupación, tiene como finalidad generar vínculos y conexiones, posibilitar el acercamiento y un sentido de pertenencia con el lugar, construyendo comunidad.

Quizá por ello, frecuentemente aparecen en el grupo pensamientos personales y vivencias que tienen el carácter de comentarios y reflexiones sugerentes que llaman a participar a los amigos del grupo. En tal sentido, lo hace una de las administradoras del grupo (Leonor), quien publica e interpela a partir del dibujo de un niño, para simbolizar el viaje de partida y lo que ello significó en la biografía:



“Dibujo de una niña exiliada, 7 años, Alemania. ¿Tienes fotos, recuerdos, pensamientos que quieras compartir con otros compañeros y compañeras de destino? Verás que tenemos mucho en común, y que lo que has vivido como hijx de exiliado no es un destino demasiado personal. Somos muchxs, y hemos estado viviendo nuestra experiencia de retorno y partida en silencio y en soledad”. (Publicación realizada el 31 de julio del

2017)

Muchos han sido los momentos de conexión y emociones volcados en la red a partir de los relatos publicados por los hijos e hijas, uno de los momentos más significativos se generó en el mes de septiembre, cuando surge una mayor presencia en el grupo, no solo por la cantidad de posts de relatos experienciales significativos por el periodo, sino además por la emotividad plasmada en cada una de esas publicaciones y comentarios realizados. La fecha constituye un detonante de la

memoria, generando en el espacio virtual una serie de mensajes, imágenes, relatos biográficos, propuestas e invitaciones, que en algún sentido muestran la relevancia de la fecha, en tanto, manifestación simbólica de querer estar presente y de visibilizar en lo público el acontecimiento como ruptura de lo personal - familiar y la transformación para siempre de quien relata:

“Un día como hoy (11 de septiembre) cambio todo mi mundo [...] tenía 10 años y aún recuerdo ese día como si fuera ayer. Yo debía ir al colegio, pero no fui. Mis padres estaban muy nerviosos y me fueron a dejar a casa de los abuelos. Allí me enteré lo que había sucedido. Mis padres se fueron y los pude ver recién 3 días después. Posteriormente vino el exilio y las cosas nunca más fueron igual, la vida nos cambió a todos, la vida cambio en un instante (como diría una canción). Por eso el 11 es una fecha que me pone melancólica, me entristece y me enoja, es una extraña sensación que me cuesta mucho darle un nombre. Siempre me pregunto qué habría sido de mi vida si el golpe no hubiera existido, sino hubiera existido una dictadura, sino hubiera salido al exilio... ¿Cómo seríamos hoy? ¡!!!Me imagino que muchos de ustedes se deben hacer estas preguntas!!!!”. (Hija que vivió exilio en República Federal Alemana)

Estos relatos marcan el inicio de un lugar de encuentro, construido con un sentido primordial, contar e interactuar a partir de las historias que no suelen estar en ningún lugar, que proyectan un espacio vivo que no tiene tiempo, pero que sin embargo está constantemente transitando entre el pasado y el presente, proyectando un futuro incierto que está en plena construcción. Eso será quizá una de las características más relevantes que ha venido teniendo desde el inicio el grupo de hijos del exilio.

CAMPAÑA DE VISIBILIZACIÓN: ‘HIJOS SALEN DEL SILENCIO’.

Tras una gran participación, estimulada por el entusiasmo que ha provocado las diversas publicaciones, relatos y presentaciones expuestas por los hijos e hijas en el grupo, comienza a gestarse el interés por parte de un sector por avanzar un paso más y generar instancias de visibilización de la problemática del exilio – retorno, argumentos como: - “Deberíamos pensar en cómo visibilizar nuestra historia, hacernos presente en lo público, buscar formas de hacerlo para estar presente” (Hija que vivió el exilio en Dinamarca. Publicación realizada en respuesta a uno de los administradores del grupo el 4 de septiembre del 2017) se manifestaba en publicaciones y comentarios del grupo. En algunas circunstancias estas propuestas venían intencionadas por parte de los administradores, que constantemente generaban detonantes o subían información de la

contingencia nacional de la memoria y los derechos humanos, como mecanismo de argumentación respecto de lo que hacían otras organizaciones, marcando una pauta en el debate.

“Dejar de ser invisibles para la sociedad, que ignora profundamente el fenómeno de los hij@s del exilio es mostrar nuestra historia (...) Hemos sido invisibles por décadas, ignorados como hij@s, y eso, nadie puede negarlo, ello tuvo su costo” (Laura, vive en Alemania. Publicación realizada 22 septiembre del 2017)

Este tipo de post argumenta la discusión en torno a cuáles son las mejores fórmulas para aparecer en el espacio público, cuál es la capacidad de acción para llegar a instalar el tema y con qué redes e insumos se contaba para llevar a efecto tal alcance. Teniendo siempre en el horizonte de referencia, las diversas campañas y experiencias que han tenido por años los hijos del exilio en Argentina y Uruguay. A modo de ejemplo mencionar la campaña que llevan realizando por las redes sociales desde hace un año los Hijos e Hijas del exilio en Argentina, donde la consigna instalada es “El exilio nunca más”, “El exilio es una violación a los derechos humanos”²¹.

Si bien, existieron varios posts llamando a visibilizar la problemática del exilio, ello nunca concitó una gran participación de parte de los hijos e hijas. En variadas circunstancias sólo se mantuvo en un plano discursivo y con características de secreto, pues varios no querían ‘Ventilar sus historias’ - así lo definían en su mayoría quienes no quería exponerse-, otros abiertamente publicaban: “No entiendo cuál es el interés de hacernos visibles, si estamos bien así con un grupo cerrado y conversando entre nosotros” (Salvador, vivió su exilio en Cuba. Publicación realizada 29 de septiembre del 2019). Dicha publicación da cuenta de las diversas posturas existentes en torno a cuáles deberían ser los objetivos centrales del grupo.

Una de las carencias de la comunidad virtual de hijos es justamente no haber establecido algunos objetivos mínimos socializados con la mayoría de los usuarios asiduos del grupo. Situación que significó una constante traba respecto de las diversas actividades que se quisieron llevar a cabo.

A fines de agosto del 2017 se publica la propuesta de Leonor (administradora del grupo de Facebook), para realizar una campaña visual previo al 11 de septiembre. Lo que llama la atención de muchos usuarios del grupo. En algún sentido, esta invitación impulsa la idea de visibilizar al grupo, en tanto comunidad organizada a partir de un objetivo claro ‘la visibilización de lo que fue el

²¹ Para más información visitar ‘Hijas e Hijos del Exilio’ en Facebook.

exilio – retorno en la segunda generación’, ello en una fecha emblemática, donde el movimiento de derechos humanos instala problemáticas de la verdad y de justicia a partir de la importancia de la memoria. Basta recordar lo que significó la disputa -hace varios años- por transformar el 11 de septiembre en el día de la reconciliación nacional. La invitación no tuvo ningún carácter formal organizativo, pero constituía la primera intentona por salir a la luz pública y decir ‘aquí estamos presente’.

La iniciativa aglutina un grupo de hijos e hijas que toma la administración de la página de Facebook y que se da cuenta de la posible gran participación que esta instancia podía generar en función de visibilizarse en una fecha simbólica y lo que representa poner en el centro del debate público la existencia de la violación de los derechos humanos, bajo la marca del exilio y teniendo su continuidad en el retorno. De esta manera Leonor postea:

“¡Queridos compañerxs de destino! Domi me presentó una idea para realizar alguna manifestación este 11 de septiembre próximo, considerando la diáspora y las distancias que nos separan. La idea es que cada uno de nosotros vaya a algún lugar de la ciudad o lugar en que está y se tome una foto con un cartel; quizás incluso en un lugar turístico. En el cartel podría ir, por ejemplo: ‘Soy hija del exilio. Bélgica 1975 - 1977, Alemania 1977 – 1985’ (que es mi caso) es decir, hacer prácticamente lo mismo que hemos estado haciendo en el Facebook, pero con una foto”. (Publicación realizada el 25 de agosto del 2017)

La convocatoria continúa con la propuesta de ir más allá de simplemente una publicación en el grupo cerrado, proponiendo realizar un video que masifique en las redes sociales la problemática del exilio – retorno, actividad en algún sentido que posibilita una construcción identitaria y la generación de la movilización acción a partir de un objetivo común:

“Si juntamos varias fotos podríamos armar un pequeño video con una canción representativa, y viralizarlo para el 11. Yo agarre papa. Mañana iré a la plaza Prat de IQUIQUE a sacarme la foto jejejeje. Pongan atención que se vea bien la letra del cartel. Por eso usare un pliego de cartulina [...] ¿Se suman? ¡Vamos que se puede! ¡Salgamos de una vez por todas del aislamiento!”.

De hecho, esta acción, tendrá un mayor alcance debido a que el grupo de Facebook está constituido por muchos hijos e hijas que viven fuera de Chile, lo que posibilita una amplia difusión de la iniciativa a nivel global. Sin embargo, lo que en un principio generó un gran interés y participación

en los hijos e hijas, se transformó en el rechazo de un sector que mostró su absoluto desacuerdo con la iniciativa. Ello se da, principalmente por la tensión que concitó la propuesta de publicar las fotos y los relatos en la red social de Twitter. En su mayoría, las opiniones en contra de la publicación se dan desde una posición de no poder comprender porque se quiere publicar en una red abierta aquellos relatos realizados bajo el marco de confianza que daba el grupo cerrado, lo que demuestra la fragilidad del espacio. En su mayoría quienes no quisieron aparecer públicamente, son los hijos e hijas que viven en Chile. Lo que manifiesta la desconfianza que aún se tiene de la sociedad chilena. Así lo plantea Paulo en respuesta a dicha propuesta:

“Entiendo el sentido y la necesidad de contar esta(s) historia(s). De hecho, ello explica la gran cantidad de testimonios aquí publicados, la necesidad de hablar y ser escuchados. Pero este es un grupo cerrado para los inscritos y a lo mejor es eso también lo que genera la confianza para hablar. Twitter es otra plataforma, abierta, masiva, sin filtro. Personalmente no me gustaría difundir mi testimonio ahí, aunque respeto a quien sí quiera publicar lo suyo. Este grupo, un blog, un libro, una junta presencial [...] son espacios que prefiero para esto, porque para mí personalmente generan el entorno de confianza necesaria. Pero insisto, cada uno es dueño válidamente de saber hasta dónde acepta exponer su historia. ¡Abrazos!”. (Publicación realizada el 9 de septiembre de 2017)

La tensión manifestada en uno de los posts donde se solicita la autorización para subir las imágenes significó uno de los primeros cuestionamientos al preguntarse cuál era el interés y pretensión de la campaña de visibilización del exilio – “¿Por qué, queremos o deberíamos hacernos visibles? ¿Para qué es esa visibilidad? ¿Cuál es el sentido de esa visibilización?” – estas consultas fueron solo algunos de los comentarios que aparecieron en la red. Con ello, se puso de manifiesto la percepción que algunos hijos e hijas tienen respecto al espacio virtual y hasta qué punto se han generado confianzas: –“no se si estemos preparados para exponernos, cuando recién nos estamos reconociendo”-, comenta un hijo en Facebook. Dichas preocupaciones marcaron un antes y un después en el grupo.

Desde esta instancia existieron aprensiones respecto a los objetivos que se estaban buscando y quienes encabezarían esos lineamientos. Varios fueron los momentos donde existió la sensación de estar en un lugar, donde ya no existía la misma confianza que se había generado en las primeras presentaciones y relatos, a ratos parecía que se había instalado el virus de la desconfianza. En la medida que aparecían algunos posts y comentarios, constantemente se preguntaban quien convocaba o cuál era el sentido de lo que se pretendía. Con ello, se inicia otro momento en el

grupo, lo que significó darse cuenta de la importancia que tiene en la conformación identitaria y de comunidad estos espacios virtuales, principalmente por la confianza, las formas de expresión por medio de la escritura de lo que se piensa, los mecanismos de control y negociación que deben existir, así como aclarar desde un principio cual es el sentido y objetivo que se tiene del lugar de encuentro en la red social del Facebook.

No obstante, las tensiones que surgen a partir de los nuevos elementos van apareciendo de acuerdo con los intereses de los participantes, como por las contingencias en el país. Aparecerán dos publicaciones que de alguna manera evidencia la importancia de detenerse y observar lo que está pasando en ese momento, teniendo el carácter de un discurso conciliador, pero también dando importancia a la proyección de futuro:

“Tal vez hay que ir poco a poco creando confianza, después de 44 años no nos vamos a poner en la mira, así como así [...] no vamos a salir en pelota así de repente, yo por mi parte no siento ningún apuro por buscar un reconocimiento que no he tenido en toda mi vida y que no se si me va a favorecer o a perjudicar, porque, hablando seriamente, visibilizarnos es un arma de dos filos, Chile es un país que nunca está preparado, siempre le falta, no sé qué le falta, pero siempre le falta. Y a lo mejor debemos fortalecer lo que estamos teniendo en este grupo. Tal vez también sea el momento de preguntar que hacen 1500 personas en este grupo... detengámonos un momento...” (Mariano).

“Mi humilde opinión es que se trate de afirmar el grupo primero aquí en Facebook conocerse más y después cuando se cree la ruta del hilo rojo pensar en expandir. Por ahora, desde mi punto de vista pienso que el grupo está aún en pañales y es muy pronto comenzar a expandir en otras plataformas sociales. Saludos grupo”. (Lore)

Si se había tendido a caminar hacia un intento de comunidad y confianza en la interacción virtual, fortalecido a partir de la apertura a contar las historias, este punto de inflexión muestra la poca visión por fortalecer en primera instancia aquellos elementos que generaban unidad. Este tipo de situaciones se fue manifestando de acuerdo con lógicas no suficientemente fortalecidas, y que también en un espacio donde hay demasiadas personas se hace muy difícil generar instancias de equilibrio que dejen contentos a todos. Los desencuentros que se manifestaron anteriormente, ya sea por las diversas opiniones que surgían de algunos temas, se fueron solucionando a partir de un discurso de ‘respeto y empatía a quienes no opinan lo mismo’. Sin embargo, cuando la tensión se generó por la visión de proyectos diferentes no se dio una instancia de diálogo mayor, esto quedo

manifestado posteriormente cuando surge la iniciativa de institucionalizarse, poniendo en tensión dos posturas: quienes participan en la ONG, y quienes pretende que los hijos e hijas participen desde lo virtual en la ONG.

La propuesta de la campaña significó en la práctica la primera gran acción que realizara el grupo de hijos como comunidad, generándose como iniciativa de salir del anonimato, dando el espacio al debate y a la oportunidad de manifestarse y pronunciarse personas que viven fuera de Chile y que no tienen mayores vínculos asociativos con el país. Lo que a la postre también significó, uno de los primeros momentos de tensión en el grupo, lo que traería como consecuencia cuestionamientos a la iniciativa, cuestionamientos por la inmediatez de querer hacerse visible tan prontamente, provocando que algunos participantes terminen retirándose del grupo.

DE LA COMUNIDAD VIRTUAL A LA REAL: ‘PRIMER ENCUENTRO Y CONSTITUCIÓN DE ORGANIZACIÓN’.

Uno de los momentos más significativos del grupo de hijos e hijas fue la convocatoria al primer encuentro en noviembre de 2017. La iniciativa de pasar de la experiencia virtual a real es un salto sustantivo, sobre todo dado el poco tiempo que se había generado el espacio de interacción y participación en lo virtual. Dicha instancia en muchos casos había sido solicitada muchas veces, como por ejemplo en este post de un hijo del exilio que vivió en la República Democrática Alemana:

“¡¡HOLA A TODAS Y TODOS!! Creo que la vida nos ha convertido en ciudadanos del mundo. Es emocionante leer sobre sus vivencias y sentir que indiferentemente del lugar donde crecimos como hijos de emigrantes hay muchas cosas en común. Uno comparte muchas cosas por redes sociales, pero al mismo tiempo siento que nos alejamos más del contacto personal. Quería proponerles que los que estén interesados podríamos juntarnos y conocernos un día de estos. No sé si todos viven en Santiago. Tal vez el lugar podría ser el Museo de la Memoria de los DDHH... ¿¿Les tinca??” (Fernando exiliado en la República Democrática Alemana. Publicación realizada el 15 de agosto del 2017)

Esta es la expresión de lo que se estaba generando en la medida que se iba compartiendo las experiencias en la red social. De alguna manera, los primeros meses fueron de un desborde

increíble, de ganas de hablar, de ganas de contar, de ganas de gritar, ello se ve reflejado en las constantes publicaciones y en el tenor de ellas, como de alguna manera lo mencionamos anteriormente, los relatos fueron la apertura en el compartir la propia vida en la red, posibilitando también el encuentro y generando la sensación de que muchos pasaron y pasan por las mismas vivencias.

La rapidez de los acontecimientos, significó no darse cuenta rápidamente de las tensiones que estaban apareciendo y que no tenían espacios de negociación. En ese marco y tras las primeras desavenencias ocurre la invitación para reunirse por primera vez. Al principio esta instancia se genera con la visión de realizar una actividad al aire libre en el Parque O'Higgins, sin embargo, al poco andar surge la posibilidad de reunirse en la Junta de Vecinos del Barrio Yungay²², espacio que dio todas las facilidades a raíz de que hay una hija del exilio que vive en ese barrio, participa en sus actividades, lo que ayudó a generar el contacto.

La propuesta de encontrarse siempre tuvo como objetivo central: conocerse y conversar, exponiendo ideas y temas que posibilitaran avanzar hacia la creación de una fundación u organización formal como posibilidad para trabajar en la temática del exilio y en la exigencia de reconocimiento como víctimas de la dictadura a partir de lo resuelto en el encuentro de la Segunda Generación en Viena en el 2007.

No obstante, la convocatoria no tuvo ningún tipo de comunicado previo, solo se subió en el grupo Facebook la foto del afiche donde se invita al 'Primer Encuentro Hij@s del exilio'.

Entre los principales posts que llamaban a asistir al encuentro estuvieron:



“Hermanas y hermanos, si tienen dudas de ir el 2 de diciembre, los invito a ir. Será algo único, irreplicable, y una oportunidad de conocernos. Vendrán herman@s de otros países. No se dejen llevar por las peleas o pajarismos de Facebook u otras rencillas. Es una oportunidad y será un encuentro para la Historia. Tengamos perspectiva y dejemos de mirarnos el ombligo. Somos de Santiago.

pocos: no nos peleemos entre nosotros. Las diferencias las podemos conversar en el encuentro [...] por eso es importante ir. Y tener una oportunidad de conocernos, tejer redes y amistades. Si después se quieren salir del grupo, vale. Pero al menos dense -y dennos- una oportunidad a todos para encontrarnos. Espero verlos” -. (Karl)

“Será grandioso reencontrarnos, abrazarnos, conocernos [...] eso es amor por reconocer y validar la vida que nos une a todas y todos”. (Javiera)

“Después de 20 años ya en Chile. Muy entusiasmada con nuestro encuentro [...] Ya comencé la cuenta regresiva, faltan poquitas horas para que esté en Chile, con ustedes que son mi familia desde que se formó el grupo [...] ya estoy moqueando con anticipación. ¿Como será después?” (María)

El programa se acordó a última hora – según lo que explica Carmen hija del exilio que vivió en Argentina, que formó parte de la comisión organizadora –. La idea central para construirlo se dio a partir de generar la apertura del micrófono a fin de que cada uno de las hijas e hijos se sintieran libres de expresar sus emociones en ese momento. El encuentro convocó a todos quienes fueran parte del grupo virtual, lo que permitió que viajaran hijos e hijas de varios países y que algunos incluso no hayan venido al país desde hacía muchos años. Por otra parte, no se quiso establecer un programa restrictivo ni en tiempos, ni en formalidades, pues era el primer encuentro que se realizaba de este tipo.

Entre las principales actividades que se llevaron a cabo estaban:

- La presentación de organizadores y administradores del grupo Facebook.
- La conexión vía Skype con el encuentro que se estaba realizando en Suecia.
- La presentación de los participantes (los que quieran hablar tenían micrófono abierto).
- Mesas de discusión que se subdividieron en: creación de figura jurídica para conformar agrupación, reconocimiento por parte del estado como víctima directa de la dictadura²³, revisar posibilidad de demandas²⁴.

²³ PRAIS, subsidios a vivienda, pensiones, educación escolar en derechos humanos y memoria.

²⁴ Con temáticas como: gratuidad en educación, salud y beneficios, y temas inmigrantes y desarrollo de propuesta para comunicado.

Finalmente se dieron algunos objetivos a modo de poder tratar de abordar en la jornada, pensando en mantener un programa que, si bien fuera una ruta, tampoco fuera una estructura rígida que seguir. Algunos de los objetivos que se trataron de abordar fueron: proyectar un nuevo encuentro en marzo de 2018 y conformar una comisión organizadora de segundo encuentro. Dos objetivos que marcaron la posibilidad de seguir manteniendo contacto en un plano real que como lo señala Laura:

“Siempre pensamos que después del primer encuentro continuaríamos trabajando en la posibilidad de lo que muchos habían insistido en el Facebook, dar continuidad y una institucionalidad al grupo. Pero eso creo fue algo que se dio con el tiempo o tal vez con el grupo que seguimos. No sé si algo tendría que ver los siguientes dos encuentros que hicimos en el 2018, aunque esos ya no fueron iguales que en el 2017. Pero también creo que afecto mucho los problemas que surgieron en Facebook. Lo que sí puedo decirte es que siempre tuvimos la intención quienes participamos de la primera comisión organizadora del primer encuentro, seguir trabajando más allá” (Entrevista realizada el 1 de julio del 2019)

El primer encuentro se realiza el sábado 2 de diciembre, jornada maravillosa de verano con un sol radiante que anticipaba lo que sería la jornada. La idea estuvo en comenzar temprano para disfrutar de la tarde y que todos los hijos pudiesen tener facilidad para llegar, sobre todo pensando en aquellos que viajaron de regiones y de fuera del país. Desde un principio la jornada da inicio con los primeros relatos y presentaciones, algunos de los asistentes se quedaron parados debido al gran número de asistentes, nadie pudo presagiar la cantidad de personas que llegaron esa tarde. Conforme pasaba la jornada llegaba más y más personas, cada uno de los asistentes iniciaba el diálogo contando de dónde venían, relatando pequeños fragmentos de su historia, activando la memoria y evocándola en un ambiente familiar de confianza y lleno de momentos emocionantes. No existía ningún organizador visible, más bien cada hablante pasaba el micrófono a quien tenía a la mano y lo pedía. Cada una de las voces que sonaban era como si fuese una sola. Las experiencias vividas y relatadas parecían las mismas solo cambiaban los rostros, los países y los años en que se vivieron. Quizás fue lo que Luisa de Buenos Aires sintió en ese momento, quizás ella como tantos otros que estaban en ese lugar sintieron lo mismo, aunque no todos quisieron hablar, algunos solo escuchaban, otros se reían y disfrutaban cada instancia, cada momento, otros trataban de buscar, buscar a quienes no veían hace tantos años, algunos con voz muy bajita decían: “¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Eres la misma! No has cambiado nada. Te acuerdas de [...]”.

Justamente Luisa interpreta quizás ese momento en sus palabras, exponiendo en un tono tímido, marcado por la sorpresa de tantas miradas y tratando de que la voz no se notara entrecortada:

“Hoy puedo hablar por primera vez en confianza, decir aquello que por años no pude decir a nadie, me siento orgullosa de quien soy hoy. Han sido muchos años de silencio. Este es un momento único en mi vida y regreso a mi país de acogida [habla de regreso porque vive fuera de Chile] sabiendo que tengo en Chile y en el mundo una diáspora familiar a quien veré de vez en cuando y con la que hablaré por internet jajajaja. No importa cuánto daño hayan creído que nos hicieron en dictadura, lo importante es que todos seguimos vivos y batallamos con nuestros propios fantasmas... justamente hoy comenzamos algo nuevo. Estoy feliz de haber cruzado la cordillera para conocerlos y abrazarlos. Estoy feliz de estar aquí che, de verlos y compartir esta tarde con ustedes. Gracias”.

(Relato en primer encuentro de hijos e hijas del exilio, 2 de diciembre del 2019)

Este fragmento marca la jornada, visibiliza de alguna manera las expectativas que habían surgido al pasar del estar en una comunidad virtual como es la red social de Facebook, para pasar al plano real. Los hijos e hijas que asistieron esa tarde de verano tenían múltiples intereses de estar allí. Quizás esta pequeña investigación no de cuenta cabalmente de ello. Sin embargo, el estar allí presente era un principio de un algo que se estaba construyendo y nadie sabía a ciencia cierta cuál era el camino por seguir, quizá ello justamente es lo que nunca quedo claro.

Tras tres encuentros posteriores en el 2018 -que nunca tuvieron el impacto, ni la participación del primero-, surge el interés de dar una institucionalidad al grupo. Ello se organiza en función de aquellos hijos e hijas que siguieron juntándose. El núcleo más cercano y de confianza se articula en función de las comisiones de comunicación y reparación, las que se forman tras el primer encuentro. El grupo se nuclea ya no como lo había hecho desde Facebook, sino más bien desde los WhatsApp organizados de las comisiones. Desde esta perspectiva se hizo difícil pesquisar las líneas de acción en ese espacio. No obstante, ese giro, el Facebook siguió siendo un espacio de encuentro e información para las diversas actividades, aunque ello ya no funcionó con el mismo nivel de intensidad. A ello se suma que hubo un grupo importante de hijos e hijas que se retiran de la red social y que se avocan sólo a trabajar vía WhatsApp.

En junio del 2018 se funda ONG ‘Hijas e Hijos del Exilio - Chile’, siendo su principal objetivo contribuir en la difusión, promoción y educación en los derechos humanos, fortaleciendo espacios de memoria colectiva y aportando en el conocimiento crítico de la historia reciente, contribuyendo en la noción y comprensión del significado del exilio – retorno como violación a los derechos

humanos. A partir de entonces, la coordinación de actividades, encuentros, reuniones, acciones, comunicados y administración de Facebook es tomado por la directiva de la ONG, lo que significó una nueva etapa en la dinámica e interacción de los hijos e hijas del exilio.

LA RUPTURA DEFINITIVA: ‘YA NADA SERÁ LO MISMO’.

Construir confianzas y colectividad en un espacio virtual siempre será un proyecto complejo de llevar a cabo, sobre todo cuando en ese espacio no se pensó nunca en establecer límites de convivencia y resguardo para sus participantes. Esta situación provocó constantes tensiones y desavenencias en el espacio virtual de hijos e hijas, dando pie a una serie de dificultades –algunas ya mencionadas-, manifestándose en varias oportunidades las diferencias entre los participantes del grupo y la complejidad de comprender cual era el sentido del espacio a partir del surgimiento de la ONG:

“Vamos a tener que aplicar un criterio fuerte como administradores y sacar a quienes se están agrediendo ya que no se están respetando. Aquí estamos dispersos en diversos países con culturas bastante diferentes, pero hay un punto en común y que todos sabemos y ese se llama respeto. Sean un poco más tolerantes y antes de escribir lo que les sale de la guata piensen en el efecto que tiene sobre la persona y sobre el grupo que van a leer sus palabras. Aquí no estamos planteando un tema de que mi ego esta sobre el tuyo o de aquel [...] La idea del grupo es construir una identidad, un espacio donde nos podamos expresar, apoyarnos y contenernos”. (José, administrador del grupo de Facebook. Publicación realizada el 15 de agosto del 2018)

Si bien hubo momentos en los cuales se debió explicitar y aclarar el contexto del surgimiento del grupo en Facebook, esto siempre generó una ambigüedad entre lo virtual y lo real, generando confusión para los participantes, lo que debió ser aclarado en varias circunstancias, para que no existiera confusión. Sin embargo, la avalancha de participación, de relatos, opiniones, miradas e instalación de ideas en el grupo de Facebook, puso a prueba el cómo se llevaría a efecto una organización que no sucumbiera a la presión generada desde lo virtual. El Primer Encuentro de hijos fue la demostración de que había un espacio, ganas y posibilidad de construir una organización formal; pero la tensión generada en Facebook post primer encuentro, la salida de un grupo de hijos e hijas de la red y la falta de un liderazgo positivo generó que los siguientes encuentros fueran un fracaso en su convocatoria.

Buscar mejorar las condiciones de relación entre los participantes del Facebook, se da a partir de armar normas mínimas de convivencia -respeto, honestidad, tolerancia, probidad, etc.- e interacción en el grupo. Paralelamente, en el plano no virtual, se generan instancias de trabajo por parte de un grupo que busca la forma de institucionalizarse. Pretensión que parece generar disputas de poder manifestadas en lo virtual y que provocan la expulsión de algunas personas, entre ellas Leonor, quien fuera una de las fundadoras del grupo de hijos, así recuerda ese momento:

“...fue muy doloroso, nunca pensé que José junto a los otros chiquillos me iban a expulsar y tratar tan mal, yo simplemente traté de que construyéramos algo diferente, que nuestra organización no tuviera las mismas peleas y disputas que tienen otras. Pero parece ser que los protagonismos y las ganas de sobre salir siempre existen en los grupos de derechos humanos. No es fácil que existan liderazgos positivos. Creo que nunca me sentí tan mal como en ese momento...” (Entrevista realizada el 11 de junio del 2019)

La expulsión de Leonor ocurre en el plano virtual, pues en lo práctico Leonor no deja de ser una activista y asesora de la institución de hijos e hijas del exilio.

La constitución de la ONG cambia las circunstancias e instalan el debate de modos de organización, compromisos de las personas y respeto por los compromisos acordados, aunque este tipo de situaciones se fueron construyendo en la medida que se iban presentando los acontecimientos. De esta manera se plasma la orientación y objetivos desde donde participan quienes formen parte de la organización formal, situación que en varias circunstancias provocó una confusión en el plano virtual. Lo que manifiesta la gran expectativa y esperanza que generó el encuentro de los hijos e hijas desde lo virtual y desde la realidad. Tras el surgimiento de la organización formal se genera una serie de conflictos que desencadena confusiones entre quienes participaban en el grupo virtual y los que participan en la ONG, confundiéndose el rol que podrían tener los hijos e hijas que viven en el extranjero. Dada las problemáticas surgidas, se visibilizó la falta de experticia en la solución de los conflictos y en el establecimiento de canales de comunicación, manifestándose lo que fue planteado en una oportunidad en el grupo de Facebook por Marcia hija del exilio que vivió en Canadá: “...debemos caminar a paso lento, sin correr, para no caernos. Primero hay que conocernos y generar vínculos, después veremos qué pasa...”. (Publicación realizada el 15 de diciembre del 2017)

A fines del 2018 las tensiones y diferencias de proyectos se manifestaron aún más. La experiencia generada en lo virtual fue un camino complejo que no siempre se mostró coherentemente, las dificultades en torno a sentar bases para generar acuerdos, casi nunca se dieron más allá de un pequeño grupo, los administradores del grupo virtual no eran los dirigentes de la ONG, salvo dos personas -presidenta y vicepresidente-. En general, las desavenencias y conflictos fueron mermando la participación, aunque eso no significó dejar el grupo virtual, sino más bien dejar de comprometerse en la participación real de la ONG. Se iniciará con ello una serie de desencuentros en la directiva:

“...estamos frente al quiebre al interior de la directiva, hemos intentado subsanar de todas las maneras posibles, se nos ha hecho complicado trabajar con José [vicepresidente] debido a su carácter y falta de criterio, ha entorpecido el trabajo de la directiva y desprestigiado la organización...”. (Publicación en Facebook 5 de diciembre del 2018]

De esta manera Claudia presidenta manifiesta su mirada respecto a las dificultades por las que está atravesando la dirección.

Uno de los principales puntos en conflicto se desata por las diferentes visiones que tiene la directiva, respecto al papel que juega en la organización los hijos del exilio que viven en el extranjero y cuál debería ser la figura dentro de esta, situación que nunca queda aclarada de forma interna -por lo menos es lo que plantean algunos dirigentes -. Justamente en este punto es donde se marcan las diferencias de proyectos. Para el vicepresidente -José- es fundamental tener una relación con los hijos en el extranjero, aunque nunca explicitó en su perspectiva en el cómo se llevaría a cabo dicha participación. Por otro lado, Laura -dirigente y, tesorera) plantea en una asamblea extraordinaria -no realizada por la baja convocatoria- que no es posible aceptar de parte de Santiago -administrador del grupo que vive en Suecia desde hace años y su única conexión con Chile se genera a partir del grupo- que compare la agrupación como si fuera:

“[...] una institución pública [...] un ministerio de hijos de exiliados o del partido revolucionario de los hijos del exilio [...] para mí poner exigencias y discursos tan institucionalistas solo demuestra que los objetivos que nos fijamos al principio no están presentes: ¿esto no es un partido político!”.

Tal percepción marca las diversas visiones existentes en el grupo, que, al no quedar zanjadas desde un principio, fueron mermando y debilitando al grupo y lo que se había construido a lo largo de dos años de trabajo.

A ello, se suma una preocupación extrema por estar presente en la contingencia por medio de comunicados constantes, respecto a las situaciones que ocurrían en el país en materia de derechos humanos. Estas múltiples situaciones provocaron fisuras que con el correr del tiempo y las constantes disputas en el cómo visibilizarse comunicacionalmente, generaron grandes desacuerdos y desavenencias. El punto de inflexión del quiebre de la directiva, la expulsión de un amplio grupo del Facebook – entre los que se encuentra la mayoría de los socios de la ONG – y la reestructuración de la directiva, marcarán un antes y un después en el grupo virtual de hijos e hijas y en la institución, dando énfasis también al análisis de cuál debe ser el foco central del grupo

“Parece que cuesta mucho comprender que somos una agrupación y que aspiramos a convertirnos en comunidad. Por eso nuestro foco de interés no debe ser la ‘directiva’ ni los ‘jefes’, sino los hijos e hijas del exilio que alguna vez fueron abandonados a su suerte y a la diáspora...”. (Ceci, exiliada en México, Asamblea extraordinario 2 de diciembre del 2018)

Finalmente, un punto de interés que preocupara fundamentalmente a la ONG es que tras el quiebre y la exposición de los conflictos de la directiva, la imagen de la organización en lo público, es decir en la red, se vio muy deteriorada, así lo explicita Marcelo, uno de los hijos más activos en las redes sociales y quien por su profesión de periodista ha sido el principal motor del trabajo y visibilización en los medios de la agrupación:

“Francamente me dio vergüenza leer lo que han estado publicando los compañeros en la página de Facebook [...] así que yo por lo menos me salí de esa página [...] De verdad que si abren otra me avisan, porque yo no pienso volver a la otra página [...] ese espacio ya no es aporte para la agrupación. Da mucha pena en lo que la han convertido”. (Asamblea extraordinaria 2 de diciembre del 2018)

Como si fuera una premonición lo que plantea, hoy ninguno de los participantes de la ONG -salvo yo- participa de la página fundadora del grupo virtual de hijos e hijas.

REFLEXIONES FINALES

A lo largo de este trabajo hemos evidenciado el recorrido realizado por un grupo de hijos e hijas del exilio que han tratado de generar un espacio de encuentro, lugar de pertenencia y acción movilizadora. Cada pasaje manifiesta en algún sentido esos momentos de búsquedas constantes de lugar, de esfuerzo por nuclearse y de construcción de una identidad a partir de la experiencia biográfica del exilio. Será el relato, lo que instale en la red de Facebook el elemento central de cercanía y emotividad, planteando una carga histórica y política que generará la cercanía, es decir, comprender al hijo e hija exiliado como un igual que transitó una trayectoria biográfica similar con momentos de quiebres, alegrías y batallas que tal vez en otras circunstancias no hubieran ocurrido.

La plataforma del grupo de Facebook se construye como ese lugar central donde encontrarse, participar, debatir, cuestionar, reflexionar e incluso disentir, sin embargo, ello no siempre se realizó desde un diálogo tolerante, lo que facilitó las diferencias, mostrándose en algún sentido las marcas del daño transgeneracional de la violencia y la poca capacidad de empatía en algunos pasajes.

Algunos trataron por todos los medios de mantener el diálogo constante a fin de poder seguir construyendo un espacio de encuentro y comunidad. Sin embargo, las disputas internas por el protagonismo de algunos hijos e hijas significaron la expulsión del grupo y posteriormente el quiebre de la directiva de la ONG. Las discrepancias muy comunes de opiniones y desavenencias que en cualquier grupo humano puede significar una nueva etapa de construcción y fortaleza, en el caso del grupo de hijos e hijas ha sido el estancamiento y la desmotivación por seguir participando. Tal vez y sólo desde una reflexión personal, el proceso de derrota de proyecto de los padres enmarca un sentir central en este grupo humano. El hecho de querer tratar de construir una narrativa del hijo e hija del exilio desde una plataforma virtual y aludiendo a una visibilización constante en lo público, instala la idea de protagonismo en función de lo ‘perdido por mis padres’, cuestionando qué es finalmente, lo que moviliza un sentido de reconocimiento social del sujeto hijo e hija y que se evidencia en el debate del concepto de víctima o más bien un protagonismo desde lo político – social que se relaciona con el constante interés de que el grupo tuviese una opinión pública respecto a las diversas temáticas de los derechos humanos y la represión. Las cuales se trataron de instalar a partir de comunicados que solo eran debatidos por la comisión de comunicación y la directiva de la ONG, desplazando al principal espacio movilizador como lo fue desde su Génesis el grupo de Facebook. Ello, de alguna manera nos habla de las viejas lógicas de articulación y movilización social, las que tienen raíces en las dinámicas políticas de los partidos tradicionales -comprendiendo

que muchos de los hijos e hijas tuvieron formación política-, este es quizá uno de los puntos de inflexión en torno al recorrido del grupo. No siempre existió una resonancia entre la mirada organizativa pasada, con las nuevas miradas flexibles de articulación, lo que marca una diferencia a la hora de poder generar espacios comunes y una construcción futura.

Finalmente, cabría cuestionarse si esta experiencia de recorrido y construcción que trata de elaborar un grupo de hijos e hijas en la dinámica cotidiana virtual y en la cotidianidad real, tendrían puentes de conexión que posibilitarían el seguir manteniéndose juntos. El exilio – retorno, en tanto experiencia de vida, ruptura biográfica y fortaleza de continuidad puede ser un punto de articulación para generar un espacio de reconocimiento que tienda a generar movilización, o es más bien que este grupo, así como otros en la actualidad fue un momento fulminante de energía potenciada y que, al alero de querer estructurarla, dentro de prácticas políticas pasadas, no fue capaz de resistir el embate sinérgico.

Cabe preguntarse, es suficiente llamarse Hijos e Hijas del Exilio solo desde un espacio virtual, y demandar, visibilizarse e instalarse en lo público, pero solo desde ese espacio de red, sin importar el contenido, es decir, quienes lo forman en lo real.

Parece ser, que las nuevas formas de participación y movilización están más bien posibilitadas en un plano virtual desde internet, dejando de lado el trabajo de confianzas y aprendizajes cotidianos de lo real en el día a día. Un tema no menor al pensar que el espacio virtual da una posibilidad de desterritorializar el encuentro y cercanía, aunque ella no esta en la materialización del ‘lugar’... Ese plano tan ansiado para quienes por años hemos estado marginados en unas memorias subterráneas de los grandes relatos de militancias, exilios, retornos de la primera generación, quedando excluido y excluidas de esas memorias hegemónicas de los derrotados, como si de esa experiencia o espacio vivido hubiésemos sido simplemente un acompañante de la derrota de nuestros padres y madres, como si nuestra biografía y experiencia vivida de exilio no fuera parte de la construcción de un hoy de luchas frente a la desigualdades que nuestros padres también vivieron. Cada día se hace más patente en poder preguntarnos cual es el lugar que debemos ocupar en esta construcción de narrativas y de la historia reciente, pues ello nos dará en algún sentido ese pedazo de lugar que nos fue quitado y que nunca volverá.... Tal vez la red virtual nos permita encontrar ese lugar tan ansiado, el problema es cual ocuparíamos en el espacio real donde se disputa las memorias.

BIBLIOGRAFÍA

- Castillo, María Isabel & Piper, Isabel. 1996. *Jóvenes y procesos migratorios. Nosotros perdimos la patria ¿Quedara siempre esa ausencia?* (Santiago: ILAS)
- Hine, Christine. 2004. *Etnografía virtual*. (Barcelona: Editorial UOC)
- Lira, Elizabeth y Weinstein, Eugenia. 1984 *Psicoterapia y represión política*. (México: Ed. Siglo XXI)
- Meyer, Eugenia y Salgado, Eva. 2002. *Un refugio en la memoria. La experiencia de los exilios latinoamericanos en México*. (México DF: Editorial Océano de México)
- Pollak, Michael. 2006. *Memoria, Olvido, Silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite* (La Plata: Ediciones al Margen)
- Rebolledo, Loreto. 2006. *Memorias del Desarraigo. Testimonios de Exilio y Retorno de Hombres y Mujeres de Chile* (Santiago de Chile: Catalonia)

Artículo libro:

- Norambuena, Carmen (2000) “Exilio y retorno. Chile 1973 – 1994” en: Mario Garcés et al., (comps.) *Memoria para un siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. (Santiago de Chile: LOM Ediciones).
- Rojas, Paz (1987) “Chile, una experiencia sudamericana” en: *Víctimas de violencia en Centroamérica*. Equipo Centroamericano de trabajo psicosocial (Santiago de Chile: ECTP)

Ponencia y Conferencias:

- Jedlicki, Fanny, 2002 “De la Tierra de los padres a la tierra de los pares. La transmisión de la memoria dentro de la familia de exiliados chilenos en Francia”, IV Congreso de Antropología de Chile, Santiago de Chile, 19 al 23 noviembre.
- Rojas, M. Virginia, 2015 “Los Exiliados del Retorno. Memorias del exilio – retorno de la segunda generación de los exiliados políticos chilenos”, Tesis para optar a título profesional de Socióloga, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Concepción, Chile, 10 abril.
- Rojas, M. Virginia, 2016 “Memorias subterráneas del exilio - retorno en la segunda generación de los exiliados políticos chileno”. III Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX, Santiago de Chile, 9 al 11 de noviembre.

El desarrollo de la identidad comunitaria de los hijos e hijas de familias exiliadas chilenas en el seno de las comunidades de exiliados en Alemania

Quinteros Ochoa, Leonor*

Tras el golpe de Estado en Chile el 11 de septiembre de 1973, miles de chilenos y chilenas tuvieron que obligadamente abandonar su país con el fin de salvaguardar sus vidas y las de sus familias. El éxodo masivo de chilenos y chilenas se extendió por los 5 continentes durante muchos años; lo cual los obligó a reunirse, organizarse y también adoptar una nueva forma de vida en el extranjero, lejos de la propia familia y la patria. Al terminar el exilio, los hijos e hijas de los exiliados, en edad juvenil temprana, adolescentes o púberes, comenzaron a desarrollar serias dificultades de adaptación social y emocional, en lo que se suponía era su “verdadera patria”. El impacto de esta vivencia no sólo tuvo efectos en sus biografías personales, con secuelas que aún están presentes, sino también en la relación con sus propios padres y madres, quienes deseaban que sus hijos fueran “chilenos” y ya no “alemanes,” tras el regreso.

En esta ponencia, interesa el análisis del desarrollo identitario de los hijos de exiliados chilenos en Alemania tomando como referencia la propuesta teórica y metodológica de la “gestión de vida comunitaria” y el “Doing family” (“hacer familia”), que entiende la familia como una construcción flexible y dinámica, alejándose así de otras propuestas teóricas sobre familia que se basan fundamentalmente en perspectivas estructurales, sanguíneas y parentales o morales. El estudio, que forma parte de un proyecto de tesis doctoral, busca conocer el desarrollo de habilidades sociales que los hijos y las hijas de familias exiliadas desarrollaron dentro de las comunidades de exiliados en Alemania, y que les permitieron desarrollar una identidad comunitaria que potenció la creación de profundos lazos afectivo-familiares. La ponencia se divide en dos partes: Primero se hará referencia a la propuesta teórica y metodológica de la “gestión de vida comunitaria” para luego dar a conocer, desde esta perspectiva, las dificultades específicas que presentaron sobre todo los hijos e

hijas de exiliados chilenos tras el regreso o llegada (en el caso de los hijos e hijas de exiliados nacidos en Alemania) a Chile.

*Leonor Javiera Quinteros Ochoa (nacida el 18.09.1970, Santiago de Chile). Socióloga y Magister en Teoría Social, Universidad Arturo Prat. Actualmente doctoranda en Sociología de la Familia sobre la “Producción de Gestión de Vida Familiar de los Hijos e Hijas de Exiliados Chilenos”; Universidad de Münster, Alemania bajo tutela del Prof. Dr. Matthias Grundmann. Ha ejercido como docente universitaria en Iquique y es autora del libro “Un exilio para mí”, también publicado en Alemania bajo el nombre de “Exilkind”. De 2013 a 2019 funda junto a otras familias la primera escuela libre, alternativa para niños y niñas, “Ayni”, en Iquique, Chile. Actualmente, es miembro de la ONG “Hijas a hijos del exilio” en Chile.

1. Aclaración sobre algunos conceptos de la propuesta “Gestión de vida comunitaria”

Se trata de un concepto ampliado y postradicionalista de la familia, en virtud del cual la familia no se conceptualiza en el sentido de la clásica familia nuclear burguesa, sino que, en contraposición, se entienden "la comunidad y lo común" como "formas básicas de producción familiar" (Jurczyk 2020:44), es decir, como un “hacer cotidiano”²⁵.

Según los estudios mencionados, el "modo de vida cotidiano" debe entenderse como un método con el que la persona vincula sus actividades cotidianas en los distintos ámbitos de la vida en un proceso de “ponerse de acuerdo” con el entorno social. Existe una lógica estructural inherente a la forma en que las personas llevan su vida cotidiana, de modo que no es fácil cambiarla, aunque la persona lo desee. En los últimos años, sin embargo, se ha discutido cada vez más la orientación excesivamente individualista del concepto como un déficit, y se considera necesario un cambio de enfoque “del individuo al grupo social” (Jurczyk 2020:36) y, por tanto, una "ampliación del

²⁵ Desde principios de los años 90, el concepto de "vida cotidiana" se ha establecido como un programa de investigación con un gran número de estudios empíricos y consideraciones teóricas en el marco del Centro de Investigación Colaborativa "Perspectivas de Desarrollo del Trabajo" de la DFG de Múnich (véase, entre otros, Voß/Wehrich 2001; Schmid 2001; Jurczyk/Voß/Wehrich 2016).

concepto de vida cotidiana desde una perspectiva individual a una comunal" (ibíd. 39). Este cambio de perspectiva "de los estilos de vida individuales a los comunitarios" (ibíd. 381) está vinculado a las investigaciones y reflexiones sobre los estilos de vida familiares (Jürgens 2001; Grundmann/Wernberger 2014; Jurczyk 2014; 2018; Wernberger 2017) y el "Doing Family" ("hacer familia") (Schier/Jurczyk 2007; Jurczyk 2014, 2018).

El concepto de "hacer familia" abre una perspectiva sobre la familia que difiere de los enfoques sociológicos familiares tradicionales. Se cuestionan los conceptos de *normalidad* de las estructuras familiares, al no verlas como "algo dado". En cambio, se ponen en el centro de atención las prácticas concretas de creación y configuración de las relaciones familiares. En consecuencia, la familia no representa una unidad natural, sino que se basa en una actividad preconcebida de los miembros de la familia y, por lo tanto, debe considerarse como un logro de producción conjunta (cf. Schier/Jurczyk 2007). Desde la perspectiva del concepto de "hacer familia", el cuidado entre los miembros de la familia es el proceso que mantiene especialmente unidas las relaciones personales en las familias (Jurczyk/ Lange/Thiessen 2014: 9.f.). Por lo tanto, Jurczyk concibe la familia como un producto fruto de un "rendimiento social" (Jurczyk 2014). La idea central es que uno no es simplemente "dueño" de una familia, sino que ésta debe ser vivida concretamente y producida a través de prácticas comunitarias. La afirmación central es, por tanto, "la familia es un logro práctico cada vez más necesario y activo de la integración de los individuos en un contexto de vida más o menos común que no surge por sí mismo". (ibíd., p. 67).

En este trabajo doctoral se parte de la base de que en el caso de las familias chilenas exiliadas en Alemania, la creación y cohesión de la familia se convierte en una tarea especialmente difícil. Para entender estos desafíos familiares, es de interés ampliar el enfoque teórico de "hacer familia" en relación a las experiencias de vida familiar-comunitaria en el exilio. Al hacerlo, partimos de un concepto más flexible de familia y comunidad. Como argumentan Grundmann y Wernberger en "La familia como comunidad - ¿las comunidades como familia?" (2014), es necesario superar las todavía extendidas "constricciones del modelo familiar burgués" (ibid:6), y "parece necesario un concepto ampliado de familia que entienda la familia como una red de relaciones propias y como un contexto de vida y aprendizaje que no se ajusta a ningún modelo normativo." Este concepto de familia abarca "todas las formas posibles de convivencia familiar, porque entiende la familia como una entidad social concreta -como una forma social comunitaria por derecho propio- que se basa principalmente en relaciones emocionales y personales que [...] se desarrollan a partir de la vida familiar concreta; es decir, de la convivencia" (ibid.)

Desde esta perspectiva, el concepto de familia no puede limitarse a la familia de origen y a las relaciones de parentesco, sino que también incluye otras constelaciones de relaciones, como las comunidades de vida, así como otras formas de "comunidades intencionales" (Grundmann 2011), es decir, aquellas comunidades que no están dadas por tradición y costumbre, sino aquellas que son producidas intencionalmente por sus miembros.

En el caso de la experiencia familiar en el exilio, los logros de una producción familiar conjunta se producen bajo condiciones especialmente difíciles. Porque existe una violenta desvinculación de las relaciones sociales familiares vividas, que obliga a los exiliados a tener que restablecer la convivencia familiar bajo condiciones extremas. En circunstancias "normales" y estables, las rutinas resultan ser un mecanismo decisivo para garantizar la continuidad y aliviar la presión permanente para tomar decisiones en todo tipo de acuerdos de convivencia (Jurczyk, Voss, Weihrich 2016:63), lo que es también aplicable a la convivencia familiar. Sin embargo, tales rutinas ya no existen en el momento de la llegada al país de acogida bajo la condición de la ausencia de un proyecto migratorio positivamente determinado y de objetivos claros de vida familiar (Coraza de los Santos 2014:200; ver también De Gourcy:2013).

En el caso de la experiencia del exilio chileno de los 70 y 80s, se suma la experiencia de ruptura y pérdida de los lazos comunitarios forjados en diversas organizaciones y partidos políticos, que habían sido de gran importancia para los chilenos de izquierda activos y sus familias antes del golpe de Estado en Chile. Esta situación los obliga a repensar individual y colectivamente su identidad en el exilio y remodelar su identidad, ahora ligada al deseo de retorno al país. Al mismo tiempo, las familias exiliadas anhelan poder llevar una vida razonablemente estable en el exilio y preservar el patrimonio cultural y social de Chile en el seno de la familia.

En estas circunstancias, y a menudo sin estar totalmente conscientes de ello, los exiliados construyeron nuevas relaciones sociales, a partir de las cuales volvieron a surgir con el tiempo formas sólidas de vida familiar y comunitaria; esta construcción de nuevos vínculos fue, como observaremos en este trabajo, un logro de producción activa de todos los miembros de las familias exiliadas -incluidos los niños.

Pues, especialmente en el caso de los niños exiliados, la búsqueda de la familia extendida perdida y el intento de encontrar un reemplazo para ella, se convierte en un impulso importante, que consciente o inconscientemente también los convierte en productores activos de una familia "social" y una nueva comunidad. Al "hacer" nuevos vínculos afectivos, logran producir una familia ampliada que supera los límites de la familia nuclear exiliada. Pero este logro de "producción

familiar” vuelve a erosionarse tras el regreso a Chile. Las capacidades y potencialidades de comunitarización desarrolladas por los niños en el exilio han sido limitadas y/o anuladas bajo las nuevas condiciones sociales impuestas por la dictadura de Pinochet y de los gobiernos de democracia protegida que advinieron después del fin de la dictadura.

En efecto, después de llegar a Chile bajo nuevas condiciones históricas, las capacidades aprendidas de comunitarización de los exiliados, que también habían contribuido a una imagen positiva de la propia identidad durante el período de exilio, fallan. La “familia que hace” se transforma, en frustrante experiencia, en una "familia que deshace" (cf. Jurczyk 2020).

2. El desarrollo identitario comunitario de los hijos e hijas del exilio

Las crisis de identidad de los miembros de las familias exiliadas se abordan a menudo en la literatura. La perspectiva se centra principalmente en los procesos individuales y presta menos atención a las crisis de identidad en el contexto de las comunidades de exiliados, aunque se reconoce el importante papel de la comunidad de exiliados en la creación de un sentimiento de pertenencia. Se puede observar que en la literatura, estas crisis de identidad de los exiliados se diagnostican, en el caso de la primera generación, especialmente en relación a las primeras fases del exilio. Tras el regreso, en el caso de la segunda generación, en las primeras fases de la experiencia del retorno. Se trata, de periodos en los que los exiliados de la primera y segunda generación han tenido más dificultades de adaptación y ansiedad, al haber experimentado poco antes la pérdida de todo el modo de vida individual y comunitario. En este periodo surgen cuestionamientos acerca de la propia identidad, y las preguntas sobre las responsabilidades individuales frente a la pérdida de los lazos familiares, afectivos y políticos. Sin embargo, también es posible observar que en el caso de la primera generación, la crisis de identidad se supera o disminuye notablemente, cuando el exiliado logra organizarse colectiva y comunitariamente en el país que lo ha acogido. La razón de este hecho es que la comunidad de exiliados ofrece al desterrado/a la posibilidad de reapropiarse de una identidad colectiva y, por lo tanto, también la posibilidad de crear nuevos espacios de convivencia y participación cotidiana.

Si bien el exiliado adulto sufre muchas veces una gran decepción al retornar, por no poder reconocer el país que se vio obligado a abandonar y que había idealizado durante años; tiene la ventaja sobre sus propios hijos de tener un buen conocimiento cultural que le permite entender y

aceptar mejor los cambios en su país a lo largo del tiempo. Este no es el caso de los hijos e hijas de los exiliados, cuyos procesos de formación identitarios fueron más complejos, como demuestran los resultados recogidos en este estudio. Los entrevistados afirman haber vivido la experiencia del desarraigo, sobre todo al volver a Chile, y haber experimentado una crisis de identidad similar a la que vivieron sus padres al llegar al país de acogida. El desarraigo que describe la segunda generación se expresa sobre todo en sentirse “raro”, “extraterrestre” y que “no puedes hablar de ello con libertad”, y por lo tanto, lo mantiene en “silencio” y en “soledad”.

En esta investigación fue posible constatar que los hijos y las hijas de exiliados chilenos se plantean muchas veces esta situación, sin saber exactamente por qué (véase también Alberione:2018), desencadenando sentimientos de impotencia y frustración. Maureira (2015) señala en su investigación que la mayoría de los niños en el exilio que regresaron a Chile tardaron cinco largos años en adaptarse al país, y que "notablemente, este tiempo coincide con el tiempo que a menudo se necesita para asumir una gran pérdida humana." (ibid :67) No obstante, incluso cuando el periodo de exilio ha terminado hace tiempo, los conflictos de identidad persisten para muchos de los entrevistados. Para poder responder a esta pregunta, es necesario volver a examinar los procesos de identidad comunitaria de los exiliados:

Los exiliados adultos tuvieron la oportunidad de "repetir" en las comunidades de exiliados las prácticas sociales conocidas en el país de acogida y desarrollar estrategias de acción en relación con una meta de destino común (el retorno), que fue generando un proceso de reajuste de la identidad en un nuevo medio social. Para poder lograr este reajuste funcional, la comunidad de exiliados adquiere una importancia crucial como punto de apoyo social para recordar, practicar y comprender la pérdida sufrida, pero también para organizar una lucha transnacional y así conseguir el retorno a la patria. Estos procesos de adaptación, flexibles y dinámicos, también son procesos de construcción de identidad. Dado que los exiliados contaron con el apoyo y ayuda de personas, grupos y organizaciones que los respaldaron, pudieron aumentar oportunidades de convivencia, que reforzaron las conexiones humanas entre ellos y otros actores sociales, de diverso origen y cultura del país de acogida. En efecto, los exiliados adultos fueron más capaces de afrontar comunitariamente las perturbaciones y pérdidas en su vida cotidiana y, por lo tanto, también de superar en mayor o menor grado, la crisis de identidad tras la expulsión forzosa.

Se suma a ello, que las prácticas sociales de las comunidades de exiliados se caracterizaban por un tipo especial de distribución e intercambio de recursos humanos y materiales, que permitió además una gran diversidad y posibilidades creativas de vínculos sociales. El llamado a participar se ejerció

a través de un discurso y distintas actividades que fueron necesario para distanciarse no sólo de la dictadura, sino también de aquellos "otros", que los persiguieron, torturaron, asesinaron y exiliaron, y que no estaban limitados por nacionalidad u origen étnico, sino por una postura política "fascista" o de "derecha".

Los hijos y las hijas de las familias exiliadas chilenas también "experimentaron" esta línea divisoria, que muchas veces venía a compensar las heridas físicas y psicológicas de sus padres, cuya salud a menudo no mejoró durante el exilio. Esta fuerte línea divisoria entre los nosotros y los otros contribuyó así a un proceso comunitario e identitario específico, fundamentalmente de carácter solidario y afectuoso, que a su vez contribuyó a que el exilio fuera más "abierto" a la sociedad alemana en general. Además, si bien hubo fuertes conflictos entre los miembros de las comunidades de exiliados, también se establecieron nuevas y fuertes lealtades entre miembros y simpatizantes de las comunidades de exiliados, de modo que a pesar de la dispersión geográfica, la comunidad logró también crear una idea de unidad más allá de las fronteras nacionales, construyendo así un frente común contra los causantes del exilio, i. e., la dictadura.

En este contexto social los hijos e hijas de exiliados experimentaron diversos procesos de socialización que les proporcionaron afiliaciones significativas, redes familiares y una identidad como exiliados que, en definitiva, también fue, como balance final, positivamente vivida. Practicaron y crearon redes de amistad con adultos y niños, compartieron momentos significativos, tristes, difíciles e inolvidables en lo cotidiano; hubo lazos de confianza y afecto, se sintieron herederos de un país y un continente común que construían vívidamente en su imaginación, de modo que experimentaron, durante este periodo de redefinición, la identidad de exilio de sus padres, y con ello, una ampliación y fortalecimiento de los vínculos humanos y afectivos con los miembros de las comunidades que los acogieron.

En las entrevistas sostenidas con ellos durante el proceso investigativo, es posible apreciar la creación de amistades y relaciones familiares de diversa índole, no sólo con niños o compañeros, sino también con adultos de todas las edades. Muchos desarrollaron profundos vínculos humanos con alemanes y otros latinoamericanos en la vida cotidiana. Muchas veces mencionan haber "adoptado" una abuelita, un abuelito, una tía, un tío, sin importarles su origen, si eran alemanes, chilenos o latinoamericanos, si vivían en el vecindario, o formaban parte de la comunidad de exiliados. El intercambio de afecto y de cuidado era el principal motivo, para percibir a estas personas como parte de su propia familia. En el caso de las comunidades de exiliados, por lo tanto, es posible constatar que vivir en familia es una "tarea comunitaria que necesita ser realizada en la interacción diaria" y que puede ser realizada, además, de "manera muy diferente"

(Grundmann/Wernberger 2014: 8). Así, al desarrollar un objetivo, un sentido de vida con otros, surge un "trasfondo conceptual consensuado" que crea una "nueva realidad colectiva, simbólica e institucional, que a su vez genera un sentido mutuo de obligación entre los participantes por lo que han creado juntos" (ibid: 9).

Estos lazos comunitarios, que también se expresaban en diversas prácticas afectivas, confidenciales y de tareas rutinarias y/u obligatorias hacia los niños y niñas en el exilio, proporcionaban un importante apoyo, consuelo y familiaridad en medio de las ambivalentes y a menudo conflictivas experiencias de vida en Alemania; y explica, al mismo tiempo, la enorme pérdida humana que sufrieron al perder estas redes comunitarias de seguridad tras su regreso o llegada a Chile; muchas veces de un día para otro y sin mayor explicación por parte de los adultos.

Es un hecho que debido a su edad, y falta de experiencia como niños, niñas y adolescentes, los hijos e hijas de las familias exiliadas chilenas, no pudieron cabalmente construir su propio grupo de referencia colectivo en Chile tras su llegada. Si bien durante el periodo de exilio alemán ya eran frecuentes las dificultades para determinar una identidad propia, este problema se intensificó en la convivencia social en Chile tras el término del exilio. Según Castillo y Piper (1997), la construcción de su identidad funcional se realizó en base a lo que *no eran*. Sus propias experiencias, creencias y características, que los distinguen de los demás, ya no son comprendidas ni aceptadas en su entorno social, tanto en el ámbito de la familia extendida chilena como en los colegios; por el contrario, se les insta a asimilar la cultura y la sociedad chilenas lo antes posible y olvidar su identidad de exiliados.

Un ejemplo claro es el informe de la organización de ayuda PIDEE sobre los niños en el exilio (Baeza 1991:7). La organización reconoce que debe existir una instancia psicoterapéutica donde los niños en el exilio puedan "expresar sus sentimientos y contar sus experiencias en el exilio" para superar su duelo y así poder lograr la aceptación de Chile, para así "conseguir el deseo de vivir aquí y finalmente olvidar que son retornados, siendo esto último muy importante para evitar la estigmatización".

La compulsión de asimilación como la mejor forma de adaptación tras el regreso a casa será una característica constante en la mayoría de los entornos sociales a los que regresan los niños y niñas exiliadas. En una época formalmente posdictatorial, impermeable a la disidencia política, cultural y social, no son, por ejemplo, bienvenidas las habilidades de análisis y debate político aprendidas, que además, fueron práctica cotidiana y común durante el exilio. Es más: se trataba justamente de habilidades que constituían uno de los ejes de identidad comunitaria más importantes.

De modo que los niños, niñas y jóvenes retornados, no sólo perdieron las relaciones humanas y sociales comunitarias en las que habían aprendido a ser "personas" durante el exilio, también se los presiona para que dejen atrás las experiencias pasadas y acepten plenamente que son "chilenos", pero ahora "chilenos" según los cánones educacionales y sociales impuestos al país por la dictadura militar durante 17 años. Es una situación contradictoria y confusa, considerando que los niños exiliados habían aprendido que ser "chileno" en el exilio estaba relacionado no sólo con la postura política de oponerse a la dictadura, sino con un fuerte sentido de seguridad (Eichin 2016:519), diversidad, solidaridad y afectividad.

La gran mayoría de los padres exiliados no percibieron este problema. Habían asumido que el período de exilio era sólo temporal. No tomaron en cuenta la posibilidad de que estos lazos comunitario-familiares fueran tan importante para sus hijos. De modo que el regreso dio lugar a otra tragedia familiar, esta vez para los hijos y las hijas. Eichin (ibid:520) lo resume de la siguiente manera:

Mientras que el exilio separa a la primera generación de su pasado al desterrarla de su territorio, separa a la segunda generación de su historia al devaluar el territorio en el que vive su experiencia. La herida abierta se convierte en una herida interna.

Los padres en cambio, cortaron muchos lazos humanos al enterarse de su posibilidad de regreso a la patria. El objetivo esperado se había alcanzado y ya no parecía razonable seguir participando en la comunidad de exiliados en Chile. Tras el regreso, intentaron integrarse en la sociedad chilena -con mayor o menor éxito- y volvieron a ser "chilenos". Pero sus hijos e hijas, tuvieron que enfrentar otras dificultades, relacionadas con su "otredad", que fue rápidamente patologizada por el aparato institucional y las propias familias en Chile. Se asumió que solo era posible tener una identidad, y que la doble identidad suponía una carga psicológica. Por lo tanto, el no tener una sola identidad, homogénea y parecida al resto, era causa de sus "trastornos de identidad" o de su "comportamiento conflictivo" o de sus "depresiones". Esta situación fue especialmente percibida por los parientes chilenos, compañeros de colegio y profesores.

Por consejo de las autoridades, los profesores y sus familias, a muchos niños exiliados se les recetaron terapias psicológicas y tratamientos psiquiátricos. El objetivo principal era que dejaran de sentirse "extraños" y pudieran desarrollar habilidades de adaptación. El hecho de que las crisis de identidad de los niños exiliados en Chile se consideraran "traumas de adaptación" dificultó aún más la construcción de un referente identitario colectivo. Las terapias individuales como estrategia de resolución de problemas también dificultaron la organización colectiva de los niños y adolescentes en el exilio en el largo plazo (Espina Sanhueza 2014).

Así, tras el regreso a Chile, la segunda generación del exilio se convirtió, por así decirlo, en *huérfanos de su comunidad-familiar* de exiliados en la sociedad chilena, fuertemente autoritaria, moldeada por la dictadura y orientada a la homogeneidad. Para muchos de estos niños, el retorno fue y sigue siendo una experiencia individual de soledad y de incomprensión. Ahora, ya adultos y adultas, tras un largo periodo de soledad, muchos hijos e hijas del exilio han decidido volver a formar su propia comunidad; creando un nuevo espacio social para una convivencia comunitaria, afectiva, solidaria y amistosa. Al mismo tiempo, han desarrollado actividades para resguardar su memoria colectiva, que por demasiados años fue, quizás, silenciada e ignorada.

Bibliografía

Alberione, Eva (2018) “Narrativas contemporáneas de los exiliados hijxs: Esa particular manera de contar-se” En: Azconegui, M. C., Fernández, J. C., Slatman, M., Gallina, A., Catoggio, M. S., et al. *Exilios: un campo de estudios en expansión* (S. Lastra, Ed.). (Buenos Aires: CLACSO). <https://doi.org/10.2307/j.ctvfjd125>, pp. 197-210

Baeza, Noemi (1991) *Exilio-retorno: aspectos médicos, psicológicos y sociales en la familia y la infancia*. (Santiago de Chile: Colección PIDEE).

Castillo, Monica/Piper, Isabel (1997): “Discurso de jóvenes exiliados y retornados”. *Tramas II*. En: *Subjetividad y procesos sociales* (II), pp 145-166. (México: UAM).

Coraza de los Santos, Enrique (2014) “Territorialidades de la migración forzada. Los espacios nacionales y transnacionales como estrategia política”. *Revista Espacialidades V.4 Nr. 1*, Universidad Autónoma Metropolitana. pp 197 – 221

Coraza de los Santos, Enrique (2015) Migraciones forzadas en América Latina en perspectiva comparada. *Projeto História*, 53: 11-55.

De Gourcy, Constance (2013) “Partir, rester, habiter : le projet migratoire dans la littérature exilaire”. En: *Revue européenne des migrations internationales*, vol. 29 - n°4

Eichin, Pavel (2016) *Como aprendí a ser chileno - Wie ich lernte, Chilene zu sein*. PERIPHERIE - Politik, Ökonomie, Kultur, 36(3), 504-521. <https://doi.org/10.3224/peripherie.v36i144.2571>

Espina Nicolas/Sanhueza, Aline (2014) “La construcción de identidad en hijos/as de exiliados /as políticos/as chilenos/as”. En: *Revista Psicológica UVM 4* (8). (Viña del Mar:UVM).

Grundmann, Matthias (2011) "Lebensführungspraktiken in Intentionalen Gemeinschaften". En: Hahn, Kornelia/Koppetsch, Cornelia (ed.): *Soziologie des Privaten*. (Wiesbaden: Springer VS), pp 275-302.

Grundman, Matthias/Wernberger, Angela (2014) "Familie als Gemeinschaft – Gemeinschaften als Familie?!" En: *Zeitschrift für Sozialwissenschaft und Berufspraxis* 37, H.1, pp 5-17

Jurczyk, Karin (2014) "Doing Family – Der Practical Turn der Familienwissenschaften". En: Anja Steinbach/Henning, Marina/Arranz Becker, Oliver (ed.): *Familie im Fokus der Wissenschaft*. (Wiesbaden: Springer VS).

Jurczyk, Karin/Lange, Andreas/Thiessen, Barbara (ed.) (2014) *Doing Family – Familienalltag heute. Warum Familienleben nicht mehr selbstverständlich ist*. Weinheim, Basel: Beltz Juventa

Jurczyk, Karin (2018) "Familie als Herstellungsleistung. Elternschaft als Überforderung?" En: Jergus, Kerstin/Krüger, Jens Oliver/Roch, Anna (ed.): *Elternschaft zwischen Projekt und Projektion. Aktuelle Perspektiven der Elternforschung*. (Wiesbaden: Springer VS)

Jurczyk, Karin (2020) "Familiale Lebensführung – Zur Verschränkung individueller Lebensführungen im Doing Family" en Jochum, Jurczyk, Voss, Wehrich (ed): *Transformationen alltäglicher Lebensführung. Konzeptionelle und zeitdiagnostische Fragen*. Beltz Juventa. pp 36-58

Jurczyk, Karin/Voß, G.Günter/Wehrich, Margit (2016): "Alltägliche Lebensführung – theoretische und zeitdiagnostische Potenziale eines subjektorientierten Konzepts". En: Schraube, Ernst/Hojholt, Charlotte (ed.): *Psychology and the Conduct of Everyday Life*. (Londres: Routledge), pp 53-87.

Jürgens, Kerstin (2001) "Familiale Lebensführung. Familienleben als alltägliche Verschränkung individueller Lebensführungen". En „Voß, Günter G./Wehrich, Margit (ed.): *tagaus-tagein. Neue Beiträge zur Soziologie Alltäglicher Lebensführung*. Mering R Hampp, pp 33-60.

Maureira, Gloria (2015) "Retorno: La memoria en la piel". En *El arte de narrar en la construcción de memoria, niñas, niños y jóvenes en el exilio*. (Santiago de Chile: Edit. Verdejo, Fundación PIDEE).

Schmid, Michael (2001) "Alltägliche Lebensführung: Bemerkungen zu einem Forschungsprogramm". En: Voß, G.Günter/Wehrich, Margit (ed.): *tagaus-tagein. Neue Beiträge zur Soziologie Alltäglicher Lebensführung*. Mering R Hampp, pp 239-264.

Schier, Michaela/Jurczyk, Karin (2007) "Familie als Herstellungsleistung in Zeiten der Entgrenzung". En: *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 34. Jg., pp. 10-17.

Voß, Günther; Wehrich, Margit (2001) "Der eigene und fremde Alltag" en: Voß.G. Günter/Wehrich, Margit (ed.): (2001) *tagaus-tagein. Neue Beiträge zur Soziologie Alltäglicher Lebensführung*. Mering R. Hampp. pp. 203-218.

Wehrich, Margit (2001): "Alltägliche Lebensführung und institutionelle Selektion oder: Welche Vorteile hat es, die Alltägliche Lebensführung in die Colemansche Badewanne zu stecken?" En: Voß, G.Günter/Wehrich, Margit (ed.): *tagaus-tagein. Neue Beiträge zur Soziologie Alltäglicher Lebensführung*. Mering R. Hampp. Pp 219-236.

Wernberger, Angela (2017) *Einelternfamilien im ländlichen Raum. Eine sozialisationstheoretische perspektive auf die Praxis einer Lebensform*. Weinheim, Basel: Beltz Juventa

“Diálogos con mis padres: Identidad, trauma intergeneracional y resiliencia en los hijos del exilio.”

Marcos Alejandro Gómez*

INTRODUCCIÓN

Tengo recuerdos de cuando era joven y mi familia se reunía con otras familias argentinas en Canadá para festejar varias fiestas – Navidad, Año Nuevo, Pascua, o el Día de Acción de Gracias. Eran ocasiones en las que celebrábamos nuestra amistad y nuestra vida en este país extranjero. Una vez al año nos reuníamos para conmemorar el aniversario del golpe de estado en Argentina. Como niño criado en Canadá, no entendía muy bien por qué conmemorábamos un día tan triste. Cuando fui mayor, comprendí que para los argentinos exiliados el 24 de marzo tenía un gran significado, ambos personal e histórico. Comprendí que, más allá del significado histórico de esa fecha, el 24 de marzo de 1976, representaba un momento de ruptura en la vida de los exiliados. Los eventos de ese día eran la razón por la que ellos estaban tan lejos de sus familias, de su cultura y de su historia. Para ellos, el 24 de marzo representaba ese momento del pasado que cambió sus vidas, dando comienzo a un camino de lucha, persecución y exilio.

Como hijo de exiliados en Canadá, mi identidad se asienta en las experiencias de mis padres y de otros exiliados, como sobrevivientes del terrorismo de estado. Apoyado en las teorías de trauma intergeneracional y los mecanismos de resiliencia, este estudio sugiere que las experiencias

transmitidas de padres a hijos resultaron en el desarrollo de identidades basadas en los conceptos de desplazamiento, lucha y supervivencia. Al examinar mi experiencia personal, este estudio identifica el impacto que tuvieron las experiencias transformativas y traumáticas de los padres en la vida de sus hijos.

EXILIO

EN

CANADÁ

Mi familia fue parte de los más de 300,000 argentinos que salieron de Argentina en las décadas de los 70 y 80 (Yankelevich, 2009 en Miorelli & Piersanti, 2021: 220). Muchos huyeron a causa de la persecución, las amenazas, y el ambiente de terror que existía en el país durante la última dictadura militar (1976–1983) (Miorelli & Piersanti, 2021: 220). Aunque no todos los que huyeron fueron formalmente reconocidos como refugiados políticos, la decisión de exiliarse estuvo relacionada a la represión que prevalecía en casi todos aspectos de la sociedad argentina (Miorelli & Piersanti, 2021: 220). Durante esos años, Canadá figuró como un país atrayente para individuos y familias que huían de las dictaduras militares en todas partes de Latinoamérica (Simmons, 1995: 287). Las políticas favorables que tenía Canadá en esa época hacia los inmigrantes y refugiados, lo convertían en un país mucho más acogedor que otros, en particular en comparación con los Estados Unidos (Simmons, 1995: 287-288). Una vez que los primeros exiliados empezaron a llegar y a establecerse en Canadá, otros los siguieron (Simmons, 1995: 304).

Mis padres, mi hermano y yo llegamos a Canadá en marzo de 1983. El clima de inseguridad y peligro que aún se vivía en esa época en Argentina impulsó a mis padres a aceptar la oferta de asilo político que les brindaba el gobierno de Pierre Trudeau. Mis padres, militantes políticos que habían sobrevivido el secuestro, la tortura y la cárcel, temían por sus vidas y las de sus hijos ya que los militares continuaban en el poder. Llegamos a la ciudad de Hamilton en el sur de Ontario y nos contactamos con otros argentinos que habían llegado previamente. La intención de mis padres, como la de otros exiliados, era volver a Argentina tras una estadía temporaria en el extranjero, pero los desafíos políticos, económicos y sociales en el país tras la transición a la democracia en diciembre de 1983, impidieron el regreso inmediato, y mis padres decidieron con dolor quedarse más tiempo en Canadá. En 1987, mi madre, que ya había realizado estudios de postgrado en la Universidad de Toronto, regresó a Argentina en busca de trabajo, pero aún no estaban dadas las condiciones, y las promesas de empleo quedaron en el aire.

En Canadá, conocimos a otras familias argentinas que habían tenido que huir al extranjero para preservar sus vidas.²⁶ También conocimos otras personas, ex presas y presos políticos, que habían recibido y aceptado la oferta de asilo por parte de las autoridades canadienses. A partir de ese desplazamiento forzado, los exiliados se vieron en la necesidad de reconstruir sus vidas en un ambiente extraño, con la carga de sus traumas y ante un futuro por entonces incierto. Habían dejado el país con las marcas profundas de sus experiencias de secuestro, tortura y cárcel, y con el profundo dolor por la muerte y la desaparición de sus compañeras y compañeros. Trajeron con ellos el dolor y la culpa de dejar a sus seres queridos en un país inestable y peligroso y de abandonar la posibilidad de vivir un futuro en su patria (Miorelli & Piersanti, 2021: 225). Para muchos exiliados, la experiencia de libertad estuvo íntimamente ligada al sentimiento de pérdida y al trauma del abandono del país (Miorelli & Piersanti, 2021: 228). Muchos exiliados sufrieron la carga de haber dejado todo lo que conocían para vivir en un país diferente, forzados a adaptarse a una nueva cultura, a una nueva lengua y a un nuevo clima político e incluso ambiental.

Como mencioné más arriba, cuando llegamos a Canadá, había ya otros exiliados argentinos. De chico, yo sabía que esas familias también habían huido del terror y de la represión de la dictadura, y cargaban con ellos las experiencias traumáticas a las que habían sobrevivido. Nuestra familia compartía con ellos esa misma cultura e historia, y, como una manera de sobrevivir y superar los desafíos que presentaba el vivir en un país ajeno, esas familias se convirtieron en nuestra familia extendida. Esos otros hijos del exilio eran mis primos, y sus padres, mis tíos y tías. Sabía que estas personas no eran mi familia biológica. Sabía que mis primos, mis tías y mis tíos, mis abuelas y abuelo, estaban en Rosario, en Corrientes, en Buenos Aires. Ese mundo en Argentina me parecía algo completamente diferente - una vida idealizada, ajena y distinta a la mía. Yo me identificaba mejor con los exiliados argentinos y sus hijos en Canadá que con mi propia familia biológica en Argentina.

En efecto, mi identidad como argentino se basó en mis experiencias con esas familias exiliadas. Mi exposición y conexión a la cultura, a la política y a la historia argentina se desarrolló principalmente en las reuniones con esta familia extendida en Canadá. Las discusiones de los adultos y sus anécdotas acerca de la vida antes, durante y después de la dictadura, dieron forma a

²⁶ Es importante hacer notar que también conocimos familias de todas partes de Latinoamérica que, a causa de la inestabilidad y el peligro en sus propios países, se habían refugiado en Canadá.

mi idea de lo que significaba ser argentino, a pesar de que nunca había vivido allí. Para los hijos de exiliados, la transmisión de las experiencias y de las memorias de sus padres, tanto personales como históricas, contribuyeron a labrar en ellos una identidad que trascendía al individuo. Esa identidad compartida por los exiliados argentinos y sus hijos tenía como punto de referencia las experiencias de desplazamiento, lucha y supervivencia. Los hijos de exiliados, expuestos a las memorias y experiencias de la comunidad exiliada, incorporaron a su propia identidad el trauma que vivieron sus progenitores, y desarrollaron mecanismos de resiliencia que los han ayudado a superar ese mismo trauma.

EL TRAUMA Y LA RESILIENCIA INTERGENERACIONAL

Mis padres, como miles de argentinos durante la dictadura, sufrieron graves violaciones de sus derechos humanos. En enero de 1977, fueron secuestrados por los militares del departamento en donde vivían en la ciudad de Rosario. Por días fueron interrogados y torturados. Ambos pasaron años como presos políticos. Mi madre estaba embarazada cuando fue secuestrada. Pasaron casi cinco años antes de que mis padres y mi hermano, nacido en cautiverio, estuvieran juntos como familia por primera vez. En su relato testimonial, mi madre describe su experiencia traumática:

Siento mi cuerpo mojado por el sudor, un sudor distinto, nuevo, con ese olor particular que produce el miedo... Me han ‘prometido’ que me llevarán nuevamente a la ‘maquina’, cuando me ‘enfríe un poco”. Y solo pienso en ese ser pequeñito que me acompaña, que ha estado conmigo desde el primer momento. No sé si yo voy a sobrevivir, pero deseo profundamente que él sobreviva. Me sacude un sollozo. Hijo mío, eres la única luz en estas sombras, eres mi fortaleza y voy a luchar por los dos. Escucho el ruido de la “maquina” del otro lado de la pared y un ahogo me sube a la garganta. Están torturando a alguien... ¿Es que hay peor tortura que la de ser testigo de la tortura de otro? Y ese otro, lo sé, es alguien ligado estrechamente a mis afectos. Rezo: “Dios mío, basta, basta...” (Sillato, 2006: 24)

Mi padre también relata su historia de abuso y de trauma:

Ahora, me habían desnudado y sujetado muy fuerte la venda de los ojos. Sentía con mi cuerpo los hierros de la “parrilla” en el camastro de tortura, atado de pies y manos a estirados a los costados me presagiaban el eminente suplicio de la carne.

Queremos nombre de tu célula, me dijo el verdugo y comenzó a aplicarme la picana eléctrica en los testículos y la boca ... el dolor es intenso, inmenso, como si te arrancaran pedazos de la piel y la carne. El Cura, el torturador de turno me vuelve a preguntar y advierte.... “Si no hablas te vamos a destrozarnos a pedacitos...no vas a quedar nada de vos.” Y continuaba preguntando: “donde tienen guardado las armas?” Y sin esperar respuesta de vuelta la picana recorre la planta de los pies, los muslos, el pecho, los testículos, el pene. El dolor, el sufrimiento es cada vez mayor y así por horas. El verdugo, que ahora son varios, repitiendo las mismas preguntas y las mismas torturas. La sed es inaguantable; el dolor indescriptible. Siento el olor de mi propia piel quemada un cigarrillo, dos, tres se apagan en mi carne lastimada” (Tuer & Gomez, 2017).²⁷

Las experiencias extremas como las relatadas aquí, dejan marcas profundas e irreversibles (Sillato, 2008: 27). Ese trauma físico, emocional y psicológico permanecerá, sin duda, en los sobrevivientes de dichos abusos a lo largo de sus vidas. Los efectos de ese trauma, en turno, se transmitirán a las generaciones venideras a través de procesos psicológicos, fisiológicos y sociales (Aguiar & Halseth, 2015: 12). Es este el llamado “trauma intergeneracional”, el trauma que se transmite de un miembro de una familia o comunidad a otro miembro más joven, sin que sea necesario que el miembro más joven haya estado directamente expuesto al trauma o sea consciente de esa transmisión (Kaitz et al, 2009: 160; Denov et al, 2019: 21). El trauma intergeneracional refiere al proceso por el cual un individuo cercano a un sobreviviente de un trauma desarrolla síntomas psicológicos parecidos a los del sobreviviente (East, 2018: 271). En el marco de una familia, el trauma se procesa a través de las interacciones familiares, de la relación entre padre e hijo y de la forma en que los padres crían a sus hijos (Sangalang & Vang, 2017: 753).

Además de la tortura y otras atrocidades sufridas por los sobrevivientes, el exilio en sí mismo, es decir, la expulsión de su patria y el abandono forzado de sus familias, de sus seres queridos y de sus ambiciones y futuros en su país de origen, es una experiencia traumática, cuyos efectos se transmiten a sus descendientes. Como describe Dutrénit Bieloust, el exilio afecta a:

varias generaciones tanto por constituir un hecho que cuando se produce afecta al involucrado directo, a sus padres y a sus hijos, dando lugar a un hecho

²⁷ Aunque este texto fue publicado en inglés, este extracto es el original y forma parte del testimonio de mi padre, Alberto “Beto” Gómez.

multigeneracional, sino también porque de manera habitual desembocan en una transmisión generacional. Aún más cuando las circunstancias cargan con desaparecidos y ejecutados como saldo de la represión y la violencia políticas (2012).

La transmisión a los hijos del trauma experimentado por padres que sobrevivieron a la violencia y a la persecución ha sido ampliamente estudiada. Los primeros estudios del trauma intergeneracional demostraron que los descendientes del Holocausto mostraban síntomas de trauma como si ellos mismos lo hubieran sufrido (Cerdeña, 2021: 3). Otros estudios han señalado que existe un vínculo entre la salud mental de refugiados expuestos a experiencias traumáticas, y los efectos psicológicos experimentados por sus hijos – efectos que pueden persistir por años después del reasentamiento en un nuevo país (Sangalang & Vang, 2017: 745).

Los efectos psicológicos del trauma intergeneracional incluyen varios problemas de salud mental, como una vulnerabilidad al estrés, la depresión, la ansiedad, la deficiencia de atención y el estrés psicosocial (Daud et al, 2005: 28-29). Estudios de hijos de los sobrevivientes del Holocausto encontraron que, en el curso de sus vidas, los hijos mostraban una prevalencia de síntomas asociados con el trastorno de estrés postraumático (TEPT), como la ansiedad, la depresión. Asimismo mostraban signos de haber asumido el dolor experimentado por sus padres (Sangalang & Vang, 2017: 751). La transmisión del miedo también se presenta en la psicología de los hijos de exiliados (Dutrénit Bieloust, 2012). Para ciertos grupos de hijos de refugiados, el trauma intergeneracional se asocia con la falta de compromiso de sus padres, la participación juvenil en actos de violencia y la delincuencia (Sangalang & Vang, 2017: 751).

A pesar de las graves consecuencias asociadas con la transmisión del trauma, los procesos de transmisión pueden ser mediados por mecanismos de resiliencia. El concepto de resiliencia es central para entender cuán impactante es la transmisión del trauma de una generación a la otra. La resiliencia se refiere a la capacidad para adaptarse y enfrentar situaciones adversas, e incluye la habilidad de recuperarse tras momentos de trauma o de estrés extremo (Agaibi & Wilson, 2005: 198). Los mecanismos de la resiliencia intergeneracional son fundamentales no solo en el proceso de recuperación del trauma intergeneracional sino también en la limitación de los efectos emocionales y psicológicos asumido por los hijos de sobrevivientes del trauma.²⁸

²⁸ Así mismo, la capacidad del padre de poder afrontar su propia experiencia de trauma también puede determinar el impacto de su propio trauma en la psicología de sus hijos (Aguiar & Halseth, 2015: 10). Por ejemplo, en los casos en

Estudios de resiliencia intergeneracional han demostrado que un factor importante que limita la transmisión del trauma de una generación a otra es el contexto ecológico en la cual existe la relación entre padre e hijo (Cerdeña, 2021: 3; Atallah, 2017: 359). Es decir, el contexto social y comunitario en el que se desarrolla esa relación padre/ hijo juega un rol importante para limitar el alcance de los efectos del trauma intergeneracional. Esto incluye factores como la crianza positiva de un hijo, su exposición a, y conocimiento de, las narrativas e historia de su comunidad, y su conexión a las prácticas de su cultura (Budowle et al., 2019, Schofield et al., 2014, Williams & Claxton, 2017 en Cerdeña, 2021: 3). De hecho, una relación abierta y positiva entre padre e hijo, la transmisión de la cultura e historia a través de relatos y memorias, y el sentido de pertenencia a la comunidad de sus progenitores, son mecanismos que ayudan a limitar la magnitud del impacto en la transmisión del trauma al hijo. Por el contrario, el ocultar la verdad de las experiencias traumáticas y negar la conexión histórica y cultural, pueden tener consecuencias que resulten en la amplificación del impacto en la transmisión del trauma (Cerdeña, 2021: 6).

TRAUMA Y RESILIENCIA EN UN HIJO DEL EXILIO

Cuando examino mi propia vida como hijo del exilio y mi conexión al trauma y la resiliencia intergeneracional, veo las marcas que las experiencias traumáticas de mis padres dejaron en mí, y los mecanismos que me ayudaron a superar ese trauma. Mis padres nunca ocultaron el hecho de que habíamos salido de Argentina a causa de la dictadura. Tampoco me escondieron la historia de su pasado. Desde chico, yo tenía una idea del trauma que ellos y otros exiliados habían atravesado. Al escuchar a los adultos que me rodeaban, aprendí sobre la historia de la dictadura y los abusos perpetrados por los militares. Sabía que mis padres – como tantos otros - habían sido secuestrados, que habían sido separados, torturados, encarcelados, y que casi habían perdido sus vidas. Sabía quiénes eran las Madres de la Plaza de Mayo. Sabía que había miles de desaparecidos. Sabía que mi hermano mayor había nacido en cautiverio y que mi madre había sido “madre de leche” de otro niño porque la madre no tenía suficiente leche para alimentarlo. Sabía que mi madre había tenido que entregar a mi hermano mayor a mi abuela y mis tías pocos meses después de su nacimiento, y que pasaron años antes de que mis padres y mi hermano pudieran estar juntos. Sabía que, a pesar de todo el trauma que ellos habían pasado, tuvieron suerte, porque no fueron

que los padres fueron expuestos al trauma pero nunca desarrollaron síntomas asociados con el TEPT, los hijos han demostrado formas de ‘resiliencia’, en las que los impactos del trauma no se han transmitido por completo a los hijos (Sangalang & Vang, 2017: 751).

desaparecidos, como muchos de sus compañeras y compañeros. Mi hermano no fue secuestrado por los militares, como tantos otros hijos. Pero, conociendo todo esto, de joven no pude reconocer el efecto que ese trauma había tenido en mis padres, en otros exiliados, e incluso, en los hijos, como yo.

No podría decir a ciencia cierta cómo, exactamente, el trauma causado por el terrorismo de estado impactó a mis padres y a otras y otros compañeros exiliados. Es imposible generalizar tal cosa. Pero, mirando hacia atrás, puedo reconocer, quizás, los efectos que esas experiencias traumáticas de mis padres tuvieron en mí. Por ejemplo, yo siempre fui un niño muy sensitivo, y siempre tuve mucho miedo. Lloraba mucho, a veces desconsoladamente, sin saber la razón. A veces, mis maestros en la primaria tenían que llamar a mi madre para que me fuera a buscar porque no podía dejar de llorar. A veces me inventaba historias porque no podía explicar porqué lloraba tanto. Recuerdo tener mucho miedo de perder a mi madre. Ella viajaba por su trabajo, y cuando se hacía tarde, y no llegaba a la hora esperada, sentía una angustia insoportable. Mi hermano, que siempre me ayudó en mis momentos de peor angustia, me tenía que consolar. Hasta los 8 o 9 años, no podía dormir solo en mi cama. Tenía pesadillas terribles – de familiares o amigos muertos o heridos. Me imaginaba el secuestro de mis padres en medio de la noche. Siempre me escapaba para dormir en la cama de mi madre, para estar de espaldas con ella. Más de una vez, a los 12 o 13 años, sentía mucha angustia y pensaba que la solución era terminar con mi vida. Tuve una buena infancia, pero nunca supe por qué, a veces, me sentía así.

En mi adolescencia ese miedo se convirtió en enojo. Mi conducta, y mi relación con mis padres, se deterioró. A los 14 o 15 años empecé a participar en actividades antisociales. Desarrollé estrategias negativas para lidiar con mis problemas personales. Abusé de drogas y alcohol. Me peleaba frecuentemente con otros chicos. Solía faltar a la escuela y me asocié con chicos que tenían mala conducta. A los 17 o 18 años, sentía como si me estuviera deslizando, como si mi vida se me escapara de las manos. A pesar de mi acontecer durante ese periodo, mis padres nunca me abandonaron. Nunca dejaron de apoyarme para superar mis desafíos. Durante mi juventud, pensé que mi conducta y mi actitud eran algo normal para un adolescente. Pero ahora que miro hacia atrás, puedo ver que, quizás, esa persona era alguien que llevaba en sí misma las experiencias traumáticas de sus padres.

A los 19 años, tuve un cambio profundo. En enero del 2002, viajé a Argentina por tres meses. Pasé esos meses con mi familia extendida y con mi padre que había vuelto a vivir en allí

para continuar ese proyecto de cambio político y social al que se había embarcado en su juventud. Empecé a reflexionar profundamente sobre mi experiencia como hijo de refugiados y en mi conexión con Argentina y esa familia con quien yo nunca me había criado. Empecé a interesarme en la historia del país y en la experiencia de mis padres como exiliados políticos. En los años que siguieron, empecé a prestar más atención a las palabras y las experiencias de los exiliados argentinos que me rodeaban. Leí testimonios y textos históricos sobre la dictadura en Argentina.²⁹ Empecé a entender mejor cómo había sido el terrorismo de estado que se vivió en Argentina durante esa época. Me acuerdo sentándome varias veces con mi padre para conversar y preguntarle sobre sus actividades como líder estudiantil y militante durante los años 70. Mi madre me contaba historias acerca del trabajo que de joven hacían ella y sus hermanas en las villas de emergencia. Y empecé a preguntarles acerca de sus experiencias de persecución. De tortura. De encarcelamiento. De su decisión de dejar su patria y venir a Canadá. Empecé a reconocer el impacto que la dictadura y el exilio habían tenido en mí. Comprendí que la dictadura y el exilio me habían robado la posibilidad de compartir mi vida con mi familia biológica, de criarme rodeado de primos, tíos, abuelos. Me habían robado la experiencia de vivir la cultura de mis padres, y ser parte de esa historia argentina. Y había perdido la oportunidad de participar y compartir en el proyecto político y social que mis padres, y que todos los otros argentinos asesinados o sobrevivientes del terrorismo de estado, habían comenzado en los años 70.

En el 2006 mi madre publicó su libro, *Diálogos de amor contra el silencio: Memorias de prisión, sueños de libertad*. Era el testimonio de sus experiencias de persecución, de lucha, y de supervivencia. Leer el testimonio de mi madre cambió mi vida. Sus palabras fueron un paso importante en mi camino de recuperación del trauma que formaba parte de mi identidad. No solo me abrió los ojos a la historia de las injusticias que sufrieron mis padres y mi hermano, sino que también me conectó directamente a esa historia como hijo de sobrevivientes de horribles abusos a los derechos humanos.

²⁹ Sigo el proceso de aprender sobre el terrorismo de estado en Argentina durante la dictadura y las experiencias de exiliados a través de textos que incluyen: Bonasso, Miguel 2002 (2000) *Diario de un clandestino* (La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas); Helman, Arturo, Dalia Canteloro, Alberto “Beto” Gomez & Rolano “Rolo” o “Titico” Garcia (2018) *El Golpe de estado en la provincia de corrientes: Serie la memoria III* (La Plata: Ediciones al Filo); Miranda, Juan (2018) *La Dignidad: La violencia política argentina en los 70* (Buenos Aires: Editorial Biblos); Sillato, Maria del Carmen (2008) *Huellas. Memorias de resistencia, Argentina 1974-1983* (San Luis: Nueva Editorial Universitaria).

A través del diálogo con mis padres, leyendo sus testimonios, hablando con otros sobrevivientes de esa época, conectándome con la cultura y la historia argentina, empecé el largo proceso de recuperación necesario para enfrentar las experiencias traumáticas que ellos mismos habían tenido que confrontar. Reconociendo mi conexión a su historia de desplazamiento, de lucha y de supervivencia, pude empezar a superar los efectos del trauma intergeneracional como hijo del exilio y realizar una experiencia de resiliencia.

CONCLUSIÓN: TRAUMA, RESILIENCIA E IDENTIDAD

No creo que mi experiencia personal de trauma y de resiliencia intergeneracional sea la misma que la de otros hijos de exiliados argentinos. Pero si es cierto que el trauma que sufrieron los sobrevivientes del terrorismo de estado – un trauma irreversible – se transmite, en cierta medida, a sus hijos, y que ese trauma forma parte de su identidad como hijo de sobrevivientes del trauma. Algunos hijos estuvieron ellos mismos expuestos directamente al trauma, porque nacieron durante la dictadura y fueron testigos del terrorismo de estado. Otros vivieron el trauma de haber sido separados de sus familias biológicas, de su cultura, y de su historia a causa del desplazamiento forzado de sus padres. Esas experiencias traumáticas, ambas intergeneracionales y directas, contribuyeron al desarrollo de una identidad colectiva como hijos del exilio. A pesar del trauma, existen mecanismos y prácticas de resiliencia que ayudan a limitar o superar el trauma transmitido de padres a hijos. A través del diálogo y de la exposición a la cultura, a la historia y las experiencias de lucha, supervivencia y desplazamiento de sus progenitores, es posible prevalecer sobre el trauma intergeneracional. Esa resiliencia sobre el trauma experimentada por los hijos, en turno, contribuyó al desarrollo de una identidad única como hijos del exilio.

BIBLIOGRAFÍA

Agaibi, Christine & John P. Wilson 2005 “Trauma, PTSD, and Resilience: A Review of the Literature” en *Trauma, Violence, & Abuse* (Thousand Oaks) Vol. 6, No. 3.

Aguiar, William & Regine Halseth 2015 “Aboriginal Peoples and Historic Trauma: The processes of intergenerational transmission” (Prince George: National Collaborating Centre for Aboriginal Health).

Atallah, Devin G. 2017 “A community-based qualitative study of intergenerational resilience with Palestinian refugee families facing structural violence and historical trauma” en *Transcultural Psychiatry* (London) Vol. 54, No. 3.

Bonasso, Miguel 2002 (2000) *Diario de un clandestino* (La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas).

Budowle, Rachel, Melvin Arthur & Christine Porter 2019 “Growing Intergenerational Resilience for Indigenous Food Sovereignty through Home Gardening” en *Journal of Agriculture, Food Systems, and Community Development* (Ithaca) Vol. 9, No. B.

Cerdeña, Jessica P., Luisa M. Rivera & Judy M. Spak 2021 “Intergenerational Trauma in Latinxs: A Scoping Review” en *Social Science & Medicine* (Exeter) Vol. 270.

Daud, Atia, Skoglund, Erling, Rydelius Pers-Anders 2005 “Children in families of torture victims: transgenerational transmission of parents’ traumatic experiences to their children” en *International Journal of Social Welfare* (Oxford) Vol. 14, No. 1.

Denov, Myriam, Maya Fennig, Marjorie Aude Rabiau & Meaghan C. Shevell 2019 “Intergenerational resilience in families affected by war, displacement, and migration: ‘It runs in the family’ en *Journal of Family Social Work* (London) Vol. 22, No. 1.

Dutrénit Bieloust, Silvia 2012 “La marca del exilio y la represión en la ‘segunda generación’”, XVII Conferencia Internacional de Historia Oral "Los retos de la Historia Oral en el siglo XXI. Diversidades, desigualdades y la construcción de identidades", Buenos Aires, 4 de septiembre al 7 de septiembre.

East, Patricia L., Sheila Gahagan & Wael K. Al Delaimy 2018 “The Impact of Refugee Mothers’ Trauma, Posttraumatic Stress, and Depression on Their Children’s Adjustment” en *Journal of Immigrant and Minority Health* (New York) Vol. 20, No. 2.

Helman, Arturo, Dalia Canteloro, Alberto “Beto” Gomez & Rolano “Rolo” o “Titico” Garcia (2018) *El Golpe de estado en la provincia de corrientes: Serie la memoria III* (La Plata: Ediciones al Filo).

Kaitz, Marsh, Mindy Levy, Richard Ebstein, Stephen V. Faraone & David Mankua 2009 “The Intergenerational Effects of Trauma from Terror: A Real Possibility” en *Infant Mental Health Journal* (East Lansing) Vol. 30, No. 2.

Miorelli, Romina & Valentina Piersanti 2021 “Staying Alive: 1970s Southern Cone Exiles in the UK” en *Bulletin of Latin American Research* (United Kingdom) Vol. 40, No. 2.

Miranda, Juan (2018) *La Dignidad: La violencia política argentina en los 70* (Buenos Aires: Editorial Biblos).

Sangalang, Cindy C. & Cindy Vang 2018 “Intergenerational Trauma in Refugee Families: A Systematic Review” en *Journal of Immigrant and Minority Health* (New York) Vol. 19, No. 3.

Schofield, T. J., Conger, R. D., & Nepl, T. K. 2014 “Positive Parenting, Beliefs About Parental Efficacy, and Active Coping: Three Sources of Intergenerational Resilience” en *Journal of Family Psychology* (Washington) Vol. 28, No. 6.

Sillato, María del Carmen 2006 *Diálogos de amor contra el silencio: Memorias de prisión, sueños de libertad* (Córdoba: Alción Editora).

Sillato, María del Carmen (2008) *Huellas. Memorias de resistencia, Argentina 1974-1983* (San Luis: Nueva Editorial Universitaria).

Simmons, Alan 1995 “Latin American Migration to Canada: New Linkages in the Hemispheric Migration and Refugee Flow System” en *International Journal* (Toronto) Vol. 48, No. 2.

Tuer, Dot y Alberto Gomez 2017 “Traces and Erasures: Documenting the Rosario Space of Memory” en *Prefix Photo* (Toronto) Vol. 36.

Williams, L., & Claxton, N. 2017 “Recultivating Intergenerational Resilience: Possibilities for Scaling DEEP through Disruptive Pedagogies of Decolonization and Reconciliation” en *Canadian Journal of Environmental Education* (Whitehorse) Vol. 22.

“Mi exilio dorado”

Marco Fajardo³⁰

Esta ponencia versa sobre mi libro “Mi exilio dorado”, publicado en Chile por la editorial LOM en 2021. El texto es un ensayo autobiográfico sobre el exilio, como hijo del exilio que soy, nacido en

³⁰ Licenciado en Periodismo por la Universidad de Santiago de Chile en 2000. Trabajo gráfico en diversos medios de comunicación. Libros publicados: "Contra Bachelet y otros", "Postales", "Los inquilinos", "Juan sin Tierra" y "Mi exilio dorado".

la desaparecida República Democrática Alemana (RDA) en 1976, con una contratapa escrita por el recientemente fallecido escritor chileno Omar Saavedra Santis. Fue presentado en el Museo de la Memoria de Santiago, ante unas 50 personas, por el propio Saavedra y el escritor y editor Galo Ghigliotto.

El libro es producto de un largo proceso de sanación. Fui víctima de las violaciones a los derechos humanos ocurridas a partir del golpe militar de 1973 en Chile, pero me costó mucho tiempo asumir esa condición, la misma que afectó a mi padre, a mi madre y a mi hermana.

Mis padres salieron de Chile como refugiados tras el golpe. Mi padre es colombiano y había llegado como refugiado político durante el tiempo de la Unidad Popular. En Colombia fue guerrillero y abandonó el país cuando sus camaradas empezaron a matarse entre ellos. Mi madre, licenciada en Trabajo Social y originaria del norte de Chile, lo conoció en Santiago y se casaron. Mi padre empezó a estudiar Agronomía en marzo de 1973. Vivía en Peñaflor, en las afueras de Santiago. Mi madre nunca había militado siquiera, aunque presumo que era una mujer de izquierdas. Era la “oveja negra” en una familia mayormente de derecha, de provincia.

Ellos se asilan en la embajada de México, con lo puesto. Pierden todas sus pertenencias a partir de este hecho. Él tenía 29 años, mi madre 24. Se exilian primero en México, pero abandonan ese país porque mi padre no recibe asilo en el país azteca. Entonces se van a Alemania Oriental. Allí nacimos mi hermana y yo. Fuimos al jardín y los primeros años de primaria, en una cultura totalmente ajena a nuestros padres y nuestra cultura. Nos fuimos a Colombia en 1985, donde mis padres se divorciaron y mi padre prácticamente nos abandonó. Con mi madre y mi hermana llegamos a Santiago de Chile en 1990, cuando terminó la dictadura. Mi madre tenía una nueva pareja.

Al llegar a Chile, yo tenía 14 años. En Alemania me había criado en una comunidad de exiliados en la ciudad de Dresde, donde nací. Crecí con la historia de Allende, el golpe y el terrorismo de Estado. Llorando el golpe del 11 de septiembre y celebrando la independencia del 18 de septiembre, con nostalgia de la cordillera, el vino y la empanada. Crecí con la imagen de un pueblo que luchaba contra la dictadura, pero al llegar a Chile vi que lamentablemente a Pinochet mucha gente lo apoyaba, inclusive gente de mi familia. Hoy creo que Allende representa algo de los chilenos, pero Pinochet también.

Una vez en Chile, terminé la secundaria y estudié Periodismo. Me licencié en la Universidad de Santiago. Nunca me adapté en Chile y siempre tuve problemas para relacionarme con los chilenos. De hecho, nunca supe con certeza si yo era chileno. Tampoco me gusta su selección. Fui apátrida hasta los 9 años, cuando obtuve la nacionalidad colombiana. Me hice chileno recién a los 16 años. Siempre me sentí diferente. Todo esto lo cuento en el libro, que es una reflexión sobre mi historia.

Mi padre, como había sido guerrillero, me educó en el silencio. Su militancia era un secreto que yo no podía revelar a nadie. Eso me pesó mucho. Él me dijo que si alguien se enteraba, lo podían asesinar. Me educó en la desconfianza, sobre todo a partir de nuestra vida en Colombia, un país de por sí peligroso, donde su grupo seguía existiendo, aunque, hasta donde yo sé, él nunca volvió a militar.

Ese silencio me siguió acompañando en Chile. No hablaba con nadie de mi historia, excepto con gente de mucha confianza. Cuando desconocidos me preguntaban qué hacía mi padre en Alemania, les decía que había ido a estudiar, una verdad parcial, ya que efectivamente estudió y se tituló como técnico en Alemania.

La situación era tal que el tema del exilio ni siquiera se hablaba dentro de nuestra familia, que además es mayormente de derecha, algo que sigue hasta hoy. Ahora, a los 46 años, sé que silenciar un tema que es central en mi identidad, como es el exilio, me hizo mucho daño. Guardando las distancias, es como ocultar que uno es gay.

A pesar de las cosas que me tocó vivir, nunca hice terapia, hasta que me emparejé con la madre de mis hijos, una chilena, Sandra. Yo decía que era absurdo pagar a alguien para que me escuchara, hasta que me dio un ataque de pánico. Yo cargaba con muchos dolores. Escuchaba una canción de Víctor Jara y me ponía a llorar. Eso no era normal. Sandra me convenció de ir al psicólogo. Yo estaba transmitiendo esos dolores a nuestros hijos.

Tuve primero una terapeuta privada y luego una gratuita, Claudia, por cuenta de un programa estatal para víctimas de violaciones a los derechos humanos en Chile, con la cual pude abordar el tema del exilio de forma definitiva. Claudia me ayudó mucho. De hecho la nombro en el libro. Gracias a ella pude empezar a hablar, primero, y escribir, después. El momento para escribir este texto lo encontré en la pandemia, cuando el encierro me permitió abocarme a la escritura.

En el libro cuento muchas historias relacionadas al golpe. Historias de horror, de supervivencia. También abordo el daño que, a mi juicio, causó a Chile la dictadura militar. Alguien me dijo alguna vez que el golpe, tan sangriento, fue el principio de una especie de lobotomía al país de mi madre. Una situación que generó situaciones anormales, sicóticas, enfermas, como utilizar el principal estadio de fútbol como campo de concentración y luego, hasta hoy, como lugar de juego y vitoreo de la selección.

Un daño que sufrí afloró con la represión que viví durante el estallido social de octubre de 2019, en el lugar donde vivía, la Villa Olímpica.

Este libro ha sido un proceso de liberación. Un proceso que me ha permitido militar en un grupo de Hijos del Exilio, primero, en Chile, y luego en Argentina.

Que “Mi exilio dorado” quede como un testimonio de como vivimos la segunda generación el terrorismo de Estado y sus consecuencias, con dolores que persisten hasta hoy.

LA HUELLA:

CATARSIS CREATIVA DE UN HIJO DE EXILIADO Iván Rovetta

1. Introducción

En abril de 2021 edité de forma independiente La huella (y otros relatos), mi primer libro. La decisión de invertir y arriesgar en el formato de la auto edición no nace solamente del interés por dar a conocer mi obra o construir poco a poco un curriculum vitae como escritor, sino que incluye además una necesidad visceral por comunicar algo. Sabía que tarde o temprano tenía que publicar La huella: era casi una deuda conmigo mismo.

Casi cinco años antes, a mediados de 2016, en un momento de importantes cambios

personales, regresé a Madrid tras una estancia de dos meses en Montevideo y con un concepto rondándome en la cabeza. Tenía un título, ‘La Huella’, un conjunto de imágenes y una ambientación emocional muy claras. A partir de ahí la construcción de la historia salió sola.

El relato sigue los pasos de Sergio, un joven montevidiano que regresa a su ciudad tras siete años viviendo en Madrid. Aunque nacido en Uruguay, es hijo del exilio y su madre pasó por la cárcel y un centro clandestino de detención. Tratando de sanar un trauma heredado y el dolor por la pérdida de Gabita, su hermana menor, Sergio explora el impacto del terrorismo de Estado o la propia idiosincrasia uruguaya para entenderse a sí mismo. En su camino le siguen tres cabras negras que le observan silenciosas.

La huella no pretendió en ningún momento ser un ensayo sobre la transmisión del trauma ni hacer universal un sentimiento subjetivo del exilio de segunda generación. Es una obra puramente personal, en la que agarré toda una serie de hechos que sucedieron o estuvieron a punto de suceder y los cambié de orden y lugar para crear una historia de ficción. Sin embargo el interés que poco a poco despierta está precisamente en el eco que otras personas sienten con respecto a las vivencias del personaje, y ése es el factor comunicativo que me parece maravilloso. En el relato se vuelcan mis propias heridas y contradicciones sobre el desarraigo, la identidad rioplatense, la grieta emocional del terrorismo de Estado, la salud mental, la construcción de la masculinidad, etc. Repito: mis heridas y mis contradicciones. No tengo en esta presentación fuentes ni teorías para justificar vivencias personales. Puedo tan sólo compartir lo que hay quizás de colectivo en el proceso creativo de La Huella.

2. El contexto personal

Nací en Madrid en el año 1990. Viví en Pekín hasta 1995, año en que mis padres se instalan definitivamente en un pueblo de Madrid provincia. Para entonces ya conocía Montevideo y había visitado allí a mi familia. Con cinco o seis años podría haber llamado ‘hogar’ a lugares de tres continentes. Crecí en Madrid pero con suficientes estancias en Uruguay como para conocer bien y sentirme parte de las dos orillas. Mucho más teniendo en cuenta la historia familiar.

Mi abuelo, Vicente Rovetta, tenía una librería y editorial llamada Nativa Libros en la calle Uruguay, en Montevideo. Tenía también una sección en Buenos Aires, por lo que eran frecuentes sus viajes a la capital vecina. Editaba a diversos teóricos marxistas leninistas, desde el propio Marx hasta el Ché Guevara, pasando por figuras como Enver Hoxha. Él mismo escribió y publicó varios libros. No obstante, el tema en que estaba especializada la librería era China. Evidentemente era una especialización mayoritariamente política, y mi abuelo fue invitado en dos ocasiones a China

en la década del 60, donde visitó comunas populares y fue en una ocasión recibido brevemente por Mao Zedong. Aún así, más allá de este aspecto, también se importaban materiales acerca de cultura china (cuentos, filosofía, medicina tradicional, arte, etc). Nativa Libros se convirtió en la distribuidora de material chino de referencia en el Cono Sur. Y es por ello que, ya antes del golpe de Estado de 1973, la librería sufrió dos atentados: una noche fue ametrallada y más adelante explotó una bomba.

En el momento del golpe mi abuelo se encontraba trabajando en Buenos Aires, y allí se quedó. Poco después le siguió el resto de la familia (al igual que tantos uruguayos que se exiliaron antes que nada en Argentina). Mi tía mayor, Brenda, decidió quedarse en Montevideo, donde terminó pasando por un centro clandestino de detención y siete años en Punta Rieles, la que fue prisión femenina durante la dictadura. (Posteriormente se exilió en París con su pareja).

En Argentina mi abuelo fue preso, por lo que sólo quedaban en 'libertad' mi abuela Berta, mi padre Pablo y su hermana menor Laura, quienes lograron esquivar la persecución política durante casi dos años. No tuvieron la misma suerte muchos de sus compañeros del Uruguay, que terminaron siendo desaparecidos en territorio argentino. Mi abuelo fue expulsado del país y terminó en el Perú, donde retomó el contacto con China para solicitar asilo. Así, en junio del 75, y con el apoyo de ACNUR para salir del país, parte de la familia volvió a encontrarse en Pekín durante el último año de vida de Mao Zedong y donde permanecerían más de diez años siendo testigos de todas las convulsiones políticas del gigante asiático, tal y como relata mi padre en su libro Los años setenta en China: Recuerdos de un oriental en Oriente. Fueron, de esta forma, la única familia uruguaya exiliada en la República Popular China. Es en la siguiente década cuando mi padre conoce en la pequeña comunidad extranjera de Pekín a mi madre, madrileña que llegó a esa ciudad por causas ajenas al tema de esta exposición.

De esta manera dos experiencias marcan a mi familia: el trauma del terrorismo de Estado y la vivencia casi inaudita para un occidental de experimentar la realidad de un país que terminaría marcando al mundo y que experimentaron casi como vivir en otro planeta, a modo de Gordon, el astronauta de La nave de los locos que tras volver de la Luna vive obsesionado con esa experiencia que casi nadie más entiende.

Por el lado uruguayo de la familia fuimos cuatro primos, de los cuales tres nacimos en el extranjero (Madrid, Pekín y París), si bien soy el único que no se crió ni vivió en Montevideo.

3. Proceso creativo y estructura de La Huella.

Lo que aquí se va a exponer es un análisis de La Huella una vez terminado el relato. Aclaro esto porque la mayoría de las cosas no están planificadas; no hubo un proceso de sentarse a decidir de qué manera se iba a representar el exilio o la salud mental. Simplemente ordené una serie de imágenes que me iban viniendo a la cabeza sin saber exactamente de donde venían, para construir con ellas una narrativa coherente.

El relato comienza con el regreso de Sergio a Montevideo y después con sus años por Madrid, justo antes de volver. A partir de aquí se alterna el tiempo presente de la narración con la historia de la familia de Sergio y de su propia infancia. El recorrido del personaje desde que aterriza en Montevideo hasta que se libera de su carga y tiene los puntos de conflicto con las cabras es de un año, y va en paralelo a la revelación de su pasado.

Esta estructura culmina con el suicidio de Gabita (principal trauma de la vida de Sergio que se ha venido insinuando durante toda la narración pero que no se explicita hasta el final) y el cierre del proceso de sanación de Sergio. De esta forma hay un crescendo paralelo entre ambas líneas temporales, siendo además que una termina donde comienza la otra.

4. El exilio en La Huella.

La Huella no es un relato acerca del exilio en sí. La experiencia de la familia de Sergio durante la dictadura se cuenta en apenas cuatro páginas. Lo que explora es la secuela a posteriori de dicho trauma, y creo que lo hace a través de cuatro aspectos que considero fundamentales para el personaje:

a) El dolor explícito:

Sergio habla en diversas ocasiones de ‘una herida abierta e ignorada, una herida con lombrices y huevos de mosca’ (pág. 21). Hay un desgarró que persigue al personaje, algo que él llama eso y a lo que no sabe poner nombre hasta que en un afiche en la Facultad de Psicología lee el concepto ‘transmisión trans-generacional del trauma’ (pág. 33).

‘A mí nunca me pusieron una pistola en la sien. Nunca me llevaron en el piso de una camioneta con una bolsa negra en la cabeza mientras me pateaban. Nunca me interrogaron, ni me violaron, ni me hicieron simulación de ahogamiento, ni me amenazaron con torturar a mi familia, ni tuve que esconderme o huir para

salvar mi vida. No busqué a mi hijo o a mi pareja durante años, sin resultados. No viví la Operación Cóndor. ¿Por qué entonces ese dolor, esa cicatriz, ese remover de las entrañas al pensar aquello, esa empatía salvaje que me sacude?’

(Pág. 53)

Sergio se quiebra cuando lee testigos o entra en contacto con historias o archivos de la Operación Cóndor. Le duele, lleva una tristeza y una herida por algo que realmente nunca vivió, y es algo que no termina de comprender. Es precisamente este dolor latente que interfiere en todos los aspectos de su vida esa huella a la que hace referencia el título del relato.

b) Lo relacional:

La infancia de Sergio y Gabita está marcada por la dificultad que afrontan sus padres a la hora de sostenerles en paralelo a la sanación de su propio proceso personal (si es que la hay).

‘[Mamá] Proyectó muchas cosas en nosotros, muchas cosas hermosas, sí, pero también frustraciones, dolor, humillaciones de otros tiempos. Siempre se esforzó por darnos una educación diferente, pero cuando no tenía la entereza necesaria nos gritó, nos insultó, nos castigó aleatoriamente, llegó a pegarnos. Después tomaba conciencia de lo que hacía y lloraba con papá en la cocina. <Seis años presas por querer construir un mundo mejor y ahora termino educando a mis hijos a golpes> decía, y se sentía desolada.’

(Pág. 58)

c) El silencio:

A Sergio y Gabita nunca se les ocultó el pasado, pero tampoco hubo nunca una narración explícita. Simplemente se hablaba de ello de forma normalizada, y crecieron con lagunas en la propia historia familiar. Estas lagunas, por si fuera poco, se rellenan con los diversos testimonios que llegan a sus manos sobre tortura y violencia sexual, lo cual les lleva a evitar ciertas preguntas por miedo a las posibles respuestas.

‘Y hay cosas que no se preguntan, no se preguntan mientras la imaginación crea lo más escabroso, pero no se preguntan por el miedo a que la realidad supere

las ideas más macabras (...)

En mi casa se nos crió en un silencio no estipulado, pero sobreentendido desde que Gabita y yo teníamos memoria. Nunca, jamás, nadie se sentó a explicarnos qué fue exactamente lo que pasó, cómo pasó, qué se sintió. Fuimos escuchando fragmentos, comentarios, piezas sueltas desde bien chiquitos, y para cuando tuvimos conciencia suficiente ya sabíamos, como se sabe que el fuego quema o que se mira a ambos lados al cruzar la calle, que mamá y los tíos estuvieron presos (...). Estaba ahí, omnipresente, afectando a cada acto, cada miedo, cada decisión, pero apenas se mencionaba. Era la materia oscura de nuestra familia.’

(Pág. 36)

d) La culpa:

La culpa del superviviente es el elemento que destaca sobre todo en el padre de Sergio y Gabita, quien no pasó por la cárcel y logró exiliarse mientras su pareja y otros seres queridos sufrían la tortura y el encierro. Esta culpa le lleva a una conducta de atención casi obsesiva a los demás y, sobre todo, a no permitirse a sí mismo el disfrute de la vida, privándose de sus aficiones o cayendo en conductas autodestructivas.

Este marco emocional empapa a los dos hermanos durante su crecimiento y estalla en conductas de riesgo durante una adolescencia afectada, además, por el difícil contexto social de los años dos mil en la región. Es desde este lugar que el exilio está presente en todo lo que sucede al protagonista aunque no se narre una historia explícitamente política.

5. Lo identitario en La Huella.

Crecer entre dos países es una experiencia que puede generar desarraigos y conflictos identitarios, sí, pero también tiene muchos aspectos positivos. En mi caso siempre me resultó enriquecedor poder conocer Montevideo y Madrid desde dentro y desde fuera al mismo tiempo: es decir, sin percibir como natural o normal aquello que es cultura. En mi caso conozco y entiendo ambas ciudades, pero no estoy completamente inmerso en ellas en la medida en que las comparo entre sí. Dado que crecí y vivo en Madrid, analizo muchos aspectos del Uruguay con ojos de extranjero, y lo mismo me sucede con España incluso habiendo pasado la mayor parte de mi vida acá.

En La Huella decidí que Sergio fuera un personaje cien por cien uruguayo. Sus padres sufrieron el exilio y sus consecuencias, como ya hemos visto, pero él y su hermana nacieron ya en el regreso. Sin embargo quería que pudiese ver Montevideo con mis ojos, tenía que recorrer la ciudad con mi mirada. Y, además, la primera imagen clara que tuve del relato fue ese avión aterrizando en el aeropuerto de Carrasco y la ruta en auto hasta la ciudad, que es siempre mi bienvenida al país. Para ello me llevé a Sergio a Madrid durante siete años y comencé el texto como un regreso, un volver a entender su propio lugar con la perspectiva que le dieron los años en Europa.

‘La distancia, la nostalgia y la perspectiva que se me fue dando desde afuera me hizo reconciliarme, poco a poco, con la ciudad y el país que me vieron crecer, esa <ciudad intelectual>, como dijera un amigo cubano, ese rincón del mundo donde aparece un genio de la poesía, de la música, del teatro en cada mesa de bar, en cada ómnibus, en cada baldosín suelto de la vereda. Tardé en comprenderlo, pero Uruguay no es en absoluto un país mediocre. Es, esencialmente, un país acomplejado.’

(Pág. 44)

Esta posición permite a Sergio ser consciente, además, del carácter fundamentalmente melancólico de la sociedad uruguaya; carácter que se refleja en su literatura, gran parte de su música y una manera de ver el mundo que tiene también su influencia en la experiencia del personaje. (No olvidemos que Uruguay es uno de los países con la tasa de suicidio más alta del continente).

‘Gabita y yo pensamos siempre que el país estaba traumatado por la dictadura, sin poder levantar cabeza, porque eso fue lo que vivimos en casa. Pero un día tuvimos una revelación: Onetti era anterior, Gracias por el fuego era anterior, el tango, ese tango que aparte de malevo y sensual es, sobre todo, tristeza y nostalgia, era anterior, muy anterior, y empezamos a pensar que quizás había otra raíces que no alcanzábamos a ver, una idiosincrasia rioplatense que se encuentra cómoda en la melancolía, una configuración radicalmente opuesta a la del caribeño o el andaluz pero que impregna igualmente las maneras de relacionarse, la visión del mundo.’

(Pág. 42)

6. Gabita: la salud mental en La Huella

Sin duda el mayor duelo que arrastra Sergio durante el relato es el suicidio de Gabita, su hermana menor. Ambos pasan la adolescencia en la periferia de Montevideo lidiando con el fallecimiento de su padre y toda la carga emocional que hemos venido comentando. El contexto social es propenso a ese malestar, y los dos hermanos tienen normalizadas las conductas depresivas o la medicación, pues les rodean cotidianamente.

‘Vivimos esos años entre loquios y loquitas entrañables. (...) Los antidepresivos y estabilizadores de ánimo, los estallidos, las conductas autolesivas, los casos de maltrato y violencia doméstica, eran en nuestro mundo algo tan normalizado como el fútbol o el pan con manteca y azúcar. Formábamos un hermoso grupo de gente llena de amor y fuerza para dar al mundo, que llenaba muros grises de colores y abrazaba y trataba de cuidarse, pero que en la intimidad se tomaba esa media pastilla que te vuela de tu cuerpo o se hacía un corte profundo en el antebrazo al romper de un puñetazo una vitrina en un ataque de frustración o que se escondía por etapas de los demás porque se odiaba a sí misma y no podía ni mirarse.’

(Pág. 79-80)

Gabita es una adolescente inteligente, creativa, promiscua, con una fuerte personalidad y, al mismo tiempo, emocionalmente inestable. En varios momentos se da a entender que ha sufrido abusos, tanto en la infancia por parte del padre de una amiga, como en la adolescencia por algunos de los varones bastante más mayores que ella con los que mantenía relaciones.

Si bien en todo el texto se sabe que Gabita falleció, la causa no se revela hasta el penúltimo capítulo. El suicidio de Gabita es posiblemente el momento más visceral y doloroso de La Huella, y el que materializa las secuelas de todo lo anterior. El desencadenante del suicidio es un suceso relativamente banal: una decepción ante el gran amor adolescente. Sin embargo la causa real no es esa, sino una pérdida de control ante una tormenta emocional que desborda al personaje. Es más, se deja claro que Gabita no quería realmente morir: buscaba una evasión desesperada.

‘Gabita no quería morir, quería evadirse, evadirse como cuadernos enteros escritos hasta los márgenes, como coger con un desconocido interesante, evadirse como cocaína y ginebra en una fiesta electrónica. No sé de dónde sacó esa mierda, pero pudo ser clonazepam como cualquier otra cosa. La cuestión era volar, o dormir y soñar que quizá sea

lo mismo. ¿A cuánta gente conozco que pasó por algo parecido? Pero la dosis no es suficiente, o alguien sospecha y tira a tiempo la puerta a patadas y entonces ambulancia o carreras en taxi y lavado de estómago, y todo queda en un triste error, un traumático aviso de que algo anda mal, y una segunda oportunidad, y enfrentar la vida, y pasar los años y mirar atrás y pensar <menos mal que la dosis no fue suficiente, menos mal que alguien sospechó y tiró la puerta a patadas>. La pobre Gabita no tuvo esa suerte, la dosis dio de sobra, nadie entró a molestarla. En ese sentido me hace bien al espíritu pensar que no fue un suicidio, que a lo mejor fue un accidente.’

(Pág. 85)

7. Las cabras. El elemento fantástico.

Durante un año fui pastor de cabras en un pequeño pueblo de la Sierra Norte de Madrid. Teníamos en el rebaño tres cabras negras de raza murciano-granadina, dos de ellas sin cuernos, que se habían criado en otro pueblo encerradas en un pequeño patio y alimentadas a base de pienso. El resto de animales nunca las aceptaron como parte del rebaño y les pegaban continuamente. Estas tres cabras, además, al haberse criado a pienso, tenían problemas para adaptarse al pastoreo y a alimentarse como las demás. Por todo esto siempre que salíamos de careo las tres granadinas nos seguían tímidamente desde lejos. Durante un año tuve la imagen de aquellas tres cabras negras observándome desde atrás de un árbol, desde una colina o desde algún puente. Me hizo gracia la imagen sacada de contexto y me imaginé un relato donde esas tres cabras siguieran a una persona por pleno Madrid.

Más adelante, cuando se estaba forjando La Huella me pareció interesante introducir este elemento. En un determinado momento de su vida en Madrid aparecen las cabras, y en adelante le observan silenciosas y forman parte de su propio proceso personal. De esta manera lo que empezó como una especie de broma termina siendo un elemento simbólico en el arco narrativo del personaje, además de generar intriga o conflicto en el relato.

La primera aparición de las cabras se da cuando Teresa, la pareja de Sergio en Madrid, rompe con éste porque no es capaz de seguir sosteniendo sus problemas emocionales. Sergio nunca se expresa, ni siquiera menciona a Gabita, y las cabras aparecen casi como una materialización de su herida. A medida que el personaje va narrando su historia, aflojando la válvula por así decirlo, las cabras van muriendo.

Las escenas de las muertes de las cabras suelen ser consideradas como las más macabras de La Huella. Sin embargo cualquiera que haya trabajado en ganadería sabe que las situaciones que aparecen descritas son bastante cotidianas, siendo una vez más ese cambio de contexto lo que convierte a las cabras en elemento perturbador.

El punto de inflexión con las cabras se da justo al final del relato. Durante toda la historia Sergio es la única persona que ve a las cabras, y es fácil racionalizarlo todo como un producto de su imaginación. Pero en el último capítulo aparece una cabra dentro de la casa y Vero, la compañera de Sergio, puede verla y queda en shock. No hay una explicación para esto, simplemente me gustó el concepto porque precisamente rompe con cualquier intelectualización que el lector pueda estar tentado en hacer respecto a las cabras.

Eso sí, si bien esta inclusión de Vero en la visión de las cabras no está escrita con ánimo simbólico, creo que como todo puede tener varias lecturas. Mi apuesta es la siguiente: a medida que Sergio se involucra emocionalmente con ella la hace poco a poco partícipe de su propia carga y su mundo interno.

8. La sanación. El eterno verde de la llanura ganadera.

Viendo lo expuesto hasta aquí, bien podría parecer que La Huella es una sucesión de traumas y tragedias que quizás no conduzca a ninguna parte. Es cierto que hay mucho dolor en el relato y que es un texto visceral, pero está escrito con ánimo precisamente de purgar esa herida y construir algo diferente.

Es explícito en la medida que necesitaba expresar cosas muy importantes para mí, pero Sergio se mueve todo el tiempo entre esa negatividad y un inmenso amor por su familia y su generación.

‘Y siguen riendo y con fe, herencia de la actitud que les permitió sobrevivir, fe en las personas, fe en la política, fe en los barrios, en lo comunitario, en la solidaridad y, ¿quién sabe?, quizás fe en la revolución. Y frente a tanta fe acá estoy yo, con un vaso de caña y carácter agrio, rey del escepticismo, como parte de un legado que se desinfló pero aún así las ama. ¿Y cómo no amarlas? Si ellas siguieron amando después de pasar por la maquinaria industrial de odio y tortura, si ellas son la Vida.’

(Pág. 48)

Sergio tiene una sobrina (sobrina segunda, en realidad), Adela, de unos diez años. La ve crecer y sabe que la responsabilidad de su generación es la de legar algo distinto a la siguiente.

Toda esa herida, ese dolor, esa disfuncionalidad emocional que se ha venido narrando tiene que transformarse en otra cosa para aquéllas que vienen. Hay que heredar la memoria, la voluntad de cambio, pero si se sigue heredando el trauma durante más generaciones está claro que el terrorismo de Estado habrá cumplido con creces su infame cometido.

‘Adela me llama indignada para que sonría en un video que está filmando con el celular de su madre. A veces sólo es eso: reír, festejar, disfrutar de las pequeñas cosas, ser, no pensar, amar, construir, darle un sentido a todo el dolor, que no sea en vano. Tratar, quizás, de que sea otra la huella que hereden Adela y su generación. Una huella con menos dolor, con menos miedo, un poco más libre del delirio febril y colectivo en que se nos convirtió el mundo.’

(Pág. 91)

En la escena final del relato lo poético y lo violento se entremezclan en el mismo párrafo, muerte y sanación se dan la mano. Sergio está comenzando a rehacer su vida, a salir adelante, y cuando la última cabra aparece en la casa y asusta a Vero decide terminar con esa carga: le corta el cuello al animal con un cuchillo de cocina y entra en una suerte de catarsis mientras la sangre cubre su propio cuerpo desnudo, y así todo lo que vino representando el profundo dolor de dos generaciones se convierte, simple y llanamente, en amor por la vida.

‘...y la sangre cae por mi cuerpo desnudo, cae por mi cuerpo y es como Zotal en los gusanos de la herida, cae purificante y vuelvo a ser liviano, y soy amor, soy Adela jugando, caricias a Teresa, a Vero, las que siempre guardé para Sonia, y entonces formo parte de todo lo bello, comprendo todo lo bello, y soy esas viejitas divinas que luchan, y soy cada acto de ternura, cada subversión

cotidiana del odio y de la amargura, soy la mejor fotografía de papá, soy mamá llorando de felicidad en una fiesta de cumpleaños, soy Gabita que se quita una nariz de clown y me besa en los labios.

Y soy el verde, el eterno verde de la llanura ganadera.’

(Pág. 93-94)

Chilenos en el exilio.

Enfrentado la patria: El rol de la literatura en las luchas de identidad de los refugiados Chilenos de segunda generación.

Carole Concha Bell*³¹

En 1973 el presidente socialista Salvador Allende, elegido democráticamente por el pueblo y radical en su visión de Chile, fue depuesto por la junta militar y sus partidarios perseguidos,

³¹ Carole Concha Bell. Chilena e Inglesa. Estudiante de doctorado en [Kings Collage London](#) en departamento Spanish, Portuguese and Latin American studies (Languages and Literature cluster). Magister en Creative Writing Cambridge School of Arts, Anglia Ruskin. BA Honours en Economics & Politics en University of the West of England, Bristol. Periodista independiente para varios medios ([New Internationalist](#), [Tribune](#), [NACLA](#), [Jacobin](#)). En proceso de escribir una novela sobre el retorno. La novela obtuvo el premio [Mo Siewcharran 2019](#), Hachette.

acorralados y torturados o asesinados. Durante las décadas de 1970 y 1980, cuando el régimen se apoderó del país, se ha estimado que casi medio millón de chilenos fueron exiliados por el régimen Pinochetista. Las familias abandonaron Chile en circunstancias traumáticas, esperando regresar al fin de la dictadura, mientras otros eligieron permanecer en sus países de exilio. La mayoría de los refugiados eran sobrevivientes de tortura y persecución, testigos del asesinato de sus camaradas y la masacre de un sueño. La embestida del exilio chileno fue profundamente política y angustiante, aún más difícil por las luchas típicas que enfrentan los recién llegados en tierras extranjeras: aprender nuevos idiomas, aceptar trabajos mal pagados y enfrentar culturas muy diferentes a las suyas. Atrapados entre dos mundos, los hijos de exiliados nacidos en el exilio o que fueron sacados de Chile cuando eran niños, se convirtieron en los testigos reacios de los dolorosos procesos de adaptación de sus padres.

El Reino Unido dio la bienvenida a sólo de 3.000 exiliados chilenos (en comparación con más de 30.000 en Suecia), lo que se convirtió en una comunidad muy unida. Si bien estaban ubicados en todo el Reino Unido, las grandes ciudades como Birmingham, Edimburgo y Sheffield generaron fuertes comunidades chilenas a menudo apoyadas por simpatizantes como sindicatos y organizaciones humanitarias como los cuáqueros. Crecí en una de estas comunidades, primero en **Cambridge** y luego, cuando mis padres recibieron una beca de la World University Service (WUS), en **Birmingham**. La mayoría de mis amigos también eran hijos de exiliados chilenos y gran parte de mi infancia la pasé en eventos solidarios donde mis padres hicieron campaña incansablemente contra la dictadura. Sin embargo, llegué a resentir su insistencia en tratar de formarme como chilena. Mi propia supervivencia dependía de la asimilación de la cultura británica, y como muchos niños, simplemente quería ser una niña 'normal' inglesa.

Me identifiqué como británica y ese sentimiento se hizo cada vez más fuerte a medida que me convertí en adolescente. No entendía por qué mis padres estaban tan decididos a mantener su identidad cultural o luchar por un país a miles de kilómetros de distancia, perdido en el tiempo

Enfrentando a la Patria

En 1990 yo tenía 15 años y vivía en Londres con mi padre. En ese instante él trabajaba como coordinador de la ONG chilena de exiliados Chile Democrático con sede en Old Street, al norte de Londres, y como resultado, tenía acceso a novedades de Chile. Me aseguró que el dictador caería y que finalmente nos "volveríamos a casa". Pero yo ya estaba en casa y **Chile era una sombra negra que coloreaba mi diario vivir con incertidumbre y miedo.** Junot Díaz, el escritor dominicano

estadounidense, habló sobre esta sombra que se cernía sobre su infancia en una entrevista: "Desde el momento en que pude recordar, me quedó muy claro que iba a ir a los Estados Unidos", dice. Ya existía la sombra de los Estados Unidos sobre todas nuestras vidas. Había una sensación de que el mundo que estábamos habitando, la gente que nosotros estaba conectada, el barrio que era más o menos todo mi universo, que todas estas cosas pronto desaparecerían".

A partir de 1989 las cosas cambiaron rápidamente en Chile, la máquina de fax de Chile Democrático produjo incansablemente listas de personas a las que se les permitió regresar. Finalmente, después de 14 años de estar en la lista negra, a 450.000 chilenos que viven en el exilio político en todo el mundo se les permitió regresar a Chile (Artigas, 2006). Hice todo lo posible para desviar esas conversaciones incómodas sobre "regresar". Londres era mi hogar, no ese infierno caliente y polvoriento que me representaba la muerte, la persecución y el rechazo. Todo lo que quería hacer era prepararme para mis próximos exámenes y no pensar en Chile. Por desgracia, nunca iba a tomarlos. Poco después de mi cumpleaños número 16 en agosto de 1990, mi padre llegó a casa lleno de emoción, su hermoso rostro radiante. Finalmente había sucedido. Estábamos fuera de la lista negra y ahora estamos libres de regresar.

Mis pequeños actos de rebelión, como huir a la casa de una amiga durante tres días y esconderme en un cobertizo, hicieron poco para afectar lo inevitable. El 26 de octubre de 1990 abordamos un avión de Avianca hacia Caracas y luego hacia Santiago. Aterrizamos en Santiago y vivimos en Peñalolén con mis tíos y primos al lado de la Villa Grimaldi durante unos meses hasta que mi padre alquiló un piso en la sureña ciudad de Chillán, de donde era originario. Chillán es una pequeña ciudad rural conservadora que, sin que yo lo sepa, estaba socialmente segregada y todavía se tambaleaba por los efectos del régimen.

El shock de ser trasplantada de la metrópoli multicultural que es Londres a este pequeño interior donde toros y caballos deambulaban por las calles, fue inmenso. Mi padre se adaptó rápidamente, volviendo a quién era antes de su exilio forzado en el Reino Unido. Tomó una nueva esposa y comenzó una nueva familia. Yo, por otro lado, comencé a marchitarme como una planta arrancada. Hice amigos, pero no pude ajustarme a las anticuadas normas culturales de Chile. También había problemas estructurales, como la escolarización y el idioma. Me aferré furiosamente a mi identidad británica, negándome a aprender español y/o a participar en normas, rompiendo las reglas en cada oportunidad. Finalmente encontré mi tribu, compuesta principalmente por otros niños exiliados de Francia, Bélgica, Suecia, Canadá y Suiza. Estábamos unidos en nuestra alienación de la sociedad chilena y orgullosos de nuestro estatus de bichos raros. Chile se había olvidado de nosotros, y los retornados éramos una espina en su costado: un recordatorio de que se había producido un exilio

muy brutal. Chile quería avanzar desde el pasado, pero sin abordar esos oscuros temas del pasado ni reconocer en absoluto nuestra existencia.

La orden era adaptar y callar; Cállate sobre Europa, deja de usar esa ropa, deja de escuchar esa música. Lo que no comprendimos fue que la maquinaria de propaganda de la dictadura había fabricado el concepto de un "exilio dorado" durante el régimen. La afirmación era que el exilio chileno era un privilegio, aunque huíamos de uno de los regímenes más atroces de América Latina. (Wright y Zúñiga, 2007:63). Y si bien esta noción de "exilio dorado" se originó a partir de elementos de derecha, proliferan en toda la sociedad chilena, incluyendo en los círculos de la izquierda que se sintieron abandonados por nosotros. Con mis amigos hijos del exilio debatimos largo y tendido nuestro estatus legal. ¿Éramos realmente exiliados si nació en el extranjero? ¿No fue este "retorno" forzado una especie de exilio? ¿No se nos estaba imponiendo esta nueva identidad chilena? Eventualmente, después de unos arduos años de confusión y rechazo, la mayoría de nosotros nos viramos de Chile devuelta a los países del exilio de nuestros padres.

Fui uno de los últimos en irme, aguantando solo seis años en Chile. Me demoré 18 meses en juntar dinero para mi regreso a UK enseñando inglés a las mimadas clases altas de Santiago que solicitaron mis servicios debido a mi exquisito acento británico. Volví al Reino Unido en 1997, solo e incluso más confundido que cuando me había ido cuando era adolescente.

Exilio de segunda generación

En 2019, decidí examinar el tema del exilio y la identidad embarcandome en una maestría en Escritura Creativa en Cambridge. Una vez que aprendí sobre los diversos recursos literarios que existen, la ficción en todas sus formas se destacó como el vehículo que me permitiría comenzar el proceso de interpretación de mis experiencias como hija de refugiados en Chile. En contraste con la escritura desde una perspectiva académica, la ficción, ya sea a través de una novela, cuentos o una novela larga en toda regla, permite la libertad artística para incorporar experiencias personales que se prohíben expresar en un país como Chile donde la narrativa oficial es el olvido Y no hay espacio para este tipo de expresión. Me devoré libros de autores exiliados chilenos como **Roberto Bolaño y Ariel Dorfman**, sin embargo, aunque estaba hipnotizado por la escritura y me identificaba con gran parte de las descripciones viscerales del desarraigo, no sentí que encapsularon mi experiencia como hija de exiliados. Estos eran escritores de primera generación que, como mis padres, habían vivido un exilio doloroso pero poseían algo que yo no tenía: un fuerte sentido de identidad, porque habían perdido su patria, algo que yo nunca obtendría siendo hija bastarda de la dictadura y el rechazo,

demasiado británica para ser chilena, demasiado chilena para ser totalmente británico. Me di cuenta de que era necesario hacer una distinción entre la generación de los expulsados de Chile como exiliados e identificados como tales, frente a aquellos de nosotros nacidos o criados en países "anfitriones" y que nos identificamos con sus culturas.

Mientras buscaba textos académicos sobre la producción literaria de los chilenos de segunda generación, me topé con el término "generación bisagra" y "doble exilio" o "contradiáspide". (King y Christow 2009;3). Aún así, me costó encontrar autores que discuten específicamente el tema del retorno chileno de segunda generación y aún más para encontrar novelas escritas por retornados híbridos. Era hora de finalmente estar a la altura del desafío de escribir el texto que anhelaba leer a pesar del dolor de tener que revivir recuerdos desagradables.

Descubrir la novela ganadora del Premio Pulitzer de Junot Díaz, *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* fue una revelación. Me vi reflejada en esta historia de exilio político y luchas de identidad que Díaz transmitía hábilmente, cómo la dictadura y el exilio impactan en las familias. Después de leer y analizar su contenido me sentí lo suficientemente validada para comenzar a planificar y escribir mi novela. El arte involucrado en la construcción de estas experiencias utilizando la ficción como un dispositivo actuó como un amortiguador, lo que me permitió separarme y recordar a Chile de la década de 1990 como observadora. Los capítulos comenzaron a fluir, aunque a veces atrofiados por las minucias de las tareas cotidianas y las típicas dudas que sufren la mayoría de los escritores.

En su blog Isabel Allende habla de cómo escribir ficción le ayudó a superar el trauma del exilio: "Llevó muchos años superando el trauma del exilio. Sin embargo, tuve suerte. Encontré algo que me salvó de la desesperación. Encontré literatura. Francamente, creo que no me habría convertido en escritora chilena si no me hubiera visto obligada a dejar todo atrás y empezar de nuevo. Sin el golpe militar me hubiera quedado en Chile. Seguiría siendo periodista y probablemente feliz. En el exilio, la literatura me dio voz. Rescató mis recuerdos de la maldición del olvido. Me permitió crear un universo propio".

El Retorno fue un período extraño: un regreso a casa para algunos, un exilio dentro de un exilio para otros. En este caso, el uso de la novela sobre la interpretación académica cumple muchas funciones. Permite a los escritores documentar su experiencia de este punto particular de la historia y, a su vez, nos permite forjar una identidad única separada de la de nuestros padres y abuelos, que tiene sus propias características y capas de dolor. Documentar nuestra perspectiva sobre este evento nos da una voz para contar nuestras historias y reclamar nuestras complejas identidades como actores en este capítulo de la historia chilena.

Bibliografía

Allende, Isabel 2008, *Life in exile*.

Disponible en https://www.isabelallende.com/en/musings#life_in_exile

Diaz, Junot 2007, *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* (Croydon: CPI Bookmarque)

King, R., & Christow, A. 2009. *Geografías culturales de la diáspora, la migración y el transnacionalismo. Perspectivas del estudio de los "retornados" de segunda generación* (Universidad de Sussex: Centro de Investigación sobre Migración de Sussex).

Wright, T.C., & Zúñiga, R. O. 2007. *Exilio político chileno*. En *Perspectivas latinoamericanas*, Número 155, Vol. 34, No. 2, pp. 31 - 49.

Wright T.C., Oñate R. 2005. *Diáspora chilena*. En: Ember M., Ember C.R., Skoggard I. (eds) *Enciclopedia de las Diásporas* (Boston: Springer)

VERSIÓN EN INGLÉS

Confronting the homelands: The role of literature in second generation refugee identity struggles.

Carole Concha Bell

In 1973 Socialist President Salvador Allende, democratically elected by the people and radical in his vision for Chile, was deposed by the military junta and his supporters hunted down, rounded up, and tortured or killed. During the 1970s and 1980s as the regime took hold of the country, it has been estimated that nearly half a million Chileans were exiled following the military coup. The families left Chile under traumatic circumstances, some vowing to return as soon as the dictatorship was over, others choosing to remain in their countries of exile. Most of the refugees were survivors of torture and persecution, and witness to the murder of their comrades and the massacre of a dream.

The onslaught of Chilean exile was profoundly political and distressing, made all the more

difficult by the typical struggles faced by newcomers in foreign lands: learning new languages, taking poorly paid jobs and confronting cultures vastly different from their own. Caught between two worlds, the children of exiles either born in exile or leaving Chile as children, became the reluctant witnesses of their parents' painful adjustment processes.

The UK welcomed no more than 3,000 Chilean exiles (in comparison to over 100,000 in Sweden) making it a tight knit community. While they were located across the UK, big cities such as Birmingham, Edinburgh and Sheffield spawned strong Chilean communities often supported by sympathisers such as trade unions and humanitarian organisations like the Quakers. I grew up in one of these communities, first in Cambridge and then, when my parents received a World University Scholarship, in Birmingham. Most of my friends were also the children of Chilean exiles and much of my childhood was spent at solidarity events where my parents tirelessly campaigned against the dictatorship. However, I came to resent their insistence on trying to form me as a Chilean. My very survival depended on assimilating British culture, and like many children, I simply wanted to blend in. I identified as British and that feeling grew ever stronger as I became a teenager. I did not understand why my parents were so determined to maintain their cultural identity or fight for a country thousands of miles away, lost in time.

Confronting the Homeland

In 1990 I was 15 and living in London with my father. He was the coordinator for Chilean Exile NGO Chile Democratico based in Old Street, North London, and as a result, privy to much information. He assured me that the dictator would fall, and we would finally 'go home'. Junot Diaz the Dominican American writer once spoke about this shadow that loomed over his childhood in an interview:

“From the moment I could remember, it was made very clear to me that I was going to the United States,” he says. “There was already the shadow of the United States over all of our lives. There was a sense that the world that we were inhabiting, the people that we were connected to, the neighbourhood that was more or less my entire universe, that all of these things would soon vanish.”

From 1988 things changed quickly in Chile, the fax machine at Chile Democratico tirelessly churned out lists of people allowed to return. Finally, after 13 years of being blacklisted, 450,000 Chileans living in political exile across the globe were permitted to return to Chile (Artigas, 2006).

I did my best to swerve those uncomfortable conversations about 'returning'. London was

my home, not that hot, dusty hell that represented death, persecution, and rejection. All I wanted to do was prepare for my upcoming exams and not think about Chile. Alas, I was never to take them. Shortly after my 16th birthday my father came home bursting with excitement, his handsome face beaming. It had finally happened. We were off the blacklist and now free to return. My tiny acts of rebellion such as running away to Wolverhampton for three days and hiding in a shed, did little to affect the inevitable. On 26 October 1990 we boarded an Avianca Plane toward Caracas and then Santiago bound.

We landed in Santiago and lived there for a few months until my father rented a flat in the Southern city of Chillan, where he was from. Chillan is a small conservative rural city that, unbeknown to me, was socially segregated and still reeling from the effects of the regime. The shock of being transplanted from the multicultural metropolis that is London to this small outback where bulls and horses roamed the streets, was immense.

My father adjusted quickly, reverting to whoever he was before his enforced exile in the UK. He took a new wife and started a new family. I on the other hand began to wilt like an uprooted plant. I made friends but could not adjust to Chile's antiquated cultural norms. There were structural issues too, like schooling and the language. I furiously clung to my British identity, refusing to learn Spanish and or to engage in norms, breaking rules at every opportunity.

I eventually found my tribe, composed mainly of other exile kids from France, Belgium, Sweden, Canada, and Switzerland. We were united in our alienation from Chilean society and proud of our misfit status. Chile had forgotten us, and we returnees were a thorn in its side: a reminder that a very brutal exile had taken place. Chile wanted to move forward from the past but without addressing those dark issues of the past or acknowledging our existence at all. The order was to blend in and shut up. Shut up about Europe, stop wearing those clothes, stop listening to that music.

What we did not grasp was that the dictatorship propaganda machine had manufactured the concept of a 'golden exile' during the regime. The claim was that Chilean exile was a privilege, pitting incoming returnees against our compatriots that had lived through one of the most heinous regimes in Latin America. (Wright and Zuniga, 2007:63). And while this notion of 'golden exile' originated from right wing elements, it proliferated across Chilean society, including those on the left who felt abandoned by us.

At parties we debated our legal status at length. Were we really exiles if born abroad? Was this forced 'return' not a sort of exile? Was this new Chilean identity not being imposed

upon us?

Eventually most of us left Chile. I was one of the last to leave, hanging on for six years.

Eventually I made enough money through teaching English to the pampered upper classes of Santiago who requested my services because of my exquisite British accent. I arrived back in the UK in 1997, alone and even more confused than when I had left as a teenager.

Making sense of identity: first v second generation exile

In 2019, I decided to examine the theme of exile and identity by embarking on a Creative Writing MA. Once I had learned about the varying literary devices that exist, fiction in all its forms stood out as the vehicle that would enable me to begin the process of interpreting my experiences. In contrast to writing from an academic perspective, fiction, whether it be via a novel, short stories or a full blown longform novel, gives writers the artistic freedom to incorporate not personal experiences, but that of others observed. In preparation I devoured books by Chilean exile authors such as Roberto Bolaño and Ariel Dorfman, yet while I was mesmerised by the writing and identified with much of the visceral descriptions of uprootedness, I did not feel they encapsulated my experience as the daughter of exiles. These were first generation writers who, like my parents, had lived through a painful exile and possessed something I did not: a strong sense of identity, for they had lost their homeland whereas I had never known mine. And I would never know mine because I did not have one, being the bastard child of dictatorship and rejection, too British to be Chilean. Too Chilean to be fully British. It dawned on me that a distinction needed to be made between the generation of those expelled from Chile as exiles and identified as such, versus those of us born or bred in ‘host’ countries and who identified with their cultures.

I decided to write my Masters dissertation on the theme of second-generation exile in fiction and while searching for academic texts on the literary output of second-generation Chileans. I stumbled upon the term ‘hinge generation’ and ‘double exile’ or ‘counter diaspora.’ (King and Christow 2009;3). Still, I struggled to find authors specifically discussing the topic of second generation Chilean retorno and struggled even harder to find any novels written by hybrid retornados. It was time to finally rise to the challenge of writing the text I longed to read despite the pain of having to relive unpleasant memories.

Discovering Junot Diaz' Pulitzer Prize winning novel *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* turned me upside down. I saw myself reflected in this tale of political exile and identity struggles as Diaz skilfully conveyed how dictatorship and exile impacts upon families. After reading and analysing its contents I felt validated enough to begin planning and writing my novel. The artistry involved in the construction of these experiences using fiction as a device acted as a buffer, enabling me to detach myself and recall 1990s Chile as an observer. Chapters began to flow, though sometimes stunted by the minutiae of everyday tasks and the typical doubts most writers suffer.

In her blog Isabel Allende speaks of how writing fiction helped her overcome the trauma of exile:

“It took me many years to get over the trauma of exile. I was lucky, though. I found something that saved me from despair. I found literature. Frankly, I think I would have not become a writer if I had not been forced to leave everything behind and start anew. Without the military coup I would have remained in Chile. I would still be a journalist and probably a happy one. In exile, literature gave me a voice. It rescued my memories from the curse of oblivion. It enabled me to create a universe of my own.”

El Retorno was a strange period: a homecoming for some, an exile within an exile for others. In this case, the use of stories over academic interpretation fulfils many functions. It enables writers to document their experience of this particular point in history, and in turn carve out a unique identity separate from that of our parents and grandparents, that has its own characteristics and layers of pain. Documenting our perspective on this event gives us a voice to tell our stories and claim back our complex identities as players in this chapter of Chilean history.

References

Allende, Isabel *Life in exile*
https://www.isabelallende.com/en/musings#life_in_exile

Diaz, Junot. 2008 (2007). *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*, (Croydon: CPI Bookmarque)

King, R., & Christow, A. 2009. *Cultural Geographies of Diaspora, Migration and Transnationalism. Perspectives from the Study of Second-Generation 'Returnees'* (University of Sussex: Sussex Centre for Migration Research).

Wright, T. C., & Zúñiga, R. O. 2007. *Chilean Political Exile*. In: *Latin American Perspectives*, Issue 155, Vol. 34, No. 2, pp. 31 – 49.

Wright T.C., Oñate R. 2005. *Chilean Diaspora*. In: Ember M., Ember C.R., Skoggard I. (eds) *Encyclopaedia of Diasporas*, (Boston: Springer)